

Argenis Rodríguez

**ESCRITO  
SIN  
COMPASIÓN**

Compendio de la absoluta degeneración  
de  
Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez

KARIÑA EDITORES



FOTOGRAFIA

*En Venezuela el único escritor que  
se fue a las guerrillas fui yo...*



## Índice

Publicar es vengar ....  
Para comprender "Escrito con Odio" ...  
Carta de un joven escritor venezolano...  
De asesinos e instigadores de asesinatos...  
Entre la locura y el suicidio...  
Pensando en la venganza...  
¿Qué pasó con el profesor lovera?...  
Petkoff y Pompeyo en el puño de la CIA...  
¿Qué pasó con el poeta Alí Lameda?...  
De la violencia como negocio...  
El poeta cadenas encadenado...  
Con odio y con asco...  
Odiando con ponderación  
Se busca vivo o muerto...  
Sobre la obra de Argenis...



## PUBLICAR ES VENGAR

### DEL DIARIO DE ARGENIS<sup>1</sup>

13 de diciembre de 1976

La gravedad de mi situación me obliga a redactar este diario. Hoy almorcé con Domingo Fuentes, quien llegó azorado a El Caney. Me dice que si **ESCRITO CON ODIO** llega a salir Teodoro Petkoff lanzaría contra mí de doce a dieciséis hombres.

- Esta vez te matará. Petkoff está herido. En el MAS está derrotado y tu libro será el final para él.

Domingo Fuentes tiene un complejo de culpa. Yo le mandé **ESCRITO CON ODIO** desde Bruselas. Yo estaba allá y no me escribía. Me vine y lo encuentro cambiado, receloso conmigo. No me dijo nada pero enseguida comprendí que le había dado a leer los originales a Teodoro Petkoff. Petkoff, que luchaba por su candidatura dentro del MAS, se vio retratado en mi libro: asesino, tráfuga, traidor. Después de haber sido comandante guerrillero (al menos de palabra y escritura), después de haber sido (junto con Pompeyo Márquez y García Ponce) uno de los hombres fuertes del Partido Comunista, después de viajar a Cuba, a la URSS y vivir a esos países, dio la voltereta y se hizo anti-comunista. Está también el caso de su hermano: Luben, que fue también dirigente guerrillero y después se dedicó a asesinar por dinero. Y por encargo asesinó al prestamista Antonio Angiulli y lanzó su cadáver en la carretera de

Tejerías. Yo narré esto y Fuentes salió corriendo a mostrarle los originales a Teodoro Petkoff. Fuentes hizo mal (¡cuando es que no ha hecho mal!) porque me obligó a escribir ese libro. A Bruselas me escribía diciéndome que le alegraban mis artículos contra Teodoro y Pompeyo. ¡Y luego yo aquí y me dice que está con el MAS y con Teodoro! Ahora sus pretensiones le dictaban otra cosa: quería que yo borrara todo lo malo que escribí contra Teodoro, Luben y Pompeyo Márquez. Fuentes es muy sucio y muy rastrero. Y no se mueve sino por dinero. Cuando Leoni lo hacían preso por comunista, iba a pedirle dinero a Luis Vera Gómez, que era el que reprimía a los comunistas desde el Ministerio del Interior. Este es un ejemplo.

Domingo Fuentes, naturalmente, está asustado. Puso en guardia a Teodoro Petkoff y a su hermano Luben y aquellos le han dicho que me van a liquidar. Fuentes ha corrido a hablar conmigo.

- ¿Qué posibilidades hay de que tu libro no salga?

- Ninguna, le respondo.

- Entonces habrá una guerra entre los Petkoff y tú.

- Que la haya. Esa guerra existe desde que Petkoff me atacó en la revista *En Letra Roja*. Ahora me toca a mí defenderme. El Petkoff me atacó cuando se hacía el comunista. Ahora él se hace anti-comunista y quiere la paz. No, nada de eso. ¿Y su hermano? ¿Por qué no se cuidó?

Fuentes ni se ríe.

Cree en la inminencia de mi asesinato.

- Ya sabes como son los Petkoff.



- Claro que lo sé. Son unos asesinos. Yo soy escritor y voy a denunciar (o a recordar, mejor dicho) hechos que todo el mundi conoce.

- Pero habrá una nueva guerra. Peor que la de hace cinco años.

- Que la haya.

- Y van a empezar contigo. Los Petkoff te tienen en la mira.

- ¿Cómo lo sabes tú?

- Podríamos hablar los tres: Teodoro, tú y yo.

- ¿Por qué? ¿Para qué? Yo no voy a detener mi libro. Petkoff es un asesino y yo soy un escritor. Mi función es la de escribir. La de Petkoff es la de matar. Que mate.

Fuentes, a pesar de todo, come. Come carne y bebe whisky. Lo han mandado a parlamentar conmigo. Yo también como. Siempre he creído que mis libros me traen dolores de cabeza, atentados. Pero ya es hora de que en Venezuela se implante una moral. No vamos a permitir que vengan unos asesinos emboscados a decirnos que debemos escribir. Para mí es repugnante andar con la sensación de que unos asesinos a sueldo estén sueltos por ahí. Y sobre todo me repugna saber que uno de esos asesinos era uno de esos que se decía redentor de la clase obrera, de la revolución y de la justicia. Esto me asquea. Y hay el asunto de que se metieron contra mí sin que yo les hiciera nada. Yo estaba tratando de hacer el bien cuando publiqué ENTRE LAS BREÑAS, que fue por donde empezó el asunto. Yo condeno las guerrillas y los Petkoff me llaman vendido y defienten las guerrillas. Yo me quedo con eso. No puedo defenderme. Pero viene el tiempo y los Petkoff dan la voltereta y uno se declara anti-comunista, reniega de su

pasado y funda una organización de derechas. El otro "sale a la legalidad" y en compañía de dos tipos asesinan, por dinero, al prestamista Antonio Angiulli. La Policía Técnica Judicial descubre el patuco. Al Luben y a sus compinches los detienen, pero viene el Teodoro y se mueve. Cuenta con un partido. Hace ruido, forma un escándalo hablando de amnistía y el Luben, su hermano criminal, sale en libertad. Ni siquiera lo llevan a declarar. He aquí el problema. Yo narro el caso, ese caso olvidado por los políticos y por la justicia y ahora todos los hermanos Petkoff me amenazan de muerte.

- Esta vez no te salvarás- dice Fuentes. Estás en la mira.

Yo como mirando a Fuentes a los ojos.

- Será así- le respondo.

Fuentes me ha citado a este restauaran El Caney, en Chacaíto, para ponerme sobreaviso.

- ¿Y cuándo empezará la guerra? - le pregunto.

- En febrero- responde él-, después que salga tu libro.

Domingo Fuentes, no lo dudo, jugará su papel en este atentado. Porque no dudo que los Petkoff (asesinos descubiertos) dejen de atentar contra mí. Fuentes quiere ponerse suavcito y me obsequia un libro que acaba de publicar. El libro es de Clara Posani y se titula "Los Farsantes".

#### **14 de diciembre de 1976**

Anoche leí ese libro de la Posani<sup>2</sup>. La Posani cuenta la aventura guerrillera de Alejandro Gil Bustillos. Gil Bustillos ha sido un hombre engañado y utilizado. A Gil Bustillos lo utilizaron los comunistas y los miristas

para sacar dinero en atracos. El pobre Gil Bustillos, que venía del hampa común, creyó encontrar su identidad en los partidos de izquierda que se decían guerrilleros. Y Gil se metió primero en un grupo anárquico para el que dio dos asaltos y después le entregó un arsenal y una enorme cantidad de dinero a unos que se decían comunistas. Éstos lo encerraron en un cuarto y lo tenían ahí escondido mientras buscaban datos para que Gil saliera a efectuar su trabajo. Gil salía, asaltaba un banco, una camioneta y regresaba a su concha. Los “comunistas” disponían del dinero. Gil Bustillos era una buena máquina. Pero muy tarde vino a darse cuenta del lugar a donde iba a dar su dinero. Cada militante del grupo quiso comprarse un carro, quiso comer en buenos restaurantes, quiso alquilar un buen apartamento. Cada militante se alquilaba un carro y andaba por ahí disfrutando. Y Gil Bustillos guardado, creyendo que su dinero era empleado en la revolución. Gil Bustillos creía que con su dinero ya se estaban trabajando las bases en los campos, que ya se estaban creando las alcabalas que servirían de logística. Y así, engañado, vivió Gil Bustillos hasta que lo mandaron a las sabanas de Apure con otros nueve ingenuos que dejaron abandonados. Gil Bustillos se convenció de que aquellos “comunistas” no eran ningunos organizados. Allí los dejaron abandonados y Gil, que era el único “guerrillero” que sabía disparar, se ocupaba ahora de la caza para poder mantener a sus nuevos compañeros de lucha. De allí se fue escarmetado, pobre y con apenas veinticinco bolívares. En Caracas le sacaron el cuerpo a pesar de que la policía lo buscaba vivo o muerto. Su foto estaba en todos los periódicos. “Váyase de aquí”, le decían quienes lo habían utilizado. Alejandro Gil Bustillos se había convertido en un apestado. Claro, Gil Bustillos protestó al Partido

Comunista. Eso no se lo toleraron y lo dejaron fuera, en la calle. Entonces se pone a buscar amigos y entra en el MIR, otra organización clandestina. Y es aquí cuando cae. Cae en la avenida Baralt batiéndose a tiros con la policía. Gil es un magnífico tirador y mata a dos hombres, a un Guardia Nacional y a un civil que va con el Guardia Nacional. No tiene escapatoria y se entrega. Lo dominan, le caen a golpes y lo hacen hablar. Gil Bustillos está resentido y solo. Nadie lo ayuda. Lo han olvidado. Es un deshecho, un lastre y quienes le utilizaron lo llaman asesino y lumpen. Es así como le han pagado. El resto de vida lo pasará en la cárcel con fama de asesino y de ladrón.

Esta triste historia es la que ha contado Clara Posani.

## PARA COMPRENDER “ESCRITO CON ODIO”

### SOBRE EL ODIO

En una ocasión conversaba con el profesor Juan Carlos Villegas sobre el odio. Me decía Juan Carlos que odiar es malo, es negativo o pernicioso. Yo he sentido odio como algo instintivo que me domina un instante, y cuya salida requiere un desafío. Lo malo del odio es no resolverlo, no darle un cauce. Toda la literatura tal vez esté fundada sobre la transfiguración del odio. Porque como lo define Ambrose Bierce, el odio es un sentimiento para manifestarlo ante la superioridad de otra persona. El odio de Argenis en este libro fue un sentimiento para lanzárselo a la cara de la poderosa mafia de Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, quienes a finales de los sesenta controlaban al Partido Comunista, y lanzó por el despeñadero de la violencia a tantos jóvenes para ellos luego salir a fundar un movimiento, y que socialista, por órdenes de AD y de la CIA. Realmente Argenis era el hombre menos rencoroso, por no guardarse nada; con menos capacidad para tolerar el odio que se pueda imaginar, precisamente porque decía sus verdades sin tapujos, y en su diario se confesaba del modo más directo y terrible.

Recuerdo algo que leí hace mucho años, no sé si fue en la revista francesa Planeta que dirigía, entre otros, Jacques Berguier: Hay un vietnamita del Sur que todos los días acude a un bar en donde los americanos van a tomar cerveza y a acostarse con putas. Se está allí todo el día mirando aquellas escenas, y alguien le pregunta por qué lo hace; él contesta: “Para llenarme de odio”.

Casi todos mis libros han sido la necesidad de vengarme de algo que ha herido mi existencia; pasarle mis cuentas a este mundo. Urgencia de justicia. Los títulos me delatan: “Maldito Descubrimiento”, “La Cultura como Sepultura”, “Nos Duele Bolívar”, “Capos de Toga y Birrete”, “Obispos o Demonios”, “Las Putas de los medios”, “Las Jineteras”. Al igual que Argenis, yo siempre he desafiado a los poderosos, nunca he atacado a un pendejo, a un débil, a un tonto. Yo sé que los idiotas son muy peligrosos e incluso pueden que a la final sean ellos quienes lo eliminen a uno, pero esta gente está controlada y manipulada por los poderosos, y a esos son a los que hay que atacar, a los que hay que denunciar. Yo he apuntado en mis escritos directo a los presidentes, a los dueños de los medios de comunicación (a Gustavo Cisneros), a los obispos, a la CIA, a los rectores de nuestras pervertidas universidades, a los gobernadores.

Argenis en toda su vida también hizo lo mismo.

Cuando Renny Otolina era el gran señor de la hipocresía en los medios venezolanos, junto con una sociedad civil defensora de la moral ciudadana, intentó meter en la cárcel a Argenis. Había aparecido en el *Suplemento Cultural* de *Últimas Noticias*, que dirigía José Ratto-Ciarlo, un cuento de Argenis en el que refería ciertas experiencias de su adolescencia. Al periodista Ratto-Ciarlo lo procesaron y lo metieron preso en el Retén de Catia. Aquella sociedad hipócrita, dirigida por Renny Otolina, creó una organización civil como las que abundan hoy día, con el nombre de Defensa de la Familia: lo que estaba condenando no era el hecho en sí narrado por Argenis, sino un atrevimiento confesional que podía extenderse en Venezuela y que fue además recogido por la prensa, sin tapujos; que ese estilo confesional

directo con verdades estremecedoras pudiera llegar a otras capas, a los dirigentes políticos, por ejemplo, y producir un destape moral que echase por el suelo grandes intereses de sectores poderosos. En nombre de la moral, de los buenos modales y de los principios cristianos esto debía impedirse.

¿Quién podía imaginar entonces, en aquel año de 1969, que ya había nacido un hombre que desde el propio terreno de la política iba echar por los suelos a todos esos ídolos, a todos esos farsantes y fariseos?: Hugo Chávez Frías.

En la historia se recuerda con horror las “Confesiones” de San Agustín o de Rousseau, el Diccionario Filosófico de Voltaire o las Memorias de Bertrand Russell. A la gente, y sobre todo en estos tiempos de enorme dominio y engaño mediático se le ha tratado de meter en la cabeza de que es muy feo o al menos inconveniente, hablar claramente, decir toda la verdad, ser franco con uno mismo y con los demás. La gente tiende a huirle a todo el que lleva un diario. Casi nadie se atrevía a hablar delante de Argenis en Venezuela, porque como decía el propio Argenis la gente tiene un mal concepto de sí misma, y que sólo los que se conocen profundamente no ocultan sus defectos y los sacan a la luz. “Porque cuando uno habla de uno mismo, habla por todos. A mí por esto de escribir tres tomos de memorias me han condenado, me han hecho preso... Mussolini vivía asustado del diario que llevaba su yerno, el conde Galeazo Ciano. Tal vez eso influyó para mandarlo al paredón y dejar a su propia hija viuda”.

Hoy en día Chávez lleva un diario de cara al público, y nosotros lo podemos ver abierto cada vez que habla. Eso nos llena de vitalidad y fortalece nuestra ima-

ginación y nuestro espíritu. Porque como dice Argenis, él habla por todos nosotros. Por todo lo que nosotros desde hace mucho hemos también querido decir.

Venezuela hasta el 2002, era un país sin memoria. Nos habíamos acostumbrado a olvidar nuestras servidumbres para cada día poder tolerar otras nuevas. A partir del 11-A del 2002, cada vez que Venezolana de Televisión nos recuerda retazos de nuestras amargas luchas, los viejos esquemas del pensamiento petrificados en la Coordinadora Democrática tiemblan y dicen que la libertad de expresión peligra en Venezuela. Peligra para ellos, precisamente porque estamos en proceso de mantener viva la memoria de lo que hemos sufrido, de lo que nos ha pasado. Antes de Chávez éramos unos desmemoriados, pero eso está llegando a su fin. Mientras la oposición quiere olvidar, los chavista se niegan. Enrique Capriles Radonsky le exige a un tribunal que no se vuelva a transmitir el documental "Asedio a una Embajada"; Enrique Mendoza pide que "esa basura del canal 8 sea cerrado"; Marcel Granier no tolera a ese "2 %" del canal de estado. Se quiere asesinar a Chávez para que no diga más verdades, para que no se confiese más ante el pueblo. Para que cierre para siempre su memoria.

Un país sin memoria vive esclavizado, sometido, envilecido por sus mandones. A todos los gobernantes que habíamos tenido desde 1830 en Venezuela les encantaba que sus ministros les mintieran. No querían saber de verdades para no molestarse. Bolívar por el contrario cuando se reunía con su gabinete les decía: "Vengan todas las verdades que tengo suficiente fortaleza para recibirlas".



Recuerda Argenis que Pío Gil dejó unos diarios que no han sido publicados en su totalidad. Que Rufino Blanco Fombona dejó miles de páginas autobiográficas y sus hijos nunca quisieron publicarlas. Argenis conoció mucho al hijo, Hugo, de don Rufino y en una ocasión le habló sobre las memorias de su padre, pero Hugo le contestó: "Ese es un tema que no quiero tocar". En una ocasión, hablando Argenis con Arturo Uslar Pietri, le pidió que publicara sus memorias a lo que le contestó el autor de "Las Lanzas Coloradas": "¿Y usted cree que esa sea la herencia que le deje a mis hijos?".

Ramón J. Velásquez se lamentó toda la vida de haber permitido la publicación de "Las Memorias" de J. M. Núñez de Cáceres. Yo creo incluso, que fue él mismo quien luego se encargó de mandarlas a recoger.

ESCRITO CON ODIO es uno de los libros confesionales más terribles que se han escrito en Venezuela, y una fuente fundamental para aquí entender qué pasó con las izquierdas, cómo y por qué fueron traicionadas, quienes la negociaron, por qué hubo tanto silencio desde todos los partidos para ocultar este crimen.

Para comprender "Escrito con Odio" es necesario haber vivido la década de los sesenta en el pleno caos de sus traumas y frustraciones. Yo vivía en San Diego, California, cuando Argenis me hizo llegar este libro en una de sus tantas ediciones, en 1976. Cometí el error de prestárselo a Ramón J. Sender, mi amigo. Sender lo leyó y no le gustó. No le gustó la manera confesional y directa como Argenis atacaba a tantas personas, pero me dije: "no le gusta a Sender este tratamiento testimonial cuando él ha escrito trabajos tan descarnados y terribles so-

bre México como “Epitalamio de Prieto Trinidad”, sobre su propia España como “El Regreso de Edelmiro” y “Réquiem por un campesino español””. Para comprender “Escrito con Odio” hay que haber vivido en Venezuela y conocer a sus políticos y escritores; aquella época plagada de traiciones y de engaños. Donde tantos jóvenes que luchamos a brazo partido contra el imperialismo norteamericano quedamos al garete, sin dirigentes, sin salidas, sin organizaciones políticas nacionalistas y sin patria. Los gringos se hicieron dueño y señor de todo en Venezuela.

Argenis quería vengarse de todos los que le habían hecho daño a su país y a su propia obra, y sólo tenía su pluma y su talento; su pavorosa soledad. Su lucha la tuvo que hacer desde la más enconada desconfianza de la propia gente que se decía de izquierda; pues, por haber Argenis denunciado a los que traficaban con la violencia fue tildado de traidor, y los que le tildaban de traidor tenían buena prensa y mucho poder. Serían los que en alianza con Gonzalo Barrios y Carlos Andrés Pérez le darían nacimiento a un partido financiado por la CIA, el MAS. Entonces a Argenis, en medio de un fervor de pasiones personales, se le hizo una feroz guerra, y aquello lo desequilibró emocionalmente para siempre. Como Argenis no rehuía ningún frente, vivió quince horribles años al borde de la locura y del suicidio. Porque él era esencialmente novelista sólo veía personajes de novela en los dramas ridículos y miserables de las pendencias y miserias de los politiqueros nacionales, y entonces no salió nunca de ese círculo y su talento se quebrantó. A Argenis no se le podía comprender afuera, así como hoy es difícil que la intelectualidad y muchos políticos hispanos y latinoamericanos puedan en-

tender a Chávez. Si Chávez hubiese sido escritor en los años sesenta habría publicado mil obras como “Escrito con Odio”.

Lo que nunca se podrá entender cómo fue que algunos comunistas honestos se hubiesen dejado chantajear por esos miserables y viles cipayos del Teodoro y del Pompeyo, y que en su momento no los hubiesen desenmascarados como sí lo hizo Argenis.

¡Insólito!

Esa será una condena que llevarán más allá de su muerte muchos camaradas.

Cuando Argenis se refiere al “Partido Comunista” es al aparato del partido controlado por Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, y con el cual jefean también desde revistas, periódicos, universidades y centros culturales destacados intelectuales como Jesús Sanoja Hernández y Adriano González León quienes asumen una posición de sumisión frente a este par de forajidos y mafiosos. La extraordinaria obra de Juan Bautista Fuenmayor, “Historia de la Venezuela Política Contemporánea”, que constituye por antonomasia los anales del Partido Comunista de Venezuela, PCV; quedó lamentablemente paralizada con su muerte. Juan Bautista fue el mayor testigo del hundimiento del PCV en manos de un grupo de desalmados. Cuando ocurrió este deslave degeneracional estaba viejo y cansado. Muchas cosas tuvo que callar, pensando él que lo hacía por el bien del país.

Nosotros, los que pertenecemos al PCV de aquel año glorioso de 1958 y luchamos contra la criminal dictadu-

ra de Rómulo Betancourt, moriremos siendo comunistas. Los comunistas que fuimos los primeros en proponer la unidad, esa unidad que tanto hoy defiende el Presidente Chávez. Unidad que fue destruida el día que llegó a Caracas, Richard Nixon.

Fue a partir de 1964, cuando Teodoro y Pompeyo se adueñan del PCV, lo convierten en un mafioso grupo político, totalmente plegado a sus intereses personales y claro, para que pudiera prosperar y subsistir, dependiente de la CIA. Esto lo descubrió Argenis, y de allí nace la guerra del conocido escritor guariqueño con este par de aventureros sin alma ni patria. Se hace imprescindible un trabajo de investigación sobre la deformación que sufrió el PCV durante la década de los sesenta y su casi extinción en los setenta, porque de allí venimos un grupo vigoroso de los que hoy estamos con el proceso revolucionario que dirige Hugo Chávez. En este sentido Argenis hace un aporte fundamental.

Argenis nació el 27 de noviembre de 1935, en Santa María de Ipire, un desconocido pueblito del Estado Guárico, cerca de Anzóategui; luego sus padres, cuando Argenis tenía diez años, se mudaron a Las Mercedes del Llano. Tanto en Santa María de Ipire como en Las Mercedes del Llano, en aquellos desolados años cuarenta, no había libros de ningún tipo, ni siquiera en las escuelas. El hombre más preparado en Las Mercedes del Llano, el padrino de Sant Roz, fue el boticario Manuelo Marchena. Pero Marchena se la pasaba borracho; salía a la calle con una faja negra, gruesa, hecha de similicuerdo brillante donde guardaba unas lochas que se las repartía a los muchachos que ganasen competencias de carrera.

Don Javier, el padre de Argenis, tenía una pulpería desolada con los estantes vacíos, a donde la gente acudía más que todo a pedir el fiado. Tuvo sólo un repunte con la llegada de los obreros petroleros al puesto de Roblecito. Las Mercedes hervía entre bares, putas y muertos a cuchilladas o machetazos; “mi educación – dice Argenis- empezó por allí contemplando aquellos dramas. Al pueblo si acaso llegaba un vendedor ambulante que entre sus peroles sobresalía una novela de Vargas Vila o una novela de “El Caballero Audaz”. De resto aquellos obreros que viajaban una que otra vez a Caracas regresaban con revistas pornográficas que yo también veía”.

Doña Clara, la madre, buscándole un destino al hijo mayor, quiso que Argenis estudiara bajo la dirección de un tío, Guillermo, en Calabozo. Pero el tío no tenía paciencia para andar educando u ocupándose de muchachos y lo castigaba con crueldad. Deambulando, Argenis llegó a trabajar de listero en el pueblo de Lezama, cuando construían la carretera hacia Altagracia de Orituco. Llevaba el cosquilleo de hacerse poeta o cuentista y garrapateó unos trabajitos que se los leyó el poeta Jesús Brandes, quien era maestro. En Lezama, entre unos depósitos de casabe, se encontró Argenis el libro “Las leyendas del Caroní” de Celestino Peraza, y unas deterioradas recopilaciones de *El Correo del Orinoco*; se los devoró. Por milagro también fue encontrando obras de Víctor Hugo, de Goethe, el Don Quijote, las leía y se les quedaban sus estampas fuertemente grabadas en la cabeza, como si él mismo las hubiese escrito.

Cuando le preguntaban: “¿Y tú qué vas hacer, muchacho?”, contestaba: “- Poeta”.

Como pudo, a mediados de los cincuenta se fue a Caracas. Al principio dormía en un carro viejo. Trabajaba lavando carros y con lo que le daban sacaba para la comida. A veces tenía suerte y entonces le daba para compra libros, y fue conociendo autores como Chejov, Faulkner, Baroja, Dostoievsky, Tolstoi y Azorín. Por este camino acabó siendo empleado en una de las mejores librerías de la capital, "Pensamiento Vivo", debajo de las Torres de El Silencio. Se hizo militante de la Juventud Comunista, y ayudaba a imprimir un periodiquito que salían a distribuirlo cada noche. Se reunían en el Arco de la Federación. Participó en acciones difíciles, como la quema de la Embajada Francesa, cuando los ingleses y franceses invadieron el Canal de Suéz.

Leía cuanto llegaba a esta librería y conoció a la intelectualidad más importante de entonces. Argenis llegó a ser uno de los hombres más cultos de Venezuela; no sólo leyó cuantos libros pasaron por "Pensamiento Vivo" sino que su gula intelectual abarcó a las bibliotecas personales de escritores como Pedro Díaz Seijas, José Francisco Torrealba, Antonio Márquez Salas, Guillermo Meneses, Ramón J. Velásquez, Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas. En su vida llegó a formar unas siete grandes bibliotecas porque algunas se perdieron por sus viajes, divorcios o tragedias. En su biblioteca no entraban sino obras muy selectas por su exquisita experiencia. Yo le compré la última en 1994. Su ojo avizor era certero hurgando entre los libros de lance y solía ser el más afortunado dando con verdaderas joyas de la literatura que luego mostraba con orgullo a los más expertos. Cuando escribo esto, recuerdo que Argenis nunca dejó de ser un muchacho: lleno siempre de vitalidad, de alegría, de firmeza. Y murió siendo jo-

ven. Picasso le dijo un día a Camilo José Cela: *Desengáñese Camilo, cuando se es joven, se es joven para toda la vida*. El Camilo José que conoció y atendió en su casa de Palma de Mallorca a Argenis y le publicó en su revista de *Papeles de Son Armadans*, “La Fiesta de Embajador”.

Cuando en 1967 Argenis emigra a Bruselas, estudia allí francés, italiano e inglés y cuando se había cansado de releer los pocos libros que había llevado consigo, con su esposa Mirna Linares Alemán, se dedica a leer las grandes obras de la literatura en francés. Lee en esta lengua a “Los Endemoniados”, de Dostoievski, a todo Camus, a Sartre, Balzac y Víctor Hugo. Llegó a creer que acabaría por suplantar al español por el francés. Pero también comenzó a leer las traducciones a este idioma de las obras de Rulfo, de Camilo José Cela (“La Familia de Pascual Duarte”) y al escritor Arreola. 1968 fue su año más feliz porque Cela le editó “La Fiesta del Embajador” y le envió una carta en la que le decía a Argenis: “su novela es extraordinaria”.

Y este hombre sensible, creador, talentoso, salido de una familia muy pobre y campesina, vino a caer en las garras de unos negociantes de partido, de unos mafiosos y lacayos miserables como Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez.

Yo siempre lamenté el que Argenis, después de aquella temporada tan creadora que vivió en España intimando con genios como Cela, hubiese regresado al infierno de Venezuela, en un ambiente cultural dominado por intrigantes y mantenidos de partidos. Argenis en España, habría sido feliz, leído por Francisco Umbral, Carmen Rigalt, Antonio Muñoz Molina, Manuel Vicent, Eduardo Haro Teglen, y despojándose de esa

dosis amarga con el que envenenó sus letras por defenderse de tantos hijos de puta. Debió en mi concepto hacer como Rafael María Baralt, Teresa de la Parra o Rufino Blanco Fombona (quien sólo regresó al final de sus días), quedarse allá, leyendo, empapándose de los clásicos: castellanismo, de lo más sublime del Quijote, de Quevedo, Fernando de Rojas, Torres de Villarroel, Góngora, Valle Inclán; de los místicos españoles: San Juan de La Cruz (su gran "Cántico Espiritual", "Noche Oscura del Alma"), el beato Juan de Ávila, Fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús. Lo que verdaderamente más amaba s alma.

Lo hubiera preferido mil veces aun cuando perdiésemos el tramo penoso de su dura confesión que surge a mediados de los 70's; de sus memorias y escabrosos testimonios de la última época, porque lo supremo de su obra fue la etapa de "Entre Las Breñas", "Donde los Ríos se Bifurcan", "Memorias I", "Memorias II" y "La Fiesta del Embajador". Argenis no quiso hacerlo porque creyó que se traicionaba, que era desleal con su destino, que a su juicio debía ser profundamente venezolano en lo buen y en lo malo. Así lo hizo lo que fue una gran pérdida para la literatura universal.

El desenmascaramiento que el terreno de la política hoy está haciendo Chávez, lo hizo Argenis enteramente solo en la literatura venezolana.

Conocía Argenis de memoria la obra de Ruben Darío y Dostoievski. Afectado profundamente su espíritu, por las obras de los románticos alemanes, por las novelas de Jack London y Thomas Wolfe, quiso incursionar en la política, pero siempre como un narrador, como un investigador de las pasiones, de las debilidades o gran-



dezas de los hombres. Eso es muy peligroso para alguien que va a luchar desde un movimiento político. Ingresó Argenis al Partido Comunista de Venezuela, PCV, cuando se trabajaba en la clandestinidad para derrocar al dictador Marcos Pérez Jiménez. Entonces la oposición no tenía esa amplia libertad de andar agitando banderitas en plazas públicas ni haciéndole sonar cacerolas a los funcionarios o altos oficiales de las FF AA, ni mucho menos tener detrás de sus acciones, difundiendo bazofias y mentiras contra el gobierno, a cien poderosas radioemisoras, cuatro poderosos canales de televisión, toda la gran prensa y el apoyo descomunal del Departamento de Estado norteamericano y sus inmundos millones de dólares, la OEA, SIP, OIT, ONG's y otras tantas mierdas internacionales, todas dependientes de la CIA. Con Pérez Jiménez no hubiese prosperado esa piara de dirigentes ambivalentes y asexuados de Primero Justicia, ni hubiesen cogido cancha en los frentes de la lucha social unos lacayos como el Carlos Melo, el Pablo Medina, el Andrés Velásquez o el Américo Martín. Un Carlos Melo que se abraza a Federico Alberto Ravell como si éste fuese un dios, un hombre como él salido de lo más hondo de la pobreza, un negro como él que en cuanto sale de la cárcel el 6 de abril del 2004, luego de estar preso por los hechos del Guarimbazo, lo primero que hace es meterse en esa mierda dependiente de la CIA llamada Globovisión. Ese es su refugio moral, el numen de su lucha y de sus principios.

Aquel idealismo revolucionario con sus luchas clandestinas contra la dictadura fue muy hermoso al principio, y tuvo su máxima expresión de romanticismo con el 23 de enero de 1958. Pero al igual que le pasó a Jack

London, no fueron las teorías marxistas sino los novelistas los que realmente iban a tener una influencia determinante en la pasión intelectual de Argenis. Él no tenía condiciones para ser un dirigente político y jamás lo pretendió, pero si hubiésemos tenido un líder en aquella época en nuestro país, como Fidel o Chávez, de seguro que Argenis habría dado todo de sí para llevar a cabo los cambios por los que ha estado luchando nuestro país desde que murió Bolívar. Lamentablemente la política de los partidos se infeccionó del sensualismo materialista de Jeremías Bentham, del criminal pragmatismo de los capitalistas, de los cuadros y acuerdos a espaldas de las masas. Una mala práctica que envenenó a casi todos los dirigentes políticos de la década de los sesenta.

Con la llegada de la Revolución Cubana, Argenis opta primero por hacerse guerrillero urbano y después se va a las montañas. Para eso le miente a su esposa Julieta a quien le explica que se va a Chile por un tiempo. Ya tiene una hija, Clara. Cae preso cuando intenta organizar un movimiento guerrillero en Las Cocuizas, cerca de Cabruta, con su cuñado Jesús Ascanio. Lo trasladan a la sede de la Digepol en San Juan de los Morros. Por las gestiones de su otro cuñado Alberto Turupial, senador al Congreso de la República, es puesto en libertad. Antes, Argenis había estado, en 1961, en las guerrillas que dirigía Juan Vicente Cabezas en el Charal. No deja de llevar un diario que le servirán para escribir dos de sus obras fundamentales, "Entre las Breñas" y "Donde los Ríos se Bifurcan".

La experiencia guerrillera es desoladora. A los jefes políticos de la violencia se los encuentra echándose pa-

los en los mejores bares de Caracas, viviendo a lo grande sin importarles mucho el destino de esos estudiantes y muchachos que se han ido a la montaña y que ahora están dejados a la buena de Dios, sin armas, sin orientación y sin estímulo moral para mantener la lucha. Está naciendo una manera de hacer política sin ética ni moral. Lo que importa son los acuerdos, las negociaciones, los tratados. Jefes como Petkoff y Pompeyo que pregonan que la guerra será larga y que no hay que hacer concesiones con los enemigos y que hay que irse a la guerrilla y que proponen matar un policía diario, se hacen fotografiar en el patio de una casa, en la capital, con un fusil, para alimentar la leyenda. Nunca se van a las montañas. Aquello lo llega a conocer en profundidad Argenis, quien acaba por irse a Chile y trabaja para el diario comunista *El Siglo* y escribe contra la criminal democracia de los adecos.

Cuando Argenis regresa de Chile, lo que escucha por todos lados es el desastre de la derrota y del envilecimiento en que han caído los llamados supremos líderes de la izquierda. De cada posición brota un centro de agitación sin coordinación ni fuerza en las masas. Argenis se aparta y un poso de angustia, de remordimientos surge cada vez que tiene que enfrentarse con su diario. Allí comienza a retratarlo todo. La política de partido no es su destino sino la literatura. Descubre que la elite intelectual del partido comunista tiene amplia acogida en *El Nacional*; son los dueños de los cargos en la Universidad Central de Venezuela y de sus premios, de los reconocimientos en la cultura, de los ateneos, y que por ello reciben buenos financiamientos del Estado, pero al mismo tiempo fusilan moral y físicamente sin compasión al que se les oponga, al que les critique.

Chantajean. Argenis asume el peligroso y mortal papel de desenmascararlos y hacerles la guerra. En esto perderá su vida, su talento y su destino como escritor. Se le van cerrando todas las puertas y queda en la más entera soledad. Para publicar y decir su verdad acaba trabajando como periodista a destajo en las bazofias editoriales de Rafael Poleo, hasta que de allí también lo echan.

La década de los setenta y ochenta los pasa Argenis como indigente, tratando de vivir de lo que escribe, que es un imposible en Venezuela. Con una beca del Conac, que no pasaba de 800 bolívares, y que se le iba en comprar libros usados, cumple con lo que se le exige y llega a escribir unas veintitrés novelas y más cinco mil artículos por prensa y revistas.

Los acontecimientos del Caracazo y del 4-F lo marcaron profundamente, y en ellos se inspiró para escribir su novela "Febrero". Conoció personalmente a Chávez a quien llegó a trató muchas veces en la redacción de "El Nuevo País", donde el comandante tenía una columna. En una ocasión, Argenis le pidió una ayuda a Chávez para comprarse unos lentes y éste se los pagó. Muchas veces me comentó Argenis: "Chávez no tiene pizca de tonto; es inteligente".

En 1997 se embandera Argenis definitivamente con la posición de Chávez; se une a un grupo de intelectuales que apoyan su candidatura como Earle Herrera, Néstor Francia y Luis Brito García. Está ahora escribiendo columnas desgarradoras en el semanario *La Razón*. Un intelectual como Argenis se hace peligroso para cualquier bando político porque su función es escribir y decir lo que siente, no tiene compromiso sino con su obra. Podría decirse de Argenis lo que una vez escribió sobre sí Ramón Sender: "Ignoro lo que es una asamblea de

partido o una reunión de célula, pero sé que el poeta y el político son especímenes opuestos e irreconciliables y que las cualidades del uno y del otro se repelen. Cuando me he acercado a la política, me he conducido como poeta (resultaba así un animal indefinible), y entre los escritores me consideraban a menudo un político. Unos y otros se engañaban y se irritaban al sentirse engañados. Pero un escritor no puede evitar la circunstancia social. Para mantenerse insensible a los problemas sociales de nuestro tiempo hay que ser un pillo o un imbécil”.

Triunfa Chávez, y Argenis percibe el maremagno de la farsa que rodea al nuevo Presidente. Entran en el alto gobierno personajes de la catadura moral de Luis Miquilena y Alfredo Peña, a los que él conoce muy bien. Cuando se desata la campaña por la Constituyente, y en el quino aquel famoso aparece Alfredo Peña como una de las estrellas supremas, al lado de Marisabel y de Miquilena, en la portada de *La Razón* Argenis arremete haciendo una seña vulgar con sus dedos dirigida al nefasto Alfredo Peña. Está harto Argenis de lo que ha visto y vivido en la política nacional. Cree que estamos en la antesala de otra brutal farsa y engaño. Ocurre lo del deslave de Vargas que en su imaginación de novelista surge como un presagio de grandes tragedias: que estamos ante el desenlace y el signo de una catástrofe total. Han bajado las piedras y el barro y han sepultado a todo un pueblo, y pronto bajarán los cerros con sus hordas ateridas de miseria y desamparo a vengarse... Argenis huye desolado a los llanos, y va con la decisión de no escribir más, y de no leer más. Aún así, garrapatea su última novela “Milenio”, y en febrero del 2002 se suici-

da en San Juan de Los Morros, y antes de matarse grita:  
“Díganle a José que publique mis libros”.

En la presente edición de “Escrito con Odio”, sólo hacemos hincapié con lo que tiene que ver con los aspectos políticos relacionados con el actual proceso histórico y político de Venezuela.

José Sant Roz

# **ESCRITO CON ODIO\***

- Editado en julio de 1977 -





*Si yo no escribo esto me suicido...*



## CARTA DE UN JOVEN ESCRITOR VENEZOLANO

Maracaibo, Julio 1976

Debería empezar estas líneas con un "Señor Rodríguez" o tal vez una presentación, pero sucede que aquí -me refiero a un grupo específico- cuando nos referimos a usted decimos ARGENIS simplemente, así es que lo lamento pero ese "señor" no me sale. Sin embargo, es justo decir que tengo su dirección gracias a un amigo entrañable: Emilio Valero.

Le escribo para saludarlo y poder decir que alguna vez le dirigí formalmente la palabra a alguien como usted, por lo demás le expreso mi simpatía y mi admiración, pues espíritus como el suyo ya no existen y supongo que pertenecen a un estado anacrónico, romántico y terrible. Yo lo conocí a usted por medio de una pieza llena de maestría y vitalismo, como lo es el primer tomo de sus memorias. Le juro que ese libro se le tiene que quedar a todo el que lo lea y más si es venezolano.

El otro libro suyo que me ha impresionado es "Los Caminos Nocturnos". Ahí demuestra que puede escribir excelente ficción cuando se lo proponga, es un libro que hace alarde de poesía dentro de su brevedad. De aquí le digo que no hay escritores, nadie lee pero eso sí son muy especuladores. Quiero decir que no leen por

saborear una obra, el que lo hace es para poder hablar sobre el libro, como los profesores de LUZ. Hace unos meses yo me quedé sorprendido cuando un profesor me dijo no saber quién era Edgar Lee Master, y ese señor tiene una cátedra en la Escuela de Letras. ¡Que le parece! Ese es el estilo de aquí.

Ahora estoy leyendo a un escritor que se llama Felisberto Hernández, uruguayo, Es grande. Y nadie lo conoce. Otro me dijo que LAS UVAS DE LA IRA no era una gran novela. Dan ganas de reír. Aquí hay mucha gente que no lo entiende a usted. Esa gente se empeña en formalizar con su obra y lo excluyen o se olvidan de Argenis Rodríguez. Esto no deja de ser lamentable porque el público nunca llega a comprender lo que usted ha hecho. Pero estoy seguro que existe un público selecto que anda en lo cierto. Por ejemplo, la otra vez leí algo sobre usted de Ángel Rosenblat donde él peca de ingenuo al sancionar un párrafo suyo, creo que de las *Memorias I*. Quiero saber si hay un hermano suyo de nombre Adolfo que escribió un libro sobre Gallegos. Yo trabajo en una Biblioteca y día a día me tropiezo con cosas insólitas en materia de libros. He escrito algunas cosas en los miserables periódicos de esta ciudad, publiqué ensayos y cuentos en revistas, pero ahora todo lo guardo, aunque continúo escribiendo. Mire, le voy a decir una cosa: hay grandes escritores que uno los lee por usted. Alguna vez lo dijo y es la pura verdad. Una revista de la Universidad va a publicar un ensayo que escribí sobre usted, es del 74 y aún no había leído algunos libros suyos porque no habían aparecido, pero no me atreví a modificarlo y lo entregue tal y como estaba. Solo espero que salga la revista para enviárselo. Hace

unos días fui a una librería y me conseguí la primera edición de *La Fiesta del Embajador* publicada por “Fuentes”, yo no la conocía, es una edición preciosa. Espero disponga de tiempo para contestarme. Deseo también que me informe sobre sus planes y libros publicados por allá.

De usted, Miguel Ángel Campos.



- Te van a coger rabia en Venezuela.
- ¿Y qué?
- No solo tus enemigos te van a odiar, sino todo el mundo.
- ¿Y qué? ¿Acaso yo vine hacer negocio en esta mierda?
- Yo sé que a ti te alegra que te lean.
- Para eso escribo.
- Pero te van a odiar si continúas escribiendo de esa manera.
- Qué va. A mí me leen porque escribo así.
- Mis lectores son gente decente. En Venezuela la gente decente piensa como yo. Yo me expreso por ellos.
- Te van a matar.
- Que me maten.
- ¿Y yo? ¿Y el niño?
- Que nos maten. Si un hombre como yo no puede vivir en su país, bueno, que no viva nadie.





## PRIMERA PARTE

### DE ASESINOS E INSTIGADORES DE ASESINATOS

*El amor y la victoria podrán ser momentáneos, pero no satisfacciones parciales y la felicidad parece provenir más bien del ejercicio de la actividad espiritual que de cualquier forma de abstinencia. Es cierto que a uno le agrada considerar su propia vida como algo más importante que el mero ejercicio de sus facultades. Se buscan resultados, se desea, al menos, una cierta forma de permanencia o de inmortalidad. Yo mismo, supongo, conseguí hasta cierto punto cumplir con esa aspiración y me alegro de ello, aunque tengo aún muchas otras aspiraciones que realizar y me hallo lejos de estar satisfecho con lo que hasta ahora he conseguido llevar a cabo. Mis defensores sostienen que llegué al mundo en un momento caótico y que he tenido éxito al implantar un principio de orden. Esto es cierto, pero no es la completa verdad.*

REX WARNER

Son la siete de la noche del día 25 de Septiembre de 1975, y estoy instalado en un estudio de la calle Ballesta número 28 de Madrid. Vivo en compañía de Inés, mi esposa, y casi no salimos para nada y cuando no leemos escribimos o nos distraemos con la televisión. Gasto la mitad de una beca que me concedió el INCIBA (hoy CONAC) por este alojamiento y la otra mitad en comida. Como se puede apreciar, vivo al día.

Hasta el presente, con lo que tengo de beca, he vivido en París y Barcelona y le ha puesto final a tres libros: dos volúmenes de relatos y una novela.

He escrito una cantidad considerable de artículos para *El Nacional* y creo que todo ese material podrá serme útil para darle forma a un volumen que tratará de mi pasión por la literatura y que titularé *La Trágica Verdad del Escritor*.

Hoy me he sentado frente a esta máquina con la idea de empezar a escribir mi tercer tomo de Memorias.

Abajo hay un niño que llora día y noche y sus padres, unos franceses que trabajan en un circo, hablan en voz alta y cuidan poco de él. Eso me molesta y por esa razón alquile el aparato de televisión que me sirve de mucho porque casi todas las noches puedo ver una película diferente.

A las diez o a las diez y media me distraigo con una película de los años cuarenta que son las que pasan ahora. Ese era el cine que me distraía en mi infancia allá en Las Mercedes del Llano o en Calabozo y es como si volviera a vivir esa época que es la que mejor perdura en mi memoria. Lo demás ha sido duro para mí y lo que voy a contar en el presente volumen no es de mi agrado ya que me veré obligado a revivir mi aventura con Marta, la que fue mi segunda mujer.

Como todos saben, en 1964 publiqué un librito titulado *Entre las Breñas* que me puso a sonar en el ámbito de la literatura de mi país. Los relatos allí contenidos describían una situación de violencia y los críticos políticos creyeron percibir allí un aire de pesimismo y de derrota y yo, el autor, catalogado como desertor por los maricones que no habían estado en las guerrillas.

Yo había vivido aquello, había estado en las montañas con un fusil en las manos y había bajado con unas historias que reflejaban un estado tal de pesimismo que hizo que los dirigentes de la violencia revisaran lo que se llamaba “la línea armada”.

Nadie me entendió porque nuestro país adolece de críticos literarios y lo que era literatura fue considerado un tratado de la política.

Yo, y es cosa sabida por quien me ha leído, he querido ser escritor. Y me fui siendo escritor por mi cuenta, en una tierra que no es propicia para estos afanes.

En Venezuela ha sido raro el escritor que no haya sucumbido. Uno se volvió loco por la falta de receptividad y otro se frustró porque tenía que ganar dinero para comer.

El escritor venezolano que ha muerto como escritor ha tenido que exiliarse, ha debido pagarse con sus propios recursos o ha tenido que hacerse embajador, ministro o simple burócrata.

Bueno, yo nunca quise seguir esos ejemplos.

Consideré conveniente vivir para escribir y milité peligrosamente en un partido clandestino.

Trabaje en diferentes oficios. Viaje dentro de tierra y por fuera de ella y pase por las más diversas pasiones. Me identifiqué con los personajes de los grandes libros que me entusiasmaron y al fin termine escribiendo mis propios libros y llamando la atención sobre todo lo que firmaba con mi nombre.

Quise, bueno, dedicar todo mi tiempo a la literatura y a fe que ha sido así y durante toda mi vida he hecho lo que he querido. No puedo quejarme y no me quejo de nada y sigo en mi empeño y estoy seguro de que dejare

huella. Esto no me preocupa, pero dejaré huella es el único premio que un escritor como yo puede conseguir. En Venezuela mis compatriotas me leen, pero los encargados de dar premios no me quieren dar premios sino balazos.

Yo quiero, yo puedo, yo hago ha sido una de mis máximas. Soy un escritor torrentoso como Balzac, Baroja o Thomas Wolfe y todo lo que sale de mi pluma va directamente al escritor espontáneo y no trabajo las frases y apenas si he luchado por mi sinceridad y la sencillez en la expresión. Quiero que todo el mundo me entienda.

Me enfrenté, pues, a la miopía de los críticos y algo que hasta ese momento no había conocido: la envidia de los “escritores” de mi generación.

Para el tiempo que apareció “Entre las Breñas” no existían más que dos escritores jóvenes un poco mayores que yo y cada uno de ellos ya había publicado su librito. Ellos eran Adriano González León y Salvador Garmendia. De resto no se sabía de nadie más. En la poesía sobresalían Ramón Palomares y Rafael Cadenas y en el ensayo literario la cumbre estaba representada por un hombre riguroso extremadamente exigente: Guillermo Sucre. De pronto aparecí yo y los que no escribían pero se hacían pasar por escritores saltaron sobre mí como perros rabiosos.

- Los que te atacan te envidian –me dijeron.

¡Caramba, yo no me creía tan grande!

Un tipo que nunca había publicado nada se prestó para atacarme y el que lo entrevistó se decía poeta. Ya hablare de estos dos personajes.

Habían empezado a envidiarme por dos cosas: porque había estado en las montañas y había demostrado ser un hombre y porque había escrito un gran libro. Y ninguno de ellos había demostrado nada de estas dos cosas, esenciales en un país en que hay que responder con los hechos.

Por su parte, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Juan Liscano, Guillermo Sucre, Antonio Márquez Salas, Guillermo Meneses, César Dávila Andrade, Guillermo García Mackle y Juan Ángel Mogollón, entre otros, elogiaron los relatos de "Entre las Breñas". Más adelante este mismo librito sería ensalzado en España por los escritores más representativos.

Arturo Uslar Pietri, quien me recibió en su casa, me dijo que a mí me sería conveniente un viaje a París. Él había estado allí en la época de su primera juventud y en París escribió "Las Lanzas Coloradas". Me obsequió el volumen de sus Obras Escogidas y me alentó. Venezuela era una maquina que había triturado a sus hombres de talento. Ahí estaba el caso de José Rafael Pocaterra. Mi lucha iba a resultar dura porque además de escribir tenía que defenderme de los politiquitos de izquierda que ya habían empezado a atacarme. Mi libro había acabado con el negocio de las guerrillas y los que la justificaban desde abajo ya no recibían dinero. Pero yo tenía madera. Confiaba en mis posibilidades.

Uslar Pietri, de su casa, en su propio auto, me llevó al Congreso Nacional. En las elecciones pasadas había sido candidato a la Presidencia de la Republica y con su sola presencia de escritor había resultado el "batazo" o el hombre milagro. A él también lo habían envidiado y lo seguían envidiando por ser un gran escritor...

Yo vivía en casa de mi esposa y tenía dos hijas. Le hablé de la beca y del viaje que iba a efectuar. Era la tercera vez que me separaría de ella. La encontré en el comedor y le hablé de la beca y del proyecto del viaje. Supongo que pensó que yo viajaba primero y después la mandaría a buscar. Doscientos dólares no representan nada en Caracas y en París con doscientos dólares se comería una vez al día. Pero yo estaba entusiasmado con la vida de Hemingway y todavía pensaba que un escritor tenía que sufrir y pasar hambre para poder escribir. Imaginaba que vivía en un cuchitril como vivían los personajes de Dostoievsky y eso, en lugar de asustarme, me alegraba. Para mí lo normal era que un escritor viviera como vivieron Gauguin, Van Gogh, Strindberg, Rimbaud, Verlain, etc. Mientras yo pensaba en todo esto y de esa manera, los que me atacaban por la beca se buscaban colocaciones para poder robar.

Arreglé mi equipaje, que era bien poco por cierto, y una tarde mi mujer y sus familiares me llevaron al aeropuerto internacional de Maiquetía. No recuerdo quiénes me acompañaron. De ese viaje sólo recuerdo una escala en Lisboa y a unas mujeres con uniforme marrón que limpiaban el edificio de la terminal. En Madrid no nos dejaron descender del avión y por último me vi dando vueltas sobre el cielo de París. Y allí estaba yo, pues, en la ciudad prometida, con el pensamiento puesto en las novelas de Zola y Balzac y sin que me pasase por la mente que aquel era un mundo muerto y ya enterrado.

El conductor del taxi me dijo en francés:

- Los Campos Elíseos.

Yo no le entendí y el taxista volvió a decir en su lengua.

- Los Campos Elíseos.

-Ah -dije yo en español- Los Campos Elíseos.

- C'est ca.

Me apeé en la puerta de la embajada de Venezuela. Le di veinte dólares al chofer. Subí hasta el primer piso y me le metí a Carlos Dorante en su oficina.

- ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes que yo me encontraba en París?

- Allá todo el mundo lo sabe.

Me senté en su sillón. Hacía poco que yo había conocido a Carlos Dorante en el diario *El Nacional*. Él me había abierto las puertas de ese periódico publicándome un relato en la revista de los domingos. Le conté lo de la beca.

- Hiciste bien en venirte. En Venezuela querían matarte por tu libro.

- ¿Por qué? ¿Qué hice yo?

- Consideraron que tu libro era peor que un ataque del ejército, que tu visión pesimista de ver las cosas había desmoralizado a los combatientes.

- En Venezuela nadie sabe de literatura. El único que sabe de literatura en ese país soy yo.

- Acuérdate lo que le hicieron a Paúl Nizan aquí en Francia. Lo llamaron traidor hasta que se mató.

- Bueno, ayúdame a conseguir un hotel.

- La embajada no es para conseguirle hotel a nadie. De todos modos haré una excepción contigo.

Llamó a un tipo español con una boina en la cabeza y le dijo que me consiguiera un hotel. Me mandaron al Peyris, que era a donde llegaban todos los venezolanos.

Por la tarde el mismo Dorante se apareció por el Peyris y me dijo que lo acompañara al aeropuerto. Tenía que recibir a un diputado de apellido Rendón que no conocía.

- Nos paramos a fijarnos en todo aquel que tenga cara de venezolano –dijo Dorante.

- O de guevón – dije yo.

El francés de Dorante era malo. Trató de hablar inglés. Su inglés también era malo. No nos pudimos hacer entender y nos paramos en una reja que debía ser la entrada de los pasajeros. Dorante desconocía el número de vuelo del avión del diputado Rendón. Comimos ahí. Nos paseamos por los pasillos. Regresamos a las rejas. De pronto Dorante dijo:

- ¿Diputado Rendón?

- Sí – dijo un hombre de baja estatura.

Acompañé a este diputado a mi hotel. Por la tarde yo estaba tratando de descansar cuando oí que tocaban a mi puerta. Abrí. Era el diputado Rendón.

- Vamos a ver París –dijo.

Me vestí, Bajamos y nos sentamos en un café de Monmartre. El diputado Rendón no hablaba francés pero lo escribía. Le escribía al camarero en una servilleta y el camarero lo atendía a la perfección. Cenamos sopa de cebolla, nos bebimos una botella de vino y nos comimos un pedazo de camembert. Al otro día el diputado desapareció. No me dejó ni un mensaje. El hotel era caro. Volví por la embajada.

- ¡Argenis!

Me volteé y vi a un joven moreno y de pelo “malo”. Yo no lo conocía. Él dijo conocerme. Era pintor. Se había venido hacer carrera. Vivía en la Rue Mazarin. Su



hotel era barato. ¿Habría un cuarto ahí? Él iba a averiguar. Me fui con él. Se llamaba Juvenal Ravelo.

Deambulé por Montmartre, me metí en un self service y agarré una bandeja. Me serví una carne con papas y un vaso de leche. Cuando estaba comiendo una mujer joven me dijo algo. No la entendí y para que no se fuera le dije que quería un cambur. Era norteamericana y trabajaba allí. Lo supe por el uniforme. Me trajo el cambur. Nos estábamos entendiendo con palabras francesas, inglesas y españolas. Comí y le dije que la esperaba en el café de la esquina.

- Pero a las siete, eh -dijo ella.

A las siete estaba yo allí como un clavel tratando de decirle a un camarero que me sirviera un café y un pedazo de torta. En esto vino la norteamericana que era alta y delgada y tuvo que explicar todo el enredo.

Me llevó a su casa y nos estuvimos besando y la acosté en un mueble. Dijo que se iba a casar con un judío argentino que estaba en Israel y que se llamaba no sé qué. Dijo otras cosas que no me interesaron. Se estiró el vestido, entró en un cuarto a lavarse y salió toda arregladita porque su mamá no tardaría en llegar.

Me despedí y quedamos en encontrarnos ese otro día en la Alianza Francesa.

Ravelo se presentó en mi cuarto del Peyrís y me dijo que arreglara la maleta.

- Te conseguí un cuarto en el hotel du Sud.

- Vamos, rápido, esa gente no espera.

Después de lavarme en el lavamanos y de echarme un poco de agua de colonia me encamine a la Alianza Francesa. Ya la americana estaba allí. Estaba arrepenti-

da de lo que había hecho ayer conmigo y se decía avergonzada de haber engañado a Miguel.

- Eso si no se sabe no duele -le dije yo.

Le parecí duro y grosero y dijo que no me volvería a ver. No obstante, como despedida entró en mi habitación y dimos el último viaje de amor. Ella lloró por su Miguel. El Miguel se lo tenía merecido. Se lo dije así y la americana volvió a tildarme de duro y de grosero. Me dio su dirección para que la solicitara pero no la solicité. París era muy grande para dedicarse a una sola persona.

Mi cuarto, como todos los cuartos del Hotel du Sud, tenía una cama, un lavamanos, una mesa y una silla. Yo tenía la maleta sobre la silla.

Juvenal Ravelo vivía en el cuarto del frente. No salía de allí. Estaba preocupado porque su mujer no le escribía. No sabía nada de ella. Ravelo se la pasaba dibujando. Andaba por eso del realismo socialista y a veces hacia unos retratos a lo Modigliani. Visitaba casi a diario a Carlos Cruz Diez, que le combatía sus ideas acerca del arte y le recomendó coger unos cursos con Francastel.

Yo me inscribí en la Alianza Francesa y tenía clases todas las mañanas. El resto del día caminaba por las calles de París y leía los libros que me traje. Después que me leí todos esos libros fui a la calle Monsieur Le Prince y compré unos cuantos libros de Austral en la Librería Española.

En la esquina de la calle Mazarin había un café llamado Le Buci que se la pasaba lleno de unos venezolanos. Algunos se decían pintores, otros escritores y los demás exilados políticos, pero ninguno de ellos hacía nada y Ravelo no los trataba. Yo los veía todo el día

metidos en ese café y había una mujer muy grosera que siempre estaba diciendo:

- Este es un mundo decadente, un mundo que se cae.

Esta mujer se decía comunista, pero se la pasaba en una sola borrachera e iba con cuanto hombre le brindara un rosé.

Yo a esta gente le saqué el cuerpo.

Fue entonces cuando empezaron a llegarme recortes de prensa de Venezuela que hablaban mal de mí. Habían esperado que me viniera para desatar el ataque. Yo allá era muy peligroso porque podía polemizar y no soy un hombre que se domine totalmente. Un tipo que yo había considerado mi mejor amigo se prestó para dar unas declaraciones y el que lo entrevistó era otro tipo que había hecho todo lo posible por imitar a Eliot y creerse un poeta. Ambos le debían sus colocaciones al Partido Comunista y yo ignoro si fue que los mandaron a que me atacaran o lo hicieron por cuenta propia. Lograron el objetivo porque me amargaron la vida en París y con la llegada del otoño yo empecé a sentirme solo. En París no había encontrado un solo intelectual venezolano y Ravelo era pintor y no salía de la casa de Cruz Diez. Yo leía día y noche y pasé treinta días sin dormir. Sesenta días después me monté en un tren, me bajé en Irán y aquí cogí un TALGO que me llevó hasta Madrid. Me veo en un taxi y luego caminando por la calle de Alcalá. Era sábado y yo sabía que un amigo mío era secretario de la Embajada y le dejé un papel con el potero.

El domingo Régulo estaba ahí muy sonriente y apurándome porque cargaba dos muchachas en el carro.

Las dos mujeres que Régulo tenía en su carro estaban sentadas en el asiento trasero y yo dije que nos aco-

modáramos bien y una se pasó para adelante y la otra quedó atrás conmigo la que me tocó a mí era una rubia monumental de unos diecinueve años y al preguntarle yo qué hacía me respondió que era profesora de inglés

- Y practica la natación – dijo Régulo.

La mujer que iba con Régulo tenía un nombre corriente en España: Mari-Pili.

Comenzamos a dar vueltas y por último nos metimos en un café repleto de gente que bebía vino y grandes jarrones de sangría. De nuevo en el carro yo le metí mano a la rubia y ella se dejó besar y la estreché contra el asiento trasero. Régulo ya llevaba tiempo con la Mari-Pili y Régulo se volteó hacia mí y dijo:

- El hombre que quemó el pozo de agua

Yo me reí, la rubia se ríó y seguimos en lo nuestro.

Yo me mudé para Vallehermoso. La Mari-Pili vivía en la esquina cazando a Régulo, celándolo y llorando porque estaba en estado. Me dijo que Régulo la había engañado y sólo después que la había aprovechado le había dicho que era un hombre casado. A Régulo se lo estaba ganando el miedo y me dijo que iba a pedir el cambio y que preparaba un viaje a Caracas. Régulo le tenía miedo a Mari-Pili, al estado en que la había dejado y le tenía miedo a su mujer. Era un verdadero embrollo.

En un tiempo record Régulo entregó su apartamento y yo lo acompañé al aeropuerto. Después la Mari-Pili la cogió por buscarme a mí y a preguntarme por la dirección de Régulo en Caracas.

Me puse en contacto con el cónsul y llamé a la Mari-Pili y a la Katy y las llevamos a una sala de fiestas y la Mari-Pili se pegó con el cónsul.

-Ese es un idiota- le dije yo-. Acuéstate con él y le dices que el embarazo es por culpa suya.

Yo metí a la rubia en un rincón. La rubia me dijo que había averiguado que yo era casado y que no quería verse envuelta en una situación como la de Mari-Pili. Yo después me fui con el Cónsul le daba dura a la bebida y teníamos cuatro mujeres ahí y bailábamos y la pasábamos en grande. Me mudé para su apartamento y el cónsul llegaba borracho todas las noches y me decía que se iba a casar por poder. El hombre caminaba por los cuartos y pasillos y tiraba las puertas y cantaba tangos. No dormía ni comía y tenía los ojos inyectados en sangre. No me dejaba dormir y yo me fui un día sin decirle nada.

Me hospedé por la calle De Silva y entraba en un bar llamado Mariotte a beber aperitivos y a escribir relatos en una libreta. Comía allí mismo y una noche oí una voz conocida.

Oscar Guaramato tenía un coñac en su mesa y hablaba con una cantidad de hombres. Me le presenté y nos bebimos una botella de champaña que pagó un tipo fuerte que después supe que era boxeador y guardaespaldas de un ministro y ahora le caíamos a la bebida ahí o en Mesonero Romanos y en un pequeño restaurante de Ventas.

En Venezuela los comunistas y los que se decían de izquierdas todavía seguían atacando mi libro. ¡Que ganas de perder el tiempo! Atacaban un libro de relatos, una obra literaria y todos aquellos ataques no eran ataques políticos en sí contra un libro sino contra una persona a quien envidiaban los que alguna vez trataron de escribir y nunca escribieron nada. Me envidiaban porque yo había sido el único escritor que había estado en

las guerrillas y había bajado con unos cuentos que llegaban a la más alta y pura poesía. Era por eso y no por otra cosa y mientras los “intelectuales de izquierda” se quebraban el coco de impotencia por hacerme todo el mal que querían, yo estaba en Madrid metiéndole al vino en compañía de Guaramato y de unos boxeadores que frecuentaban los bares de puta. ¡Que idiotas eran nuestros intelectualitos quemando pólvora en zamuro, haciéndose la paja y rabiando de impotencia porque no habían podido escribir ni un relato ni un poema como los que yo había escrito! Me tenían envidia y un hombre vale cuando siente que es envidiado por los demás y yo valía. Ya se los iba a hacer ver. Yo no los iba a nombrar nunca. Iba a ser grande, el hombre más culto, más trabajador y más ingenioso de mi generación. El más audaz también y el más prolífico. Vivía ahora como había vivido antes y como seguiría viviendo en el futuro. Me iban a envidiar hasta el modo de vivir y yo tenía la culpa de mi originalidad. Después, a esos mismos tipos que me atacaron los iba yo a ver en posiciones contrarias a las que habían pertenecido. Los iba a ver solicitándome, rogándome una nota, una simple presentación para algunos de los mamotretos que escribían. Los vería recibiendo todos los premios que bregaron con adulancias, premios obtenidos a fuerza de dedicatorias, de escalar dentro de grupos a capillitas; premios ganados a la sombra del oportunismo. Esos tipos iban a ser unos artistas en el arte de venderse o en el de bailar al son que se les tocara. Yo no los iba a tratar más y muy poco o nada me interesaría lo que hiciesen.

## SEGUNDA PARTE

### ENTRE LA LOCURA Y EL SUICIDIO

Aquel año 1964 tuve dos estallidos. Como queda dicho, salí becado a París después del aparecimiento de mi libro "Entre las Breñas" y un tipo se prestó para decir que yo era el traidor. Allá no encontraban por donde agarrarme y se puso una vez más en evidencia que hay gente que no piensa bien.

Bueno, estaba con esas en París, me sentía acorralado por la distancia y buscaba la compañía de personas que pudieran entender mi tragedia. De tal forma que me la pasaba en la casa del Pintor Carlos Cruz Diez o en compañía de Juvenal Ravelo y con Carlos Dorante y su señora, Dorante no me desamparó un momento. Yo sentía verdadera pena por la atención que me prestaba. No sé si me "comprendía", pero yo veía que me sentía seguro con él y que no me "desampararía"

Era un tiempo grave aquel para mí.

Una noche que no podía estarme con tranquilidad en el cuarto que tenía alquilado en la Rue Mazarin, corrí al apartamento de Dorante. Su señora me dijo que se hallaba en clases y me quedé a esperarlo. Ella estaba sentada frente al televisor y no me explicó cómo estallé de manera sorpresiva, dejando escapar un grito.

Recuerdo que lloré y para dominarme me lancé a la calle y corrí hasta el edificio de la Radiodifusión Francesa que quedaba por allí cerca y me metí en un concierto en homenaje a Tchaikowsky.

Nunca llegué a saber qué pensaría la señora de Dorante de mí. No volví más por su casa y el mismo Dorante nunca me recordó nada.

La segunda vez fue en Madrid, en la casa de Hugo Trejo.

No puedo decir que me fuera mal al principio. Dejé París porque me sentía muy solo: llegué de noche a la Estación del Norte y enseguida me establecí en un hostel de la calle de Alcalá, casi enfrente de la embajada de Venezuela.

Régulo Moreno fue por mí a ese hostel al día siguiente y anduvimos lo que se dice de farra por un buen tiempo. Con Régulo me olvidé de mis problemas y aunque alguna prensa del país había arreciado los ataques, Moreno me decía que yo fingía que me afectaran, pero que a mí eso me gustaba porque yo veía que me tomaban en cuenta.

Régulo me presentó al Coronel Hugo Trejo, con el que discutí “bravamente” diciéndole que no pudo llegar al poder. Yo me sentía envalentonado en compañía de Moreno. No me sentía solo, que es la peor forma de sentirse cuando uno cree acosado. Yo hablé de eso extensamente en el relato final de “Donde los Ríos se Bifurcan”. El total fue que Régulo se marchó a Venezuela y yo me vi solo nuevamente y entonces me acordé del coronel Trejo. Y cuando no estaba en casa del coronel Trejo, estaba con Oscar Guaramato en un bar de la calle De Silva llamado Mariotte. Y así como Régulo había encontrado la paz y la tranquilidad y volví a mi antigua confianza, con Guaramato volví al temor y perdí por completo la confianza en mí mismo. Guaramato me hacía ver que recibía hojas clandestinas de Venezuela



en que se ponía mi cabeza a precio y de que además el gobierno español seguía mis pasos, Según él, el gobierno español sabía que yo había sido guerrillero y me consideraba un tipo peligroso. Y empecé a distinguir espías en todas partes: en el metro, en los bares, en los hostales, en el restaurante. El mismo Guaramato me los hacía ver.

-¿Qué me harían? - le preguntaba.

-Nada. Ponerte en el aeropuerto o darle dos días para que abandones el país.

En aquel estado de odio y violencia reprimida en que me encontraba yo estaba por creer todo. Y sólo me salvaría la venganza.

Una noche salí con él del Mariotte y fuimos a comer a la calle de Ventas y allí Guaramato me señaló un hombre que leía sentado en un rincón y me dijo que nos había seguido durante toda la noche.

-Lo mejor es que nos separemos- me dijo- Si ninguno de los dos va mañana a Mariotte es porque lo agarraron.

Yo tomé el metro de Diego de León que iba hacia el barrio donde vivía el coronel Trejo y Guaramato se fue a pie.

Le eché el cuento a Trejo y Trejo dudó.

-A menos que ustedes se hayan puesto a hablar mal del gobierno, - me dijo.

-No -le respondí-. Hasta ahora no se me ha ocurrido hablar mal de este gobierno.

- ¿Y Guaramato?

- No sé.

- Vete tranquilo. Yo voy a averiguar qué pasa contigo.

Salí a la calle, en las sombras divisé gente que me acechaba. Todo me seguía: un auto, un hombre que entraba o salía de un café. No pude dar un paso. Me regresé y le dije a Trejo lo que me pasaba. Me agarré de una vitrina y estallé. Lloré sin poder contenerme.

- Tú estás mal,- me dijo, dándome palmadas en la espalda-. Estás muy mal. Yo, particularmente, pienso que debes regresar al país. Regresa pase lo que te pase.

Y él, en compañía del Coronel Luis Enrique Sucre, me compró el pasaje y me llevó al aeropuerto.

Más adelante se lo agradecería por carta, pero nunca recibí respuesta.

Mentiría si dijera que los ataques malintencionados de aquellos tipos que se decían izquierdistas no me hicieron daño en el espíritu. En París, cuando recibí el primer recorte, por poco no me le tire al metro. Estuve allí trastabillando y releendo el pedazo del periódico. Algo superior a mis fuerzas me contuvo. Sentí ganas de matarme o de matar al mismo tiempo y decidí el regreso. Y no tenía el pasaje para volver a mi país y aquí fue donde me acordé de Régulo Moreno, un compañero de la primera juventud que se encontraba trabajando en nuestra Embajada de Madrid.

## TERCERA PARTE

### PENSANDO EN LA VENGANZA

No fui más a las clases de francés porque pensaba en la venganza. Aquellos hijos de puta me la iban a pagar. ¿Pero cómo? ¡Coño, matarlos, deshacerlos, disparar! Ya no dormía ni leía ni escribía.

Le escribí a Régulo. No recibí noticias. Decidí el viaje a Madrid y en un día saqué visa, compré el billete del tren y me embarqué por la noche. Aún recuerdo mi paso por un túnel, la estación nocturna y la voz de una muchacha:

- Como España no hay.

Subí y metí en el primer compartimiento. Los dos hombres que estaban allí fumaban y tenían aquello lleno de humo. Me senté en un rincón, el tren partió en la noche y comencé a ver casa y árboles que se desvanecían. Hacia alguna parte iba. Hacia alguna parte que me salvara o que me llevara a enfrentarme a mis enemigos porque quería destruirlos y no iba a descansar hasta que no los destruyera. Pensaba en las varias formas de destruir a una persona o a una organización. No cabía dentro de mí. Me dormí. Me desperté. Me dormí y soñé con un campo, unas gallinas y unas vacas. Me desperté y el hombre que me quedaba enfrente dijo:

- Acuéstese como yo.

Era francés y se había acostado en su asiento. Se había quitado los zapatos y me mostró un muñón.

- En la guerra de Argelia -dijo-. Me lo cortaron.

Desperté en Irún. Descendí y cargué con mis maletas. Me registraron en la frontera y me monté en un Talgo. La tierra seca, solitaria y pálida de Castilla se presentaba a mis ojos. Las casas de campo casi parecidas a lagunas cosas que vi en Venezuela. Y rocas, cercados de rocas.

Por la noche llegué a la Estación del Norte. Era sábado y me hice trasladar a la embajada de Venezuela. ¿Por que? Estaba cerrada y busqué un hotel por allí cerca y alquilé un cuarto. Salí, me pasé por la calle de Alcalá y compre un libro de Erenburg.

Acostado, bajo una mala luz, traté de leer unas páginas. Nada.

Fue ese otro día cuando vino Régulo por mí.

¿Por qué todo esto se confunde y hago una comedia con casas que son verdad? Porque todo lo que vengo contando es verdad, una verdad que da vueltas y se acomoda a su antojo y todo es verdad, cuéntelo como lo cuente.

Sufrí esos dos o tres shocks. Ni las putas nocturnas ni los coñacs en los cuartos mal iluminados de las putas ni las putas de la calle Mesoneros Romanos ni las putas en la Castellana ni las buenas putas reidoras y picantes ni las novelas de Cela que releía en un cuarto de un hotel cuyo dueño era el mismo sereno ni nada de aquel Madrid de los años 60 me daban tranquilidad porque yo tenía que vengarme. Yo había sido el único hombre honrado en aquella mierda de violencia, había sido el más grande escritor de todos aquellos hijos de puta que

cobraban por escribir pésimas paginas... por eso se habían ensañado contra mí. Querían justificarse y seguir cobrando. Querían justificarse y seguir de profesores en las universidades. Querían justificarse y quedar como héroes cuando nadie había sido un héroe allí. Allí los únicos honestos eran los que habían estado en las montañas con un fusil en la mano sin cobrar nada. Juan Vicente Cabezas era honesto. Gil Bustillos, que venia del hampa, era honesto. Américo Martín<sup>3</sup> y Moisés Moleiro eran honestos. Los que se ofrecieron como voluntarios eran honestos. Douglas Bravo era honesto, aunque después no se supo que hizo, pero al menos en el tiempo en que lo conocí se portó como un hombre honesto y sensato. Pero los que se fueron al monte y escribían ensalzando una guerra que no conocían no eran honestos, aunque se dijeran tales. Jesús Sanoja Hernández no era honesto. Jesús Sanoja Hernández que escribió sobre mi libro preguntando ¿y los que aun aguantan?. Pues, Sanoja no era honesto. Un hombre que contribuía moralmente con el envío de los hombres a una muerte segura sin exponerse no era honesto. Teodoro Petkoff que planteaba asaltos y no actuaba no era honesto. Pompeyo Márquez que gritaba que la guerra sería larga y que no se iba al monte no era honesto. Pompeyo Márquez que decía que no había que rectificar nada no era honesto. El Pompeyo y el Teodoro que mandaron a un gentío a sacrificarse para después acusarlos de desviacionistas y fundar un partido que estuviera contra aquella misma gente, esos no eran honestos. Eran ladrones, para colmo. Ramón Bravo, que aceptó dinero y becas por atacarme, no era honesto; era un espía a sueldo y recibía un dinero que costaba sangre. El Caupolicán Ovalles era como él y también vivió de la muerte de Argimiro Gabaldón y de Orsini. Era bonito arengar a los mucha-

chos en una universidad con autonomía. Era bonito escribir poemas sobre los comandantes y no compartir la suerte de los comandantes. Todo eso era bonito. Era bonito lo que hacía Adriano González León: copiarse lo que yo ya había hecho para ganarse un premio. Era bonito hacerse pasar por héroe con una colocación de profesores en la universidad protegida por el mismo gobierno. Solo yo sé que aunque escriba esto con toda la fuerza que me sea posible no podré vengarme ni vengar a los que se inmolaron por el negocio de unos cuantos farsantes.

Regresé el 2 de enero de 1965. Iba en el avión cuando abrí un ejemplar del *ABC* y me enteré de la muerte de Mariano Picón Salas. Era un escritor que me había gustado. En Venezuela habían querido imitar su estilo. Yo no. Yo quería ser escueto, seco y tratar mis cosas como cuentos para niños. Por eso me gustaba Hemingway y por eso me gustaba su novela "El Viejo y El Mar". Y en Sur América me gustaban Rulfo, Horacio Quiroga y Arturo Uslar Pietri. Me gustaban la sencillez de Jack London y me gustaban las novelas policiales de James M. Caine, Me gustaba el Tolstoy de "Los Cosacos" y me gustaba Maupassant. Y yo había luchado por escribir como ellos o para aprender a escribir como ellos. Y me gustaba el Baroja de las "Memorias" y el Baroja de "Agonías de Nuestro Tiempo" y el de "La Feria de los Discretos". Me gustaban mucho los escritores aparentemente sencillos y me gustaba Erskine Caldwell y me gustaban algunos relatos de Dylan Thomas y me gustaban Kleist y me gustaban todos los románticos alemanes y me gustaban los poemas de Rubén Darío y algunos poemas viejos de Vallejo y Pablo Neruda. Yo anduve siem-

pre a la búsqueda de los escritores que escribieran con sencillez y leí a casi todo Steinbeck y los cuentos de Faulkner y me gustaba lo que yo hacía. Y sabía que todos los escritores venezolanos juntos, si se lo propusieran, no llegarían a escribir jamás una página como las que yo había escrito. Yo estaba poseído por mi fuerza, mi genio y mi voluntad y no le tenía miedo a nadie e iba a enfrentarme contra todo aquel que se opusiera. Llegué a Maiquetía, no me estaba esperando nadie y primero me hice trasladar a casa de mi mamá y dejé mis valijas allí y después me fui a la casa de Julieta. Ella estaba sentada en la mesa con sus otros familiares y levantó la vista, la bajó y después la volvió a levantar y abrió la boca. Yo vi todos sus gestos. No me quedé allí y me hospedé en casa de mí mamá y al otro día yo andaba caminado por las calles de Caracas y todos los tipos que me habían atacado no hacían otra cosa que decir:

-¡Argenis!

Estos escritores se la pasaban en los botiquines de Sabana Grande. No tenían tiempo para leer porque el whisky empezaba a las once de la mañana y terminaba a las dos de la madrugada que era cuando cerraban. ¡Qué coraje tenían esos tipos! Hablaban de literatura, hablaban de política y hablaban de cuanta cosa existe sin salir de esos sitios. Escribían unas cosas llamadas “cadáveres exquisitos”. Cada uno, echándose de ingenioso, escribía una frase o se improvisaba un discurso. Ninguno había leído a Unamuno. Yo me pasé unos días por allí observándolos y horrorizándome de la vaciedad que se desprendía de todos ellos y de la vaciedad de los que iba allí a contemplarlos y a pensar que la inteligencia del país descansaba en unos pobres borra-

chos que hablaban en voz alta y lo criticaban todo. Y estos pobres hombres (ex hombres los hubiera llamado Máximo Gorki) que una vez habían pertenecido a la "izquierda venezolana" se la pasaban ahora adulando al diputado tal o cual o al presidente del Instituto de Cultura para que los nombraran directores de Desarrollo, directores de una revista o directores de quién sabe qué coño de oficina que no cumplía ningún cometido. Si esas oficinas no cumplían cometido alguno menos iban a cumplir nada con un tarado de estos que no salía de un bar de Sabana Grande. Y lo más grande es que los jurados de los premios de literatura o de arte que se otorgaban a Venezuela eran integrados por estas lacras. No puedo utilizar otras palabras. Y me duele no encontrar palabras más gruesas que las que empleo para referirme a estos personajes vestidos de cuellos de tortuga, paltós negros, corbatas y camisas blancas y chaleco. Yo me reía oyendo las palabras de los representantes de la poesía y de la prosa de mi país.

Estaban todo el día al pie de una barra atendida por italianos o españoles que no entendían nada y que sólo querían que les pagasen. Los tipejos, barrigones, de bigote y de gomina en el cabello, se autocalificaban Pandilla de Lautréamont. Y no habían leído a Lautréamont. Se decían dirigentes de una República del Este, Y la República del Este eran las dos barras de los dos bares que estaban situados en una misma cuadra. Una que otra vez se aparecía por allí alguna argentina prostituída y se empataba con uno de esos barrigones y entonces la gente decía:

- Allí va el Presidente de la República del Este en compañía de su Primera Dama.



Lo que era de gran comicidad para nuestros inteligentes muchachos.

La principal actividad de los componentes de estos “grupos literarios” era asistir a los cócteles del ministro fulano de tal o del presidente del Instituto de Cultura zutano. De la extrema izquierda se habían pasado para la extrema derecha pero guardando las apariencias y llamándose aun revolucionarios. A cada nuevo Presidente del Instituto de Cultura le daban un homenaje y el encargado de la República del Este era el encargado de pronunciar el discurso. A la muerte de uno de esos directores de la cultura nacional se decretaron diez días de duelo y cogieron el cadáver y lo fueron a enterrar a su pueblo, distante unos cuatrocientos kilómetros de Caracas. Alquilaron unos autobuses y siguieron en caravana el coche fúnebre. Cantaban canciones patrióticas, se pasaban una botella y en medio de la consternación de las ciudades por las cuales pasaban se levantaba un gordo aindiado que decía:

- Se murió nuestro amigo, pero desde hoy nuestra peña llevará su nombre. Dedicaremos toda nuestra vida a perennizar su memoria.

Esa pompa fúnebre se convirtió en una ridiculez tal que pasado tiempo la gente no sabía si reír o condolerse del muerto. Para mí el entierro de aquel pobre hombre fue una jugarreta de mal gusto y me recordó las películas tragicómicas de Luis Buñuel, o un capítulo de “Santuario”, la novela de Faulkner en la que se vela a un muerto con música de jazz. Yo no estaba ahí ni estaba en mi país, pero los ecos de ese duelo llegaron a mis oídos rociados por las sonrisas o las carcajadas. ¿Y es que quería hacerse una burla? No, se buscaba adular y se aduló y los “grupos literarios” de nuestro país obtu-

vieron más ventajas y el whisky corrió gratis y a granel. Yo estuve después ahí para ver eso y puedo asegurar que los representantes de la cultura de Venezuela no se mueren por la reputación y el trabajo, sino por la fiesta, el arroquito, las serenatas, el guateque, la invitación que tienen que cumplir esta noche, porque el presidente de Cultura que no asiste a una fiesta es porque está caído y ya puede ir despidiéndose de su cargo. Nuestras bajas culturales no huelen a pólvora sino a alcohol. Y Mariano Picón Salas murió una noche mientras paladeaba una nueva marca de whisky. Pero Picón Salas trabajaba y ha sido nuestra mejor prosa. Sin embargo no está exento de la regla y murió con las botas puestas. Redactaba el discurso que iba a pronunciar en la torre del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes y dio comienzo a esa gloriosa carrera que lanzó al hoyo, a la desgracia o a la locura a todos los que le sucedieron después. Ya estaban los grupitos pensando en ofrecerle un homenaje cuando se enteraron de su muerte. Fue una verdadera calamidad y una baja lamentable porque tanto Marianito como su mujer eran fervorosos partidarios de la caña.

Se desataron contra mí los cobardes y los envidiosos. “Entre las Breñas” había resultado un gran libro, una obra maestra, sólo comparable a lo mejor que habían hecho Gallegos y Uslar Pietri en Venezuela. Y se desataron contra mí los envidiosos. Jesús Sanoja Hernández, comunista, dijo que aun había quien aguantaba en las guerrillas. ¿Y por qué no se fue él a aguantar en las montañas? No, en las montañas aguantaban los engañados y los valientes. Eso era verdad. Yo ya no era un engañado, pero había estado arriba cumpliendo con mi palabra. Juan Vicente Cabezas seguía arriba y estaba

probando su audacia y su valentía. Arriba seguía mucha gente, eso era verdad, pero esa gente estaba abandonada, sin abastecimientos, sin recursos, sin ayudas. En cambio abajo estaban los “intelectuales” y los teóricos dándose la buena vida en los bares de Sabana Grande o en unos apartamentos de Bello Monte practicando el ballet-rosado, desnudándose y exclamando:

-Nosotros creemos en el amor libre.

Y se traspasaban las mujeres o se acostaban hombre con hombre y mujer con mujer.



*¡Coño, Adriano, un hombre que se decía  
creador!...*



## CUARTA PARTE

### ¿QUÉ PASÓ CON EL PROFESOR LOVERA?

Abajo estaba Pompeyo Márquez gritando que *“la guerra sería larga”*, que no había que rectificar nada y que dentro de poco él mismo se iría a las montañas. No se fue nunca pero se hizo retratar en el patio de su casa con una boina en la cabeza y un fusil al hombro.

Abajo estaba Teodoro Petkoff engañando a los pobres militantes de la juventud comunista. Con su descaro de dirigente estudiantil y con el descaro de quien sabe qué mierda mandó a unos jóvenes a apropiarse de un avión que repartió propaganda sobre el Palacio de Miraflores y después se fueron a Curazao, donde se entregaron y fueron extraditados. Pagaron cinco años de cárcel por esa orden de Petkoff. ¿Y Petkoff? Bien, gracias, tramitando la entrega de los guerrilleros, pactando la traición del partido comunista y echando las bases de un futuro partido político dirigido por la CIA. Teodoro Petkoff y su pandilla entregaron al profesor Lovera para conseguir la legalización del MAS. Ellos venían trabajando en esto desde hacía mucho tiempo.

Abajo estaba Caupolicán Ovalles<sup>4</sup>, un cobarde que escribió un poema contra Betancourt y que corrió hacia Colombia cuando le dijeron en broma que Betancourt había ordenado su arresto. Fue a ese tipo a quien los comunistas dieron luz verde para que me atacase con un pseudónimo. Este es de esos tipos que atacan sin fir-

mar Así es el Petkoff. En una democracia el que no firma lo que escribe es un cobarde.

Estaba el Ramón Bravo, uno que yo creí mi mejor amigo, eso que en Venezuela llaman amigo del alma. Bravo se prestó para declarar contra mí en el diario *La Esfera*. Por esto, tanto a él como al Ovalles los premiaron mandándolos, uno a Moscú y al otro a Praga.

Yo tenía que enfrentarme a esta gente y aún tengo que hacerlo. Yo no puedo conseguir un trabajo porque ya están ellos allí saboteándome, hablando mal de mí, pidiendo mi destitución.

Es muy dura esta lucha en contra de una organización internacional. Es una lucha a muerte y yo tengo conciencia de ello y no bajo la guardia.

El 1970, Carlos Días Sosa me consiguió una beca de doscientos dólares con la señora Gloria Stolk, presidenta del Instituto Nacional de Cultura y dos años después, cuando estaba ahí de presidente el señor Tarre Murzi me quitaron la beca. A Alfredo Tarre Murzi se le metieron el Ovalles y su mujer la Josefa y se cogieron sendos puestos (los de Cultura Regional y Departamento de Personal) y me retiraron la beca. Ellos no hacían nada allí, como no han hecho nada nunca, pero a mí me retiraron la miseria de esos doscientos dólares. Las pasé negras. Hasta que volvieron los adecos no conseguí otra colocación. Y aún así, cuando entró el doctor José Carrillo Moreno, el Ovalles que era su secretario privado, me retuvo un cheque. No me quitaron el puesto porque viajé a París con la beca que tengo ahora y porque el doctor Carrillo se murió de una borrachera. Porque para esto es para lo que sirven las poéticas venezolanas: para adular, para buscarle mujeres a sus jefes y para pasarse-



las en un botiquín echando discursos. El Ovalles bebía por cuenta del Instituto de Cultura y publicaba avisos en los periódicos para anunciar dónde se echaría los tragos ese día. Todo eso lo pagaba nuestra cultura<sup>5</sup>. El Ovalles publicaba esos avisos propagandeando una supuesta República del Este, un grupo de tarados que se reunían en dos bares de Sabana Grande. Gente como esta era la que me atacaba. Claro, después de Entre la Breñas yo les había acabado el negocio a los traficantes. Después de mi libro Italia, Cuba y la URSS desconfiaron de nuestros “revolucionarios” y no enviaron más dinero. Y vino el fin. Los oportunistas abandonaron a los partidos de izquierda y se ubicaron en la extrema derecha, en unos partidos sospechosos de entreguismo tales como el MAS y otras agrupaciones como Ruptura.

Era muy sucio lo que pasaba en Venezuela. Petkoff se fugaba fácilmente de todas las cárceles y todo aquel que contribuía con su fuga aparecía muerto en algún automóvil. Su propio hermano, Luben, que era jefe de las guerrillas de Lara, concluyó como matón a sueldo. En el estado Aragua le abrieron un expediente por haber acecinado a un italiano por órdenes de un tratante de blancas. El Luben apareció en las páginas rojas de todos los periódicos pero la justicia no pudo nada contra él. Teodoro Petkoff se movilizó de lo lindo y ahora su hermano anda libre por ahí ofreciendo sus servicios. Gente como esta es la que brega en el poder ahora en Venezuela. Si alguna vez llegaran a alcanzarlo eso sería como legalizar el crimen.

La cosa fue que comenzaron a atacarme cuando me fui a París. A París me llegaban recortes de prensa. En

uno veía la foto de Ramón Bravo y un titular, arriba, a cuatro columnas:

**«EVIDENTEMENTE PARA MUCHOS  
ARGENIS RODRÍGUEZ ES UN TRAIADOR»**

Se había desatado la guerra contra mí. Querían lanzarme al despeñadero. Querían que yo me matara como se mató Paúl Nizan. Los comunistas, como los nazis, son expertos en esto de lanzar a una persona hacia el suicidio. La entrevista al tal Bravo la firmaba alguien que no recuerdo. Pero un amigo me escribió diciéndome que ese era Caupolicán Ovalles. ¡Ah, con que era ese tipejo, un cobarde que hablaba de guerrillas y de violencias y que en vez de irse al monte se fue a Bogotá! Ah, bueno, muy bien, bueno. Después me mandaron otro recorte. Este no traía ninguna firma y era de la revista *En Letra Roja* que dirigían Jesús Sanoja Hernández y Adriano González León. ¡Coño, Adriano, un hombre que se decía creador! Creían que yo iba a coger miedo y me iba a quedar en Europa con una beca o con un carguillo en una embajada. Decidí el regreso. Y la misma noche que me baje del avión, después de dejar las maletas en casa, me fui a buscar a aquellos tipos. No vi a nadie. Ese otro día fui a las oficinas de *En Letra Roja*. Allí me vieron con unos ojos más abiertos que el carajo y Adriano dijo:

- ¡Coño, Argenis!

Yo no soy hombre que atente contra un escritor, pero no saludé a Adriano. Me vengaría a su debido tiempo. Por su parte Sanoja me dijo en la Biblioteca Nacional que el de la nota sin firmar había sido Teodoro Petkoff. ¡Ah, con que Petkoff! ¿Y quien era Petkoff? ¿Quería guerrillas? Bueno, tuvo guerrillas y no se fue. No tuvo bo-

las para enguerrillarse como no las tuvo Pompeyo Márquez. Eran teóricos y todo, pero Américo Martín y Moisés Moleiro que eran teóricos del movimiento de Izquierda Revolucionaria sí se enguerrillaron y corrieron con la responsabilidad. Y esta gente no me atacó. Porque a mí me atacaron los que fundaron las guerrillas y no se fueron al monte, a mí me atacaron los que se quedaron en Caracas enchufados en la Universidad y preparando sus ballets rosados en Bello Monte con una cantidad de putas que se desvivían por hacer ver que estaban liberadas y que no tenían prejuicios.

Eso era lo que había ganado yo en mi país por haber escrito un libro poético y testimonial de primer orden. Los grupitos de "intelectuales" se estaban ocupando del ataque que me desprestigiara ante la opinión pública para que vinieran los comandos de locos y me ametrallaran. Pero yo no me escondí sino que pasé al ataque y hoy es día que sigo en mi misma posición nacionalistas y ellos están ahí, pasados de a bola y transados con la CIA o vendidos por puestitos miserables. Después de "Entre las Breñas" he publicado más de nueve libros y una cantidad de artículos que me darían para varios volúmenes. ¿Y ellos? Se están muriendo del hígado y de una ignorancia crónica. Aquí los comunistas venezolanos demostraron su incompetencia. Me atacaron a mí, que soy un hombre que trabaja e influye en las masas y se unieron a unos borrachos decadentes y maricones. Yo no los voy a perdonar. Ellos, si quieren, que aprendan a no equivocarse la próxima vez. El Ovalles, el Petkoff y el Pompeyo Márquez que eran de toda la confianza del partido comunista son en el presente los primeros anticomunistas de Venezuela.

Cuba, la Unión Soviética y los países de las Democracias Populares los becaron, los atendieron y los mantuvieron y ahora reciben sarcasmos y chistes furiosos. En cambio yo nunca recibí una ayuda de ningún comunista, nunca viajé a ningún país comunista y me jugué la vida por esos ideales. De gratis.

Sí señor, de gratis.

## QUINTA PARTE

### PETKOFF Y POMPEYO EN EL PUÑO DE LA CIA

**- Por un puñado de dólares-**

Para mí que Teodoro Petkoff y sus secuaces del MAS son agentes del Departamento de Estado de los Estados Unidos y que siempre lo han sido. A Petkoff se le tenía como cabeza visible del terrorismo. Era Petkoff el que mandaba a secuestrar los aviones. Fue él el de la genial idea de “un policía diario”, esto es, que cada día había que asesinar un policía. Esto cayó mal en la opinión pública y terminó por desacreditar a los comunistas. Las paredes de Caracas comenzaron a llenarse con letreros de **COMUNISTAS ASESINOS**.

Era inexplicable que Petkoff siempre estuviera cayendo preso y siempre se estuviera evadiendo. Nadie se explicaba lo de la captura del profesor Lovera, que era un hombre duro. El profesor Lovera dirigía junto a Teodoro Petkoff el aparato insurreccional, pero a Lovera lo asesinaron y a Petkoff lo confinaron, sin que se le tocara un pelo, en el cuartel San Carlos. De aquí también volvió a evadirse y les dio el golpe de gracia a los comunistas al fundar un partido anticomunista, ese partido que se llama Movimiento al Socialismo. Nadie jamás se ha explicado de que modo cayeron los hermanos Pasquier, que no eran tan conocidos. Pero los Pasquier dirigían la logística de las guerrillas y cuando cayeron (de una manera extraña y sospechosa) fueron

muertos enseguida. ¿Quién más que Teodoro Petkoff sabía quienes eran y que responsabilidad tenían el profesor Lovera y los hermanos Pasquier? Bueno, estos cayeron, fueron torturados y al final muertos con el tiro de gracia. ¿Y Petkoff? ¿Y el hermano de Petkoff, el Luben? El Luben estaba y que dirigiendo un desembarco en Falcón. ¿Y quien cayó aquí? Aquí cayeron los cubanos que escondían el armamento, pero Luben no cayó. Después, cuando cayó, no duró nada en la cárcel y a la salida fue cuando asesinó, por dinero, a un italiano. De aquellos guerrilleros auténticos cayeron Juan Vicente Cabezas, Moisés Moleiro y Américo Martín y estos pagaron largos años de cárcel. Lo sucio de este caso es que Petkoff y sus acompañantes se hacen pasar por izquierdistas. Los Kissinger comprenden que en Sudamérica hay que apoyar partidos políticos que engañen y para esto escogieron a Petkoff y a su grupo. Y sobre eso Teodoro Petkoff ni siquiera es venezolano. Su padre era un aventurero búlgaro que llegó a Venezuela huyéndole a los comunistas. Esta ha sido una historia muy turbia y muy sucia y la gente, por miedo, no quiere opinar. Era raro aquello de que el que ayudara a huir a Petkoff del cuartel San Carlos fuera asesinado por la policía; pero Petkoff, cuando salía, salía de allí sonriente y con dinero. La gente tiene miedo de opinar sobre esto. El hermano de Teodoro, el Luben, anda suelto, lleva armas y sí mata...

Bueno, es el caso de que a raíz de la fuga de Teodoro Petkoff del San Carlos las guerrillas fueron diezmadas y todo se vino al suelo y enseguida Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez dividieron el partido comunista, dieron un viaje a los Estados Unidos y regresaron con

dinero. Mientras escribo esto la mascarada aún sigue. Petkoff, que antes viajaba a Cuba ya no viaja a Cuba. Va a Estados Unidos. Pompeyo Márquez hace lo mismo. Y la cosa es que ese Movimiento al Socialismo prende entre los estudiantes y hay propaganda por todas partes. Yo aquí veo unas manos sucias y creo que si a alguien hay que combatir en Venezuela es a este MAS que encabezan Petkoff y Márquez, aquellos dos jefes de la insurrección que mandaron al matadero a unos cuantos ingenuos que pagaron con sus vidas en las montañas o en las calles de Caracas. A mí que me tengan como enemigo. Ya se puede apreciar.

Cuando regresé a Venezuela, como queda dicho, salí a buscar a los que me habían atacado llamándome traidor. Al Ovalles le telefoneé a *La Esfera*.

- ¿Cómo quieres arreglar esto? -le dije.
- Oye, Argenis, yo... -y comenzó a tartamudear.
- ¿Quieres que nos arreglemos a tiros? ¿Cómo quieres tú? ¿Quién eres tú para atacarme a mí?
- Yo...
- ¿Quién te mandó?
- Oye, yo soy amigo tuyo.
- ¿Amigo? ¿Amigo de quién?
- De tu hermano, de Adolfo.
- Tú no eres amigo de nadie y no te me pongas más por delante.

Yo a ese tipo quería rajarlo.

El Ramón Bravo me dio lastima. Estaba tembloroso. Lo vi en la Biblioteca Nacional. De principio no le

dije nada. Nada más me hice ver por él. Se cagó y me saludo.

- Si esto sigue así acabaré esta vaina en sangre, -le dije.

- Argenis, domínate. - dijo Bravo.

- ¿Se dominaron ustedes cuando justificaban mi asesinato? No joda, ¿Cuánto cobraron?.

Yo estaba decidido a todo. Si ellos me habían atacado para justificar un asesinato yo me los iba a llevar antes. A eso había venido.

Las cosas se fueron calmando. A mí me quedó el rencor y es probable que me muera con él.

Los comunistas vieron mi decisión y cambiaron de táctica. Me iban a hacer la vida imposible saboteándome por detrás. Iban a hablar mal de mí. Me iban a llamar esto y lo otro. Por esa campaña pasé hambre y no conseguía trabajos ni ayudas. Me defendí con los artículos que publicaba en *El Nacional* gracias a las atenciones que allí me prestaron los señores Ramón J. Velásquez, Arturo Uslar Pietri, José Ramón Medina, Julio Barroeta Lara y Oscar Palacios Herrera.

Yo soy de una tierra donde el escritor es un desgraciado, un pobre diablo. Se nos pide que "trabajemos" para que nos ganemos la vida; se nos dice que escribir no es trabajar. Se nos pide que seamos oficinistas. Se nos pide compromisos para que nos enrolemos en contra de los gobiernos y se nos echan todas las culpas. Somos culpables de todo y al mismo tiempo se nos considera parásitos.



La verdad es que en Venezuela los escritores somos unos desgraciados. Escribimos libros que en cualquier país serían obras de arte y que darían fortunas. Pero no tenemos editoriales y casi nadie sabe leer. Los políticos, sean de izquierdas o de derechas, son unos simplones, unos tipos fáciles, con una cultura sacada de los titulares de los periódicos.

Yo iba a estar solo, como lo estuvo Mariano Picón Salas, una de nuestras más grandes figuras. Yo mismo, que estaba formado en la escuela del chisme y de la negación que es el partido comunista, atacué a Mariano Picón Salas en el primer volumen de estas Memorias. ¿Pero qué culpa tenía yo? Me venía formando solo, por mi cuenta, en un país de mediocres y de universitarios retrasados, porque nuestras universidades viven cerradas por los tiranos o por sus propios “estudiantes” que se la pasan en una perenne huelga.

A mí también me atacó esa gentuza que se dice intelectual o militante de izquierda cuando dije que nuestras guerrillas eran un fracaso y que había gente que se enriquecía mandando a los jóvenes a las montañas.

Me atacaron, claro, los que no estuvieron arriba jugándose el pellejo.

¡Cómo estaba yo sufriendo en carne propia lo que le había endilgado a don Mariano Picón Salas! Mariano Picón Salas, un hombre solitario en una tierra de bárbaros, de ladrones y de gentes que vendían su propio país. Mariano Picón Salas, un hombre que fue el hazmerreír de todo el mundo por culpa de su mujer que no le daba

ni por los talones. Por ahí la he visto yo después, mendigando una invitación para ir a una fiesta. ¡Coño, ni ella sabía quién era su marido!

Veía yo en mi país a don Julio Garmendia paseándose solo por las calles de Caracas ante la indiferencia total de un pueblo que lo desconocía porque don Julio no había peculado, no había sido ministro o no se había “enquesado”.

Yo era pendejo porque no le adulaba a los presidentes de la cultura. Porque no les buscaba mujeres, como hacía el Caupolicán Ovalles... ¿Pero qué nexo tuvo este señor Ovalles conmigo? Ninguno, que yo sepa. El no estuvo en el monte porque andaba asustado después de escribir un poema en contra de Rómulo Betancourt. Este tipo, como todos los de mi generación, sintieron envidia por mi trabajo, por eso que yo había alcanzado al publicar “Entre las Breñas”. Sintieron envidia por mi valor, por mi talento, por mi cultura. No me atacaban porque yo hubiese robado o porque hubiese matado o porque hubiese delatado. Me atacaron porque yo tenía genio y lo había demostrado trabajando, no discursando en las barras de los botiquines.

Los comunistas venezolanos, con pocas excepciones apoyaron a los “intelectuales de izquierda” para que me atacaran. Crearon una revista, *En Letra Roja*, con el único fin de atacarme. Nada pasó. Yo era más que ellos y estaba dispuesto a seguir jugándomela, como también ahora. Yo, aquí donde me ven, valgo por un país.

Estaba el Pompeyo Márquez, ese viejo idiota, diciendo que se iba a las guerrillas y no se fue nunca y para

engañar se hizo retratar en el solar de su casa con una boina en la cabeza y un fusil al hombro.

Estaba el Teodoro Petkoff, culpable de la entrega del profesor Lovera, quien fue asesinado por los servicios represivos de Estado. No me cansaré de repetirlo. Estaba el Luben, su hermano, que después de desembarcar desde Cuba entregó a los que lo acompañaban y desertó al poco tiempo par dedicarse a asesinar por encargo. Por allí anda suelto, ofreciendo sus servicios.

Yo tenía que luchar contra todos estos carajos. Tenía que ganar tiempo porque mi lucha era difícil y yo estaba solo.

Luchar contra una cantidad de nalgones apoyados no es cualquier cosa.

Luchar contra tipos que desde chiquitos están dando pininos con el culo es cosa difícil. Esta es la gente que se mueve, que entra en logias, en grupos, en partidos que reciben subvenciones y que tienen carta blanca para asesinar. Para combatir a gente como la que menciono hay que apertrecharse y estar listo para que lo salga. El Petkoff mandaba a secuestrar aviones y no pagaba culpas. Las culpas las pagaban los idiotas que le hacían caso. El Petkoff mandó a Toribio García a las guerrillas de Lara, donde murió, y el Petkoff se quedó abajo sano y salvo recibiendo un sueldo. El Petkoff y el Pompeyo Márquez mandaron a atacar un tren de excursionistas en El Encanto y nadie les cobró los cuatro Guardias Nacionales que murieron ametrallados. No,

al contrario, los premiaron dejándolos escaparse por el túnel para que salieran a dividir el partido comunista y acabaran con Douglas Bravo, que era el único guerrillero que aun continuaba en la brega. Por entregar a Douglas los iban a legalizar.

Hoy el Petkoff es candidato a la presidencia de la Republica y su hermano, Luben, puede devenir en jefe de la policía política. Lo que nos espera de tamaños asesinos.

## SEXTA PARTE

### ¿QUÉ PASÓ CON EL POETA ALÍ LAMEDA?

En Venezuela nunca se ha tenido respeto por la condición moral del hombre. En Venezuela se mata como si nada y a los hombres se les destruye moralmente. A mí primero quisieron destruirme moralmente llamándome traidor, vendido y becario del gobierno. Yo no soy débil y no me suicidé como lo hizo Paúl Nizan en Francia después de una campaña semejante. Los comunistas y los “intelectuales de izquierda” encabezados por Teodoro Petkoff, Caupolicán Ovalles y Jesús Sanoja Hernández desataron una campaña de desprestigio para justificar mi asesinato. El Ovalles, con un pseudónimo, entrevistó al Ramón Bravo, quien dijo.

**-SI, EVIDENTEMENTE, ARGENIS RODRÍGUEZ ES UN TRAIADOR.**

Esto fue desplegando a ocho columnas en el diario *La Esfera*. ¿Quiénes eran estos tipos para hablar de mí en esa forma? Ninguna de ellos era guerrillero, ninguno de ellos había militado conmigo. Nada de eso. Pero los dos recibían órdenes, trabajaban para organizaciones internacionales. Se les pagaba por eso. Ramón Bravo recibía un sueldo de la Unión Soviética. Había estado en Berlín, en Yugoslavia y en Moscú. En Berlín oriental conoció a Alí Lameda. (la hermana de Ramón Bravo, Isabel, era la secretaria de la fracción comunista en el Congreso). Esta es una historia muy oscura.

Porque el Ramón Bravo regresó a Venezuela hablando mal de Alí Lameda y a Alí Lameda lo encerraron durante ocho años en la cárcel de Corea. ¿Qué tuvo que ver Ramón Bravo en esto? Después, cuando yo publiqué "Entre las Breñas" y di una visión "pesimista" de las guerrillas, al Bravo y al Ovalles les dieron luz verde para que me atacaran... El Ovalles, por su parte, había estado en Ecuador, Bogotá y Praga y en Praga escribió su "Diario de Praga", unos poemas malísimos que le publicó la Universidad Central de Venezuela. Me estaban atacando porque yo había acabado con el negocio de la violencia. Los dirigentes de la violencia recibían buen dinero. Dinero constante y sonante. Cuando publiqué "Entre las Breñas" y di la imagen que di, Fidel Castro y los comunistas se desencantaron y se opusieron al envío de otras remesas de dinero. Yo acabé con un negocio que rentaba bien, sin tropiezos, y los que recibían ese dinero no hacían ningún trabajo. No se exponían. Los que se exponían estaban en el monte sin cobrar y jugándose el pellejo. Los Ovalles, los Bravo, los Petkoff, los Pompeyos, Márquez y los "dirigentes Universitarios" no se iban al monte. ¿A qué? Lo de ellos era justificar la revolución, lo de ellos era teorizar. Lo de ellos era decir "Yo justifico esa guerra" y demás coñas.

Bueno, estaban en eso cuando yo regresé y entonces tramaron lo del asesinato. Me iban a ametrallar. Me iban a poner un peine. Yo iba a caer. Pero se dividieron. Héctor Mujica, que veía la trampa, se opuso a mi fusilamiento, a mi secuestro o a mi ametrallamiento. Hasta secuestraron a un muchacho que se llamaba como yo. Este muchacho, llamado Argenis Rodríguez, era hijo del poeta José La Cruz Rodríguez.

El tiempo no ha pasado en vano. El Petkoff, el Ovalles, el Pompeyo Márquez y el Bravo ya no son comunistas. Militan en el MAS, una organización que se hace pasar por socialista. Al Pompeyo y al Petkoff lo expulsaron del partido comunista. Al Luben lo expulsaron del Partido Comunista. Al Ramón Bravo ya no le dan becas (para que vaya a estudiar cine) en Berlín Oriental, en Moscú o en Belgrado. El Ovalles es el celestino de los presidentes del Inciba o del Conac. Depende como se llame este organismo cultural. Al menos fue celestino de Tarre Murzi y de Carrillo Moreno. No creo que lo fuera de Eduardo Morrero. Más bien Eduardo Morrero no se prestó para componendas y no pagó las bebidas que el Ovalles se bebía en el *Vechio Mulino* por cuenta del Inciba. Ni pagó Morrero los avisos que publicó el Ovalles para hacerle propaganda a una banda de borrachos que se llama la Republica del Este.

Yo no me trancé. Cuando las cosas pasaron me buscaron. El Ramón Bravo quería que yo escribiera sobre él. Quería borrón y cuenta nueva. El Ovalles lo mismo. El Petkoff igual. Yo no olvido. Yo no entiendo esa política venezolana. Allá llaman maricón a alguien y ese alguien anda el otro día con su enemigo. Yo a unos tipos que quisieron justificar mi muerte no los perdono. ¿Detrás de quien andarán ahora? Esa es una mafia. El MAS es una mafia. La izquierda venezolana (con excepción del MIR, de vanguardia comunista y de alguno que otro comunista) es una mafia. Hay que tener cuidado con estas cosas.

Nadie entiende el por qué Petkoff y Pompeyo Márquez se escaparon por un túnel y no cayeron nunca, pero el que abrió el túnel sí cayó a balazos. Guillermo García Ponce le dedicó un libro a ese muerto.

**En Venezuela nunca se explicó lo de la muerte de Lovera. Nada se sabe. En un país donde se sabe todo, nada se sabe sobre esto. Como quedó en el misterio de la muerte de mucha gente, gente que estaba bajo las órdenes de Petkoff. Unos policías que asesinaron al doctor Serradas declararon que la CIA la dirigían desde la izquierda. A estos dos policías les mandaron callarse. Las cosas siguen sucias y parece que seguirán sucias por mucho tiempo.**



## SÉPTIMA PARTE

### DE LA VIOLENCIA COMO NEGOCIO

En 1976, los escritores venezolanos continuamos siendo unos parias, personas que vivimos de becas, sin asistencias sociales ni nada. Escribo lo que escribo y expongo mi pellejo. Me expongo a ser acribillado por los Petkoff y su pandilla de asesinos. En Venezuela vivimos la ley de la jungla. Pero tengo que escribir de esta manera. De esta manera señalo la amenaza que se cierne sobre este país. En cualquier país civilizado Luben Petkoff, por asesino a sueldo, sería condenado a muerte. Aquí no. En Venezuela los jueces tienen miedo. Nadie quiere pasar por reaccionario. Condenar a un hermano de Petkoff es ser reaccionario.

¿Pero quien es Petkoff?

Yo cumplo con mi deber y lucho porque se cumpla la ley y se haga justicia. ¿Adónde vamos a parar con tantos asesinos sueltos y con tantos asaltantes a la brecha del poder? Aprendí que los escritores deben decir lo que sienten y lo que tienen como su verdad. Aprendí que no había que conformarse con ser escritor, sino que había que ser práctico también. Ambrose Bierce, a los ochenta años, fue a morir al lado de Pancho Villa. Byron murió en las costas de Grecia. Yo no sé como voy a morir. Pero prefiero morir de un balazo a morir de indigestión. O morir de cuernos, que es como mueren los "intelectuales de izquierda" en Venezuela. Siempre he creí-

do que en cada libro me jugaba el pellejo y ahora también me lo estoy jugando. Pero aquí tiene que haber justicia y los asesinos tienen que ser desenmascarados. El General Paredes murió por oponérsele a Castro. Y Paredes era un intelectual. Leía en Francés, traducía a Zola y escribía libros. Pero a la hora de la verdad no se amilanó. Su sombra está entre nosotros. La amenaza nos viene de todas partes. De afuera y de adentro. Si yo no escribo esto me suicido. Y si escribo y publico esto es posible que me asesinen. Los asesinos no se detienen. Una vez que matan siguen matando. Pienso en el pobre italiano que asesinó Luben Petkoff por mandato del dueño de un burdel de Maracay y se me eriza el cuerpo al pensar que yo una vez estuve de acuerdo con gente de esa calaña para "hacer una revolución".

¿Dónde estaríamos en estos momentos con hombre como Luben en el poder?

¿Qué pasará si yo no denuncio a esta gente como lo estoy haciendo ahora?

Teodoro Petkoff da sus discursos en las Plazas públicas de Caracas y desea ser candidato a la Presidencia de la Republica.

Pompeyo Márquez, el teórico de la insurrección, el que decía que la batalla sería larga, es senador y otra cantidad de tipos como ellos están detrás de los intereses de la nación. Se han movilizadado bien porque han quedado como héroes, como legendarios hombres, de acción que luchan por la liberación de un país. Se han amparado detrás de la figura de un hombre respetable como José Vicente Rangel y se han enquistado en las universidades y en los sindicatos obreros.

Estoy lejos, en Bruselas, y hasta aquí me llegan noticias de los movimientos de Teodoro Petkoff. Todos los

meses Teodoro Petkoff viaja a los Estados Unidos, un tipo que no salía de Cuba. Los comunistas tienen que callarse porque conocen sus secretos. Teodoro los conoce a ellos y los comunistas conocen a Teodoro y a Pompeyo. Jesús Sanoja, el intelectual oficial del Partido Comunista tiene que callar.

Héctor Mujica tiene que callar.

Aquí solo quedo yo, que no soy ni comunista ni nada, poniendo a todo un país en guardia. También pasa una cosa: En Venezuela yo escribo como escribo porque no tengo rabos. Yo nunca le acepté un centavo a los comunistas cuando milité en la juventud. Ni después, cuando lo de la violencia. En el segundo tomo de estas memorias narré que apenas si una vez recibí setenta y cinco bolívares para que fuera a incorporarme al comando de Juan Vicente Cabezas. Y antes, cuando los grupos, los Romero quisieron regalarme un carro, no lo acepté. Quisieron darme carne. No la acepté. Jamás acepté nada. Con la aceptadera vino la corrupción. Los Romero, con el dinero decomisado, ayudaron a sus familiares. Bueno, uno de ellos murió, pero lo que hacían no era justo. Los que se decían dirigentes de la violencia corrompieron a todo el mundo pagando el treinta por ciento de un dato seguro. Así empezó la cosa. Así empezó el fin de todo aquello. Al final ya no se asociaban sino con desechos. Con un tal Meihardt Lares que era perezjimenista y que los entregó. Los que tenían dignidad no están en el MAS. Cabezas, que estaba al frente de los hombres en el Estado Portuguesa, no está en el MAS. Américo Martín y Moisés Moleiro, continúan en el MIR.

Fue Teodoro Petkoff el que me llevó a la casa de Toribio García. Se trabajaba al descubierto. La policía no agarraba a nadie porque era estúpida o estaba dirigida por el Petkoff, no cabe otra explicación. El gobierno sabía que Petkoff era un hombre “peligroso”. Pero Petkoff se movía como Pedro por su casa. A mí me llevó Teodoro a casa de Toribio porque íbamos a dar un golpe. Íbamos a asaltar unas oficinas del IPAS. Ahora bien, el golpe no se ejecutó porque el encargado de robarse un carro en la Universidad Central no se robó el carro. Entonces salió Teodoro a decir que el golpe no se había dado por culpa mía ¿Por qué no lo dio él entonces?

¿Por qué no se ponía él frente de los asaltos y los daba?

¿Por qué no se enguerrillaba él?

¿Por qué no se enguerrillaba Pompeyo Márquez que vivía escribiendo en *Clarín* que la guerra sería larga, con una frase que se copió de Mao?

Porque Pompeyo no es un hombre de formación. Pompeyo era un muchacho que vendía periódicos en las calles de Caracas y de golpe y porrazo lo pusieron a dirigir el Partido Comunista. Era fácil dirigir un partido que no tenía militantes. Durante la dictadura de Pérez Jiménez los militantes ahí éramos diez. Lo demás era habladora de pendejadas. A la caída de Pérez Jiménez a Pompeyo Márquez le hicieron una propaganda descomunal. Pompeyo, ignoro por qué, tenía admiradores, alumnos. ¿Cómo puede tener alumnos alguien que no crea, alguien al que se le piden ideas y no se le encuentra nada?

Dicto esto a la carrera pensando en las polémicas de Pompeyo: “¿Rectificar qué?”, se preguntaba.

Porque para él la violencia era justa.  
Matar un policía cada día era justo.  
Era justo mandar muchachos a las montañas.  
Era justo dejarse matar por lo que él decía, eso de que la guerra era larga, que a la verdad tampoco era suyo sino de Mao.  
Pero era así y ya hemos visto cómo terminó todo.  
Yo no soy historiador ni político pero tengo que escribir esto.  
Tengo que escribir lo que siento. No me importa si esto es un panfleto o no. No me importa si me repito o no. Lo que me interesa es llamar la atención sobre un grupo de forajidos que me hace pensar en el grupo de aventureros que capitaneaba Mussolini o en el grupo de asesinos que Hitler condujo al poder. Los asesinos se disfrazan de héroes, de palomas y de redentores.

Teodoro Petkoff, como vengo diciendo en esta novela de misterio y de aventuras, era una lanza para evadirse. Se evadía en las mismas barbas de la policía. Ya lo estaban comparando con el Conde de Montecristo o con el mago Houdini. El Petkoff se fugó de un quinto piso del hospital militar. Parece que lo llevaron allí para que se fugara. Los guardias nacionales estaban fuera, en la puerta, y él lanzó un hilo de nylon y se escurrió como por arte de magia. Cada vez que el Petkoff estaba preso la guerrilla arreciaba. Entonces tenía que fugarse el Petkoff para que la guerrilla amainara o sufriera un golpe espectacular. A Fabricio Ojeda lo agarraron y no lo dejaron pasar dos horas en una prisión. Se ahorcó en su celda. Esto fue lo que se comunicó. Petkoff y Márquez podían escaparse, pero Cabezas no. Petkoff y Márquez

se escapaban, deban una fiesta y declaraban por toda la prensa.

Porque Venezuela es un país de la exhibidera. Una vez un grupo de guerrilleros tomó El Hatillo, un pueblo de las cercanías de Caracas, y escapó ileso, pero una semana más tarde cayeron todos en una fiesta. Estaban celebrando el golpe y habían invitado a toda la "buena sociedad".

Los jefes guerrilleros lanzaban golpes aislados. Secuestraban a Di Stefano, un jugador de fútbol, y al otro día repartían fotografías con el secuestrado a su secuestrador. ¡Qué colaboración con las fuerzas del orden! Al secuestrador, un joven de apellido Canales, le pusieron la mano y lo encerraron por no sé cuantos años.

Los jefes guerrilleros (Petkoff, Márquez) ordenan el secuestro de un barco y los secuestradores tienen que entregarse en Brasil, son extraditados y aún están presos. Esos secuestros no eran acciones revolucionarias. Todo eso era propaganda. Con eso engañaban a los países socialistas y le sacaban dinero.

Petkoff manda a secuestrar un avión para lanzar una propaganda sobre Caracas y los secuestradores se entregan en Curazao. Los secuestradores pasan cinco años de su juventud en una prisión. Cuando salen ya no son los mismos. Petkoff, por su parte, sigue libre, cayendo y escapándose hasta alcanzar lo que ha alcanzado hoy: dividir el Partido Comunista y fundar una organización que recibe subvenciones del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Ningún secuestro amenazó la estabilidad del gobierno del señor Betancourt. Al contrario, lo fortalecía más. Petkoff sabía esto. El Pompeyo Márquez, que justificaba todas esas acciones, exclama que íbamos bien que no había que rectificar nada. Hasta Jesús Farías, un hombre que me parecía serio, cayó en las pendejadas de elogiar esas acciones. A los que secuestraron el avión para lanzar propaganda sobre Caracas los llamaba "los aguiluchos". ¡Habrase visto pendejada más grande!

Bueno, en este caso yo justifico a Jesús Farías porque el Partido Comunista estaba en las manos de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, quienes eran los encargados de enterrarlo.

Otro idiota que gritaba en el Congreso desde su curul de diputado era "el dirigente obrero" Eloy Torres. Eloy Torres<sup>6</sup> gritaba:

- ¡A ese partido no lo destruye nadie!

Y años después él, en unión de los Márquez y los Petkoff, resultó el primer destructor del Partido Comunista.

Vainas como estas se veían.

¿Quién que no fuera decente no se iba a salir de ese partido? Yo me salí en el año 1964 y publiqué mi libro "Entre las Breñas". Pero a partir del año 1964 se intensificó más el envío de gente a las guerrillas. El negocio marchaba viento en popa. Enriquecía a los que estaban abajo.

Tuvimos que esperar diez años más. Entonces Ángela Zago publicó su libro "Aquí no ha Pasado Nada"

y la gente cayó en la cuenta del crimen que era mandar muchachos a las montañas para que otros se enriquecieran y se llevaran las glorias.

Los comunistas tenían su novelista especial. Tenían a Adriano González León, un tipo que escribió una novela para “insuflarle coraje” a los hombres de las guerrillas. En “País Portátil” narra González León una historia de amor y de violencia por el estilo de las novelas rosa. Esta novela fue premiada en España por Vargas Llosa y el grupo del Boom que aprovechaba a Fidel y a la Revolución Cubana. Lo que acabó, claro, como acababan las cosas cuando se hacen por interés. El Vargas Llosa atacó a Fidel. El Adriano firmó contra Fidel<sup>7</sup>. Fidel les dijo que a Cuba no iban más y se acabó en Boom. La novela de Adriano está ahí para el que la quiera leer. Adriano no sabía nada de violencia. Él (para excusarse) decía que Homero no fue a una guerra para escribir sobre Troya. Eso era verdad, pero Adriano sí tuvo la oportunidad de vivir la guerra. Como la tuvo el Ovalles, que le dedicó un poema a su “Comandante Chimiro”, pero cuando le hablaron de irse al monte se cagó todo.

A Fidel Castro, que tenía una popularidad inmensa en Venezuela, le salió muy caro eso de oír a una cantidad de aventureros y dejarse arrastrar por ellos. Fidel Castro acogió a Luben Petkoff, lo atendió como a un rey y después lo embarcó con armas y un grupo de cubanos. Los cubanos cayeron y Luben desertó para dedicarse a matar gente por dinero.

Fidel Castro, que ha sido el primer sudamericano en meterle una patada en el culo al imperialismo yanqui, se dejó engañar por Teodoro Petkoff, por Pompeyo



Márquez y otro grupo más de forajidos. Fidel mandó dinero, armas y hombres.

Los “intelectuales” iban a la Habana, allá se paseaban, “escribían” sobre la revolución y después regresaban y que a pelear. Pero ya en Venezuela los “intelectuales” se dedicaban al ballet-rosado, a la caña, a intercambiarse las mujeres y a decir que lo de ellos era el “pito”, el desprejuicio y la “revolución”.

Yo no me explico como Fidel Castro se dejó engañar por semejantes lacras.

Después ya no los quiso allá. Después comprendió que lo mejor era trabajar con orden y con seriedad. No se podía confiar en un Partido Comunista como el venezolano que lo que hacia era mentir, mandar informes sobre una supuesta región “liberada” y dar golpes aislados con el único fin de hacerse propaganda.

Al Partido Comunista no le quedó casi nadie en sus filas gracias a la dirección de Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez y el “poeta” Carlos Augusto León, “El poeta del pueblo”.

A Gustavo Machado, a Jesús Farías y a dos o tres más se debe el esfuerzo de reconstrucción del partido comunista. Sanoja Hernández es un intelectual que se inclina hacia los “poetas” y mete la pata muy a menudo. En vez de atacar a Carlos Augusto León, que vivió a los comunistas hasta que se fue para el MAS, me ataca a mí.

Así va a salir de abajo.

Carlos Augusto León era un comunista ortodoxo hasta que los rusos le quitaron la beca. Carlos Augusto León, con su mentalidad colonial, bautizaba a sus hijos con nombres rusos. Los comunistas quisieron hacer de Carlos Augusto León un poeta del tamaño de Neruda.

- ¡He aquí el poeta del pueblo! –gritaban en las plazas públicas.

Pero que va, nada.

Vino la violencia, el peligro y el “poeta de pueblo” se dijo:

- Yo soy un tipo sensible. Lo mío no es un fusil, sino una pluma.

Renunció al comunismo, se inscribió en el MAS y se buscó una colocación en la Universidad Central, ese reducto de renegados.

Esto esta escrito con odio, pero con mucha moderación.

Cuando escribo esto veo a un poeta venezolano que me dice que Caupolicán Ovalles, a raíz de la muerte de Carrillo Moreno, se robo cuarenta mil bolívares del Inciba. De esta manera han terminado los que me atacaron por decir que enviar gente a las montañas era un crimen.

Al Caupolicán Ovalles, con palabras de Shakespeare, se le podría llamar pícaro, un tunante alimentado de sobras; un ruin, desvanecido, majadero, un miserable servil por unas monedas, tres malos vestidos y unas rotas calzas; un gullón, un cobarde, que os perseguirá con justicia cuando le hayáis apaleado; un hijo de puta, empañador de espejos, métome en todo, maestro enre-

dador, uno que heredó de un cofre vacío; uno que sería buen alcahuete por sus buenos oficios y no es más que una mezcla de truhán y de rufián, hijo conocido de una mala perra; uno a quien me hartaré de aporrear aunque me aturda con sus aullidos, si se atreve a desmentir siquiera una sílaba de su señalamiento.

(¡Este hijo de puta, chulo y cabrón de Tarre Murzi y Carrillo Moreno!)

Yo, para mi desgracia, nací en una época de hijos de puta.

El que es honesto, limpio y honrado no la teme a nada.

Desde que me atacaron por publicar “Entre la Breñas” me llené de odio y escribo con odio. Como un personaje de Kleist iba a dedicar el resto de mi vida a luchar por hacerme justicia. La justicia me la vengo haciendo con mis escritos, pero como Michael Colas lo mismo me armo y me hago justicia con mis propias manos.

El Ovalles y el Petkoff me atacaron por una beca que me otorgó Simón Alberto Consalvi y ahora ellos se cogen todo el dinero que ven por allí regado y nadie les dice nada. El Ovalles le da becas a su hermano Lautaro, un borracho que no es nadie, mientras ha hecho todo lo posible porque me quiten a mí mis becas. El Ovalles, a su hermano mayor, un tipo a quien los Guardias Nacionales se han cansado de apalear en los burdeles de Sa-

bana Grande, también le da becas de escritor. El Ovalles, con ese descarado arrastre que le caracteriza, fue a visitar al Presidente Caldera para que le comprara unos periódicos viejos que dejó su abuelo Titi-Mozín...

ooo

El Petkoff no atacó a su hermano cuando asesinó por dinero, pero me atacó a mí cuando publiqué "Entre las Breñas".

ooo

Yo soy un escritor honrado, un hombre que no tiene sangre en las manos.

ooo

El Ovalles escribió un poema titulado A MI ABUELO TITIN-MOZIN.

ooo

El abuelo de Ovalles era un brujo que tenía una farmacia en Villa de Cura.

ooo

Petkoff es un dirigente "socialista" que cobra como diputado, como profesor vitalicio de la Universidad Central de Venezuela y como funcionario del MAS. Esto que uno sepa. Lo de la CIA es más que seguro.

ooo

El Ovalles es un “intelectual de izquierda” que cobra por el Congreso Nacional y por el Conac.

ooo

Yo soy un escritor que tiene la beca más baja que otorga el Conac. Y esta beca me la quitan y me la dan según y como estén las influencias “socialistas” en el Gobierno.

Cuando COPEI, me retiraron la miserable suma de doscientos dólares porque el Ovalles se le metió al Tarre por las narices. Y el Ovalles se cogió para sí el puesto de Director de Cultura Regional y dos o tres puestos más y un puesto enorme para su hermano mayor que no sabe leer ni escribir y becó a sus tres tías.

ooo

Porque esos “intelectuales de izquierda” son una verdadera mafia. El que no sea como ellos o el que no esté con ellos no consigue becas en el Conac ni consigue puestos en la Universidad Central de Venezuela.

ooo

Y esta mafia de intelectuales ni escribe ni pinta ni crea ni deja que los demás pinten, escriban o hagan algo.

ooo

La mafia con su whisky por cuenta de la Cultura de Venezuela persigue a los que trabajen.

### COMPLEMENTARIO

**(Este es un agregado que tiene relación con Luben Petkoff, y que aparece en el Diario de Argenis, tres años después de la aparición de la última de las ediciones de «Escrito con odio»)**

**Hoy es sábado, 4 de febrero de 1978.-**

Hacía tiempo que no escribía en este diario. Eso se debe a que me dedico a la prensa y redacto algunos cuentos para un libro que titularé "La vez que nos perdimos".

Esta nota ha debido estar redactada el jueves 2 porque ese día apareció en El Nacional mi artículo titulado "El Crimen Perfecto". Pero esto no es nada. Por coincidencia, en el mismo periódico apareció un recordatorio para Antonio Angiuli Chimiento, el italiano que fue asesinado por Luben Petkoff y Luis Correa por órdenes de Teodoro Petkoff, actual secretario general del MAS. Enseguida caí en la cuenta que Luben y sus amigos pensaron que todo eso fue montado por mí. Que mi nota sobre "El Crimen Perfecto" tenía que ver con los cinco años del asesinato de Antonio Angiuli Chimiento. La familia de ese señor invitaba a un funeral en una iglesia en Maracay.

A Antonio Angiuli Chimiento lo asesinaron cuatro personas: Luben Petkoff, Luis Correa, Enrique Shaefer

y Francisco Toro<sup>8</sup>. El plan era de Teodoro Petkoff porque necesitaba dinero para su partido. Angiuli prestaba dinero y un tal Nicola Rotonda le debía más de ciento veinte mil bolívares. En esto aparece Luben, se pone a disposición de Incola Rotonda y éste le ofrece ochenta mil bolívares si asesina a Angiuli. Luben, un asesino frío y calculador, prepara la trama. Va a comer al restaurant El Faro, donde también come Angiuli. Le da confianza, se hace pasar por vendedor de conejos, lo lleva en su auto hasta que lo prepara todo. El crimen se daría el día 3 de febrero de 1973, que cayó sábado. Fue Angiuli a cobrarle una letra a Nicola Rotonda y Luben y Angiuli se sentaron a comer. Cuando se retiraban, Luben se ofreció llevar a Angiuli, lo hizo por la carretera vieja de Tejerías. Esa es una carretera solitaria. En una curva estarían esperando los otros asesinos: Correa, Toro, Shaefer. Luben detiene el carro y los otros saltan y echan a Angiuli por delante. En medio del monte Luis Correa le asesta un palazo a Angiuli por la cabeza y cuando éste cae lo vuelve a golpear. Después se acerca Luben y le da un tiro de gracia. Lo desnudan y echan el cadáver en un hueco. Luben baja y allí vuelve a descargarle otro balazo en la cabeza. Cinco días después, por la hedentina, es descubierto el cadáver del italiano. El asunto es esclarecido por la PTJ, pero el que paga el crimen es Enrique Shaefer por haber hablado. Se le condena a una purga de 21 años con veinte meses. A Luben, a Correa y a Toro se les deja libre al cabo de unos días. Teodoro Petkoff se movió de lo lindo para sacar a su hermano de esa prisión. El caso se cerró por falta de pruebas. Pero Luben y Correa siguen por ahí, tal vez asesinando, tal vez tramando mi asesinato por lo poco que conté de eso en mi libro "Escrito con Odio". Ayer estuvieron llamando y alguien me dijo:

- Mira, deja de seguir escribiendo. Ya verás tú cuando vayamos a buscarte.

Esos asesinos creyeron que mi nota "El Crimen Perfecto" tenía que ver con los cinco años de la muerte de Angiuli y con la invitación al funeral.

Estuvieron llamando todo el día. Una voz de portugués también llamó y me amenazó. Después siguió sonando el teléfono pero ya no decían nada. Hoy también llamaron pero no dijeron nada. Quieren asegurarse de que sigo en este apartamento y deben estar tramando mi asesinato con la misma frialdad con que tramaron la de Angiuli.

**13 de marzo de 1978:** Inés cumple 30 años. Por eso la llevé a comer a El Portón... Por la tarde, entre cinco y seis, salí a la farmacia a comprar unos supositorios. A la entrada del edificio vi a un hombre joven, con pantalones jean, chaqueta de cuero marrón y franela de rayas azules y blancas. El tipo tenía el cabello liso, como un indio, con carrera al medio y cayéndole hasta las orejas. Su color era moreno. Cuando me vio se levantó y caminó hacia la tienda de ropas del italiano (que vive aquí bajo el edificio). No llegué hasta la farmacia porque el tipo me pareció sospechoso y lo que hice fue dar una vuelta en torno a la bomba CVP. De regreso volví a ver al tipo, pero esta vez sin la chaqueta puesta. La tenía en un brazo, en el izquierdo. Probablemente se cubría la pistola. Yo por mi parte llevaba la mano derecha bien agarrada en mi treinta y ocho.

...

Los Petkoff y los Luis Correa pueden, muy bien, pagarse a un muerto de hambre parta que me dispare. Antes les pagaron...



Todo esto saldrá, cuando se publiquen las memorias completas de Argenis. Pero el acoso a que le sometieron por el libro "Escrito con Odio" llevó muchos años. Diferentes versiones le llegaban de cómo le andaban buscando para matarlo, pero quizá lo que acojonaba a sus enemigos, era que Argenis no les mostraba miedo. Luben le buscó en varias ocasiones por los bares de Sabana Grande, acompañado de un grupo de sus seguidores, armado, dice Argenis.

Hasta aquí lo del diario, pero Argenis recoge docenas de páginas donde va relatando cómo lo siguen, como lo vigilan, como hay tipos extraños muchas horas detenidos cerca del edificio San Elías, en la Avenida Rossevelt donde vive. En su diario encontramos esta nota del día 27 de marzo de 1978: "El 27 de marzo del año pasado vino ese Luben y estuvo sentado a la entrada del edificio. No lo he visto más. Tal vez está tramando algo. Él es un asesino. Puede pagar para que me maten. Yo no pierdo el hambre y sigo en mi trabajo como si nada. Hoy he escrito dos artículos y he leído algunos cuentos de Dino Buzzati".

En 1979, Argenis asistió a un homenaje que se le hizo a José Vicente Rangel, y allí se encontró con Teodoro Petkoff y connotados militantes del MAS. "Estaba yo allí viendo todo aquello -dice- cuando sentí un golpe en la nuca, me caí y nadie detuvo al agresor que me rompió los lentes apenas cayeron al suelo. Había allí más de mil personas y el único que se atrevió a levantarme y sacarme de esa merienda de negros dirigida por dos blancos fue el actor teatral Nicolás Curiel. Fue

Curiel, ya en la calle, quien me dijo que me había golpeado Luben... Yo hablé de la pistola que me sacó el teniente Sarmiento de la Disip. Este tipo me puso en el pecho la pistola por órdenes de Caupolicán Ovalles que de comunista se había hecho confidente. Esta encerrona la preparó Ana Martínez, quien venía acostándose conmigo... En el Bar Camilo's otro desconocido me sacó un revolver gritándome: " -Conque eres Argenis Rodríguez, ah?", y ya me iba a disparar cuando Alberto Sánchez, el hijo de Magdalena Sánchez, lo detuvo y se lo llevó en un volwagen... En el Bar y Restaurant Álvarez, un viejo se me acercó y me lanzó un puñetazo. Me gritó que él era adeco y que yo me merecía unos cuantos tiros. El tipo era chofer en el Ministerio de Relaciones Interiores... Tenía a todos los partidos en mi contra por haber publicado unos veinte libros. Este tipo estuvo persiguiéndome durante un tiempo. Cierta domingo me arreché y lo busqué en sus comederos. Andaba con tres pandilleros y al ver mi resolución se escapó por una puerta de vidrio. Yo le había mostrado la cachá de mi pistola".

"... viviendo o sobreviviendo de mi bequita del Conac me vi en la obligación de meterme a periodista y escribí para la revista *Auténtico* el *Crimen de la Semana* y la *Entrevista Semanal*. A través de este trabajo conocí a todas las actrices venezolanas del momento y a unos cuantos criminales. De las artistas, la más bella que conocí fue la cantante Kiara..."

**NOTA DEL EDITOR:** Argenis hace observaciones sobre la frialdad de Luben, que bien valdría la pena contrastar con las respuestas que el hermano de Petkoff da

en el siguiente reportaje que le hace Agustín Blanco Muñoz.

En el libro «La Lucha Armada: hablan seis comandantes<sup>9</sup>», Luben hace unas confesiones, que desvelan una preocupante confusión moral o una extraña actividad al servicio de agentes contrarrevolucionarios. Luben planteaba que «había que ejercer acciones violentas para tomar el poder<sup>10</sup>». En esas acciones, «incluso el gobierno nos protegía... Nosotros hacíamos allanamientos, inclusive, acompañados con policías. En esos momentos la Digepol se llamaba BES, Brigada Especial y no sé qué más». Al preguntársele por Pompeyo Márquez, Luben contesta que es «un individuo que siempre está... en equilibrio». Luego, cuando el «loco» Saldivia toma Radio Rumbos (con la intención de arengar al pueblo para que Rómulo Betancourt sea derrocado), dice Luben que él y Douglas Bravo fueron «a la Policía de Caracas y le dijimos al Coronel Arraiz que nos diera una gente que nosotros nos encargábamos de desarmarlo. Y fuimos...<sup>11</sup>». El propio Agustín Blanco Muñoz, en otro de sus libros («Venezuela 1960 -¡La lucha armada va!»), agrega: «Y si lo de Saldivia es pintoresco, no lo es menos que los dirigentes comunistas se hayan puesto a la orden de la policía<sup>12</sup>».

¿Qué quedaron de esos contactos con la policía, que históricamente han resultado tan funestos para las acciones revolucionarias?

Luben pensaba que la lucha en la montaña no pasaría de dos años, y «perdí el romanticismo en el 63». Cuando se le pregunta por qué ingresó al partido comunista, no vacila y expresa que fue por su espíritu aventurero. Cuando Luben cae preso, pasa seis meses en la cárcel de Trujillo, y él mismo confiesa: «AQUE-

LLO ERA UN HOTEL<sup>13</sup> ». Y aquellos presos políticos en Trujillo, planearon fugarse porque era muy fácil, pero el Partido Comunista preocupado, les advirtió que podía tratarse de una maniobra para matarlos. Estaban entre otros: Fabricio Ojeda, Molina Villegas, Vegas Castejón, Omar Echeverría, Fleming Mendoza y Acosta Bello. Luben explicaba que todos podían huir sin problemas: «Además ustedes saben muy bien -le decía a sus camaradas presos- que esto no es ninguna trampa para matar a nadie. Lo que pasa es que la gente del partido no entiende nuestra relación con la Guardia». Y se escaparon todos, «después que ya estábamos en la calle, los guardias incluso nos dijeron adiós. En ese sentido fue una fuga muy fácil». Esta fuga se dio el 13 de septiembre de 1963. Después, ya en 1964, con el gobierno de Leoni, cae preso Teodoro Petkoff, también, vaya casualidad, por los lados de Trujillo. Teodoro era más artista que Luben para escaparse de todas las cárceles. No estaría mucho tiempo preso. Era que llevaba entre manos la fórmula de la pacificación: «no demos más recursos porque vamos a hacer una tregua. La tregua era una pantalla para poco a poco acabar con la lucha armada<sup>14</sup> ».

Sin ningún desparpajo Luben agregaba: «Nosotros fusilamos varios chismosos», y aseguraba que el asalto al tren de El Encanto no había sido ningún acto de terrorismo.

Todo el mundo en la izquierda rechazó el atentado de El Encanto, que además era evidente que había sido un ardid de Betancourt (de la CIA), para allanarle la inmunidad a los diputados comunistas y del MIR, y luego hacerlos presos. Una maniobra para provocar allanamientos y crear una represión sin control en el

país. Pero el señor Luben Petkoff lo vio de esta manera: «Pero ocurrió así, y fueron cuatro guardias a quienes mataron aquí abajo y todo el mundo vio la sangre. Pero, en las montañas no se veía la sangre, ni se oían los tiros, ni nada. Y ahí moría gente en mayor número que los cuatro guardias esos. Pero la guerra en las ciudades, la guerrita, cuando dejaba sus muerticos, entonces todo el mundo los veía y veía la sangre. Y entonces la gente se cagó, dijo: es verdad, en esta vaina, se mata gente... A mí, por ejemplo, y para ilustrarte mejor la situación, cuando me lo dijeron mi respuesta fue: bueno ¿y qué pasa? Mataron cuatro guardias porque les salió mal la operación y hubo que disparar. Pero, bueno, chico, lo triste hubiera sido que los cuatro guardias hubieran matado a los cuatro compañeros. Y lo vi con toda naturalidad... No porque fuera más sanguinario, ni un carajo, sino porque estaba viviendo otra experiencia que me obligaba a pensar así. Eso es todo<sup>15</sup>».

Luben, después del conocido crimen contra el prestamista Angiuli, en Maracay, se convierte en empresario.



*... durante toda mi vida he hecho lo que  
he querido.*





## OCTAVA PARTE

### EL POETA CADENAS ENCADENADO

En 1958 cayó la dictadura de Pérez y los comunistas salieron fortalecidos de allí. Casi todos los intelectuales eran comunistas o pro-comunistas. Los comunistas tenían revistas y eran respetados. A Jesús Farías, a Pompeyo Márquez, a Gustavo Machado y a Guillermo García Ponce se les aplaudía en las Universidades y en las calles. Muchos jóvenes iban al Congreso a aplaudir las intervenciones de los camaradas. Y yo era uno de ellos.

El partido comunista era un partido prestigioso que influía en los centros obreros y en las universidades y estaba presente en todas las actividades culturales y políticas del país. Yo me sentía orgulloso de ser comunista. Yo leía a Marx, a Lenin, a los escritores marxistas como Federico Brito Figueroa y Carlos Irazábal.

Los jóvenes poetas eran comunistas. Rafael Cadenas, el más grande poeta vivo en Venezuela, publicó unos fragmentos de *Los Cuadernos del Destierro* en la revista *Tabla Redonda*. Y yo publiqué allí por primera vez.

Sanoja Hernández comentó un libro de Mariano Picón Salas y Picón Salas le elogió. Adriano González León decía:

- ¡Buenos ensayos escribe Sanoja!

Zárraga se ganó el concurso de cuentos de *El Nacional* y todos decíamos:

- Los marxistas somos los mejores.

Los jóvenes escritores firmamos una carta contra Liscano. "Usted ya no es maestro de nadie", le decíamos allí. Y yo firmé aquello sin saber lo que firmaba. Si aquello estaba redactado por Sanoja y Manuel Caballero era correcto. Liscano se molestó. Me dijeron que se sentía amargado. Yo no conocía a Liscano y firmé contra él porque estábamos firmando los "puros" y los "revolucionarios".

Entonces vino lo del "foquismo". *Pensamiento Vivo* publicó "La Guerra de Guerrillas" del Che Guevara. En los círculos de estudio del partido comunista se leía *La Guerra de Guerrillas* del Che Guevara. Había que hacer lo que se hizo en Cuba.

Proliferaron los grupos anárquicos. Fidel Castro y el Che Guevara elogiaron al "glorioso Partido Comunista de Venezuela".

Todos pertenecíamos a las FUERZAS ARMADAS DE LIBERACIÓN NACIONAL, FALN, brazo armado del PCV. Era una exageración decir que todos pertenecíamos al FALN, pero lo decíamos y no salíamos de los pasillos de la Universidad Central de Venezuela.

No salíamos de los locales del Partido Comunista.

Se aprobó la lucha armada. Se mandó gente a las montañas. Los muchachos estaban arriba esperando las armas. Había entusiasmo. Pero las armas no llegaban y

empezó a caer la gente. Los muchachos empezaron a morir. No había medicinas y estábamos en guerra.

Rafael Cadenas publicó "Derrota", un poema en el que se consideraba débil.

"...que no tengo personalidad ni quiero tenerla que todo el día tapo mi rebelión que no me he ido a las guerrillas que no he hecho nada por mi pueblo que no soy de las FALN y me desespero por estas cosas...".

El poema de Cadenas, como se supondrá, cayó mal en las filas del PCV y los comunistas decían:

- Cadenas es un derrotista.

-

Hablaron mal de Cadenas. ¿Y que tenía que ver Cadenas con las FALN y todo esto? Nada. Cadenas hablaba de sí mismo, de algo que estaba allí y no queríamos apreciar. Pero si hubiéramos leído a Rafael Cadenas como se debe leer a un gran poeta nos hubiéramos evitado un gran desastre.

Cadenas se marginó del Partido Comunista de Venezuela. Cadenas estaba más allá de todos los teóricos y todos los guerrilleros. Cadenas, antes que nadie, había tocado el fondo del asunto: la derrota.

Eso que sintió Cadenas, que es cinco años mayor que yo, lo sentí yo más tarde con "Entre las Breñas". Adriano quiso fabricar un personaje y no sintió nada...

La lucha armada pudo ser evitada a raíz del poema de Rafael Cadenas<sup>16</sup>.

Yo he vivido más del tiempo reglamentario porque tenía que contar esto.

Sanoja, Ovalles, Petkoff, Bravo y otros como ellos que desconocen la poesía se inclinaron hacia Pompeyo y sus balbuceos de viejos decrepito y la emprendieron contra mí que soy con Cadenas el hombre más grande de ese país...

### VOLVIENDO AL POMPEYO

De seguro que hoy al Pompeyo Márquez le pesará haber sido vendedor de periódicos<sup>17</sup>.

Pompeyo Márquez es un viejo idiota, cursi y ridículo. Sus discursos sonaban *clac* cuando se le caía la plancha de arriba. Y entonces algunos de sus seguidores exclamaban: ¡Qué conocimiento del marxismo! ¡Qué profundidad en la materia! ¡Qué altura! ¡Qué dialéctica para trata el problema peliagudo de la insurrección! Y cierta juventud confundida entonaba el himno:

CON POMPEYO A LA CABEZA  
LA REVOLUCIÓN SE SOPESA

Los comunistas del MAS en ciernes saben ahora que yo valgo más que todos ellos juntos. ¿Quién coño es Pompeyo? ¿Qué hace él? ¿Cuál es su cultura? ¿No fue acaso su línea de guerra toda una locura? ¿En qué terminó su liderazgo? ¿En dónde pararon sus principios y su ideología, no fue acaso en la derecha que decía combatir? Pompeyo y Petkoff fueron unos irresponsables.

Petkoff decía:

- A este gobierno le dan un préstamo y se lo comen en un mes. Entonces venimos nosotros y entramos en acción.

Petkoff era o es economista, pero no comprende la economía. ¿Cómo puede este tipo influir sobre unos estudiantes y todo un partido? Nada más ni nada menos que por la falta de preparación de todo un pueblo estupidizado por la televisión, el hambre y el analfabetismo. ¿Por qué influye en los “estudiantes”? Porque en Venezuela no hay estudiantes. Los “universitarios venezolanos” ... carne de cañón que sin saber manejar un arma quieren irse al monte. Las guerrillas se alimentaron de estos “estudiantes”. Salían a cometer un asalto y si se les cruzaba un policía en el camino se bajaban y lo “ajusticiaban”. Así trabajaban los alumnos de Petkoff. Cuando “ajusticiaron” al abogado Seijas actuaron así. Tenían que robarse un carro en la Universidad para cometer un asalto y se metieron en el primero que se les puso a la vista, identificaron a Seijas como funcionario de la policía política y acordaron su fusilamiento. Listo. Y al otro día estaban todos presos y descubiertos. Yo no metería presos a estos muchachos ingenuos; yo los llevaría a un correccional, les enseñaría un oficio, los pondría a trabajar en ese mismo correccional y los soltaría después de cumplir la condena que se les imponga. Yo a quien agarraría sería al Petkoff.

Yo a todos los que atacaron por publicar “Entre las Breñas” los metería en una prisión. Son ellos los culpables de que la violencia continuara. Y ellos me atacaron para justificar un asesinato. A mí no me atacaron por literato.

Todo artista, todo escritor, todo músico, todo pintor venezolano tiene derecho a un trabajo en una Universidad o en el Instituto Nacional de Cultura, pero esos trabajos están reservados para una mafia. Están la mafia del Ovalles, la mafia del MAS, la mafia del Partido Comunista y las mafias de las derechas, pero ninguno de los agentes de esas mafias de las derechas, pero ninguno de los agentes de esas mafias trabajan. ¿Qué obras tienen los agentes de esas mafias? Yo no veo ninguna. En Venezuela trabajamos ciertas y determinadas personas que estamos aisladas de esas mafias.

Me he mantenido aparte para poder trabajar. Yo no puedo estar en ningún grupo porque el grupo te hace perder el tiempo y quiere comprometerte para que firmes pendejadas a favor de los judíos o a favor de los palestinos. Yo no firmo sino lo mío. Yo cosas que dependen de Washington o de Moscú no las firmo. Yo libro mi lucha por la independencia de mi país fuera de grupos dudosos. Ya salí escarmentado del partido comunista para meterme en otra piratería dirigida por viejos flojos e irresponsables. Por qué ¿Qué dirigente comunista escribe ahí? ¿Qué dirigente comunista o socialista se ha preocupado por contar qué pasó en la década de los sesenta? Nadie. Esos dirigentes lo que quieren es que eso se olvide. Pompeyo quiere que eso se olvide. Él era el primero en justificar ese terrorismo. Petkoff quería que lo llamaran comandante Teodoro.

Teodoro Petkoff y sus pandilleros del MÁS pactaron la entrega del profesor Lovera utilizando como intermediario a Aníbal González, militante del partido

comunista. Aníbal González ya era un agente del servicio de inteligencia militar. Petkoff por ese lado estaba descubierto y planeó la muerte de González, a quien cazaron y arrollaron con un carro en una carretera del estado Aragua. Muerto González, Petkoff podía descansar tranquilo. Ahora Petkoff puede bregar su candidatura a la Presidencia de la República con las espaldas seguras y su hermano Luben, el asesino a sueldo, convertirse en el jefe de las milicias nacionales. Buena la vamos a poner en Venezuela con este par de asesinos en el poder.

Existe algo que no puede negarse: el que ha asesinado una vez continuara asesinando hasta el fin de sus días. Si Luben, después de ser el guerrillero se transformo en asesino a sueldo, es posible que continúe asesinando para vivir, para obtener un dinero ensangrentado. Es asqueroso alimentarse con los cadáveres de los humanos, en nuestros semejantes. En París, recuerdo, se le dio la libertad a un asesino de nombre Bernard Pesquet y este asesino continuó en lo suyo: ahora se le achacan no menos de diez asesinatos a sangre fría. Hasta el momento se han encontrado diez cadáveres, todo obra del tal Bernard Pesquet (*Le Monde* de 13 de Agosto de 1976). La gente me dice:

- Cuida tus cosas, Argenis. Cuida lo que escribes.

Eso no tiene que decírmelo nadie. Yo lo mío lo cuido. Yo cuido mi expresión. Estas memorias son violentas y destartaladas, pero no hay otra forma de escribirlas. Yo aquí hago documento, historia viva, como dicen los recopiladores de notas. Lo único que yo cuido son

mis cuentos, mis novelas y mis confesiones literarias, tales como "Otra Confesión", "Maldiciones y Palabras con el Inmortal". El que no haya leído esos libros que los busque.

**¿Eran cobardes e irresponsables los jefes de la violencia?**

- Sí.

**- ¿Por qué?**

- Después que armaron a los grupos guerrilleros y estos comenzaron a actuar a la diablo los jefes se asustaron. Petkoff decía que la Universidad estaba llena de revolucionarios de café y él era el primer revolucionario de café. Cuando las guerrillas cogieron fuego por cuenta propia porque ya nadie las ayudaba los jefes (Teodoro, Pompeyo, García Ponte, etc.) guardaron silencio. Si los jefes hablaban, escribían, criticaban serían considerados traidores. Por eso los jefes, cobardemente, callaron y dejaron que el tiempo se ocupara de destruir los focos insurreccionales. Lo que sucedió. En este sentido de los únicos que desconfío es de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff estos fueron los que más atizaron el fuego.



## NOVENA PARTE

### CON ODIO Y CON ASCO

En un país como Venezuela no se puede escribir sino con odio y con asco.

Yo podría volver sobre el mismo asunto infinidades de veces. Los comunistas y los hoy llamados socialistas del MAS querían destruirme porque los puse al descubierto ante sus financistas, Fidel Castro no envió más dinero; ni Italia, ni Vietnam, ni Francia. Los franceses mandaron periodistas y estos escribieron que lo que se hacía en Venezuela eran atentados sin importancia con el único fin de llamar la atención y hacerse propaganda, pero que ninguno de esos actos le hacía daño al gobierno.

Eso se editaba fuera y los comunistas y los socialistas del MAS estaban tranquilos aquí, recibiendo la gran tajada.

Fue después del aparecimiento de "Entre las Breñas" cuando las cosas se pusieron negras. Fidel y de los otros dudaron de estos piratas y no mandaron mas dinero. Fidel rompió con ellos y los llamo traidores. El único que sabía que los comunistas y los socialistas del MAS eran unos traidores era yo. Yo sabía que Aníbal González era confidente del servicio de Inteligencia Militar y el contacto que Petkoff tenía con la CIA. Al verse descubierto se adelantaron en la campaña de desprestigio con el que creían me hundiría. A lo mejor se dijeron que yo iba a coger miedo. Por eso no corrió, porque a cada ataque que me lanzaban yo redoblaba

mis fuerzas y si no he matado a nadie es porque no soy un asesino, pero siempre estuve a punto de defenderme y esto ellos lo entendieron.

Como se dieron cuenta que yo no cedía pasaron a los hechos. En Pro-Venezuela alguien me preguntó si yo era Argenis Rodríguez y al voltearme vi que un puño venía hacia mi cara. Detuve ese puño porque antes que aprender a escribir aprendí a defenderme. En la librería El Gusano de Luz un tipo histérico me sacó una pistola y me la puso en el pecho.

- Traidor -gritaba-, te voy a matar.

Yo a este le dije:

- Guarda ese aparato, porque te puedes meter un tiro en esas bolas que nunca haz utilizado.

Unos que se decían periodistas, cuatro en total, me arrinconaron contra la barra del bar que había en el diario *El Nacional* y comenzaron a insultarme. Yo me quede callado oyéndole los insultos y las provocaciones. No pasaron de gritar porque si me hubieran golpeado y me hubieran dejado vivo yo los iba a buscar ese otro día.

En Venezuela hay que morirse como asesino.

Me han sucedido miles de casos como estos que relato. Pero los asesinos, los instigadores de asesinatos y los maricones no me mataron y por eso he contado lo que he contado. Así como en los Estados Unidos el FBI y la CIA se unieron a la mafia para atentar contra Fidel Castro en Venezuela los comunistas, en aquel entonces dirigidos por los actuales jefes del MAS, se unieron a los hampones con el propósito de asaltar bancos y atentar contra la policía y los miembros de las Fuerzas Armadas. Alejandro Gil Bustillos, que había pertenecido

al aparato represivo de Pérez Jiménez y que cometió asaltos y crímenes por su cuenta, terminó enrolado en el Partido Comunista.

### MANDAR CON LA CABEZA

Estoy en Bruselas, adonde estuve hace diez años. Aquí leo lo que me mandan de Venezuela. Es gente joven la que me escribe y a mí me entra un dolor por ellos. Sé lo que me espera por meterme a escritor. Me escriben de todos los rincones. De Mérida me mandan *Talud*, una revista que dirige un joven llamado Orlando Flores Menessini. De Barquisimeto me escribe Freddy Castillo y me habla del poeta Pérez-Só. De Maracaibo me escriben Emilio Valero, Silvio Díaz, Miguel Campos y la joven Haideé. Ellos dicen leer lo que escribo. Me mandan sus relatos, publicados con esfuerzos y yo recuerdo todo mi trabajo por publicar, por crear roncha en una sociedad indiferente sólo a lo que no sea asaltos, gritos, modas y vulgaridades. Jesús Serra, desde Mérida, me envía su trabajo sobre Fernando Pessoa, un poeta portugués que no podía dormir y que se murió de soledad en la más completa soledad. Yo he admirado a estos hombres que toma en cuenta Jesús Serra y ya sé lo que será de Serra y de los que se ocupan de la gente de la que yo me he ocupado. Del Zulia también me escribe José Antonio Castro y me manda sus ensayos sobre el Proceso Creador. De Caracas, Otón Chirinos, un abogado que se gasta el dinero en publicarse libros, me envía todo lo que publica. Luis Beltrán Guerrero, un hombre que ha podido usar su talento en producir dinero quizá lo desperdicie en escribir libros que casi nadie lee en Venezuela. A Luis Beltrán Guerrero lo leen en España o en la Argentina, pero en Venezuela casi nadie, Aquí

en Bruselas está lloviendo y yo pienso en Pío Gil, uno de los escritores más fieles a su destino que hemos tenido. Porque en Venezuela ser escritor es ser una paciente de Cristo. Pío Gil ahorró dinero, se exilió por cuenta propia, se pagó las ediciones de sus libros y los mandó a Venezuela para que se los repartieran de gratis porque en Venezuela nadie compra libros. Pío Gil comía una vez al día. Y a veces dejaba hasta dos días a la semana sin comer. Esto se lo contaba a su novia de Caracas, Matilde Alvarado, a la que quería convencer para que se fuera a hacerle compañía: "Dejar dos días a la semana sin comer es bueno para la salud", le escribía Pío Gil a Matilde Alvarado. Nada. Pío Gil se murió de hambre solo y abandonado en aquel país perdido que era la Francia de los años 14. Pío Gil recordaba una casa que estaba en lo alto en las montañas de su pueblo natal. "Se combatió allí cuando la invasión de los llaneros", recordaba a toda aquella gente del Táchira y a una muchacha muy joven que se murió en Caracas. ¿De qué se murió esa joven?, preguntaba. Y desde París, desde Amsterdam o desde España vivía pendiente de Venezuela y del atraso en que la tenían sumida los caudillos. Pío Gil se moría de hambre, pero más que el hambre se moría de la tristeza de saber que su tierra estaba gobernada por patanes, ladrones y asesinos que no creían en la inteligencia sino en los testículos.

-Yo tengo bolas- es lo que se dice el venezolano.

Al venezolano que no tiene inteligencia, imaginación, cultura, nada de eso, le quedan las bolas. "Bien puestas". Con eso se ha venido mandando en Venezuela. En Venezuela nadie manda con la cabeza sino con

las bolas. El venezolano yo no sé si ha evolucionado. Creo que no. En mis tiempos de militante clandestino en contra de la dictadura fascista de Pérez Jiménez, los camaradas me decían:

-Hay que echarle bolas a la vaina.

Y lo mismo me decían en las guerrillas de El Charal en 1961:

-Hay que echarle.

Y en tiempos de Pío Gil era lo mismo.

Cipriano Castro era un fanfarrón que gritaba y gritaba por todas partes y la gente decía:

-Las tiene así:

Porque estos “aguacates” son el símbolo del venezolano sin imaginación, sin disciplina ni capacidad para labrarse un destino por sí mismo; de los venezolanos que a fin de cuentas son los que en este paraíso del engaño y de la frustración son los que se han adueñado de los partidos políticos nuestros. Creyeron que a fuerza de guerrillas sin control y sin juicio, y matando un policía diariamente iban a sacar al país de abajo. Con bolas se mata. Que eso iba a llegar por efecto sólo de las gónadas. Un freudiano diría que es un síntoma homosexualoide. A lo mejor. Ya se conoce la definición que se ha hecho del Don Juan, que es un hombre que no confía en sí mismo y que a cada momento tiene que probarse que es hombre. Esa es una cuestión que heredamos de España y se nos ha quedado bien arraigada. Pío Gil no podía vivir entre boludos y se fue, se auto-exilió por amor a su inteligencia y por dolor a perderla en un

país de boludos, un país que era el suyo y que lo rechazaba por creer más en los testículos que en la cabeza. Pero así es la cosa y aún es así. Rufino Blanco Bombona, su contemporáneo, tuvo que amarrarse bien los pantalones porque sino lo matan. Rufino tuvo que matar y también se exilió. Rufino era un gran escritor y también creía más en la cabeza que en los testículos. Es asunto de creencia. En Venezuela el gritón, el discursador y el que se baja los pantalones para mostrar lo enorme que tiene las bolas es quien pareciera tener porvenir, cuando la verdad es que no funcionan sin cerebro. Más grandes las tiene un toro, ¿y qué? Los demás, que somos una ínfima minoría, estamos jodidos. Nosotros no exhibimos las bolas en público. Eso es sagrado.

Este asunto es el culpable del atraso de la nación. Desde Páez para abajo se ha mandado con las bolas. Y por esto nos robaron las tierras, extrajeron el hierro y el petróleo y nos hundieron en el pudridero y en el atraso Nuestra Universidad, un día por los “estudiantes”, y otro por los “gobernantes”, se la pasa cerrada. No obstante queremos independencia. ¿Pero cómo podemos conquistar la independencia? ¿Con qué gente, con qué capacitación? Cuando a comienzos de siglo se descubre el petróleo no hay un solo venezolano que sepa lo que es eso. Entonces vienen los yanquis, agarran a un pobre hombre, se lo llevan a Nueva Cork, lo acuestan con una puta y le dicen que firme un papel. Y por esa irrisoria cuca en la que nuestro hombre mete sus bolas entrega las tierras con el “oro negro”. Un caso parecido cuenta Mariano Picón Salas en “Regreso de Tres Mundos”. Y más adelante, cuando nos convertimos en el primer exportador de petróleo del mundo, aún no sabemos lo

que tenemos entre las manos. Un ministro es envenenado por llamar la atención sobre el problema y otro dice que no cobramos el petróleo sino que pagamos para que se lo lleven.

Y el patán Gómez, el dictador, dice:

-Los yanquis, que saben de petróleo, que hagan las leyes.

Los yanquis, con nuestra anuencia y con el beneplácito del dictador a quienes todos temen y adulan, se llevan el petróleo y encima cobran.

Todavía continuamos en el mismo tejemaneje.

Nos sobran bolas, pero nos faltan técnicos. Contamos con muchos machos, con muchos boludos, con muchos gritones, pero carecemos de estudiantes de verdad, de intelectuales con coraje para el trabajo, que es lo único que hace una nación. Ahí estábamos gritando mucho de liberación nacional, pero no trabajamos porque tenemos que echarnos aire para mantenerlas debidamente refrescadas. ¡Joder, cuando pienso que a mí no me se quiere en mi país porque escribo estas cosas! Escribo sobre los cabrones y la gente pone el grito en el cielo. Escribo sobre patanes y sucede lo mismo. Escribo sobre un brujo que llegó a ser el principal consejero del presidente Crespo y me llaman inmortal y falto el respeto. Escribo un libro donde profetizo el fracaso de las guerrillas y me sueltan una cantidad de perros asquerosos. Escribo unos artículos denunciando la falta de escrúpulos de los borrachitos que se dicen escritores y entonces me procesan y quieren encerrarme en una cár-

cel. Hablo de mis experiencias infantiles, describo lo que hace una mujer con mis miembros y un grupo que se autodenomina yo no sé qué cosa de protección para la familia enjuicia y encarcela al periodista que publica ese fragmento. De modo que me acosan por la derecha y por la izquierda. Los señores de Cristo Rey, el Opus o no sé qué mierda me demandan y quieren verme entre rejas y los comunistas, los marxólogos y los borrachitos que gritan en los botiquines desean verme acribillado.



## DÉCIMA PARTE

### ODIANDO CON PONDERACIÓN

Esto ha sido escrito con odio, pero con mucha ponderación.

o o o

Estoy seguro que todos aquellos muchachos que mataron, asaltaron y arriesgaron su vida por los que dirigían el PCV y hoy dirigen el MAS se han convertido en anticomunistas y en antimarxistas. Muchos de aquellos jóvenes pagaron cárceles o siguen aún en prisión y los líderes del MAS están completamente libres, viajando a Estados Unidos y tranzándose con el imperialismo yanqui. Hoy ningún venezolano, sea de derechas o de izquierda, va a los Estados Unidos a mendigar nada. Los verdaderos venezolanos están por el afianzamiento de la democracia y por la unión, más o menos federal, de todos los países sudamericanos.

Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff viajan con frecuencia a los Estados Unidos.

¿Qué hacen esos señores en esa potencia de la que tenemos que cuidarnos?

Yo recuerdo que a los Estados Unidos no podían ir ni siquiera los dirigentes sindicales de COPEI, y a Rodolfo Quintero, que estaba de paso en Miami, lo de-

tuvieron y lo encarcelaron. Al Pompeyo y al Teodoro, lo que es peor, los invitan. A mí ese Petkoff siempre me dio mala espina. Si alguien es culpable de una cantidad de muertos es él. Fue él el que fundó un grupo de saltantes que comandaba Toribio García y poco después mataron a Toribio García. Era él el que mandaba a Lunar Márquez a realizar ciertos atracos. Bueno, hoy Lunar Márquez es un exiliado y Petkoff es un campeón de la legalidad y del anticomunismo.

**A mí me extraña mucho que los comunistas venezolanos silencien los proyectos anti-nacionales de los señores Petkoff y Márquez.**

**Lo que aquí hicieron, lo que dejaron de hacer.**

Los comunistas le decían a Sanoja que me atacaran, a mí que no he robado, que no he asesinado y que nunca he aceptado un dinero regalado de nadie. Yo si recibo algún dinero es por mi trabajo de escritor. Y yo vivo al día. Debe ser que los comunistas, junto con el MAS cometieron demasiados crímenes. Si me acusas, te acuso, se estarán diciendo. Y uno de esos crímenes puede ser el de haberle entregado al poeta Alí Lameda al régimen "socialista" de Kim II SPNG de Corea del Norte.

Alí Lameda no estuvo de acuerdo con la violencia que practicaban los comunistas y marxistas en Venezuela y así lo hizo saber. Esto casi le costó la vida. A mí, que escribí un libro para hacer ver lo que eran las guerrillas, también quisieron asesinarme. Porque aquello de las guerrillas era un negocio rentable para los que estaban abajo, sin exponerse, Recibirían dinero de Cuba,

de Italia, de Vietnam, de China, de Francia y de todos los países socialistas. De allí fue mucho el “revolucionario” que salió con una casa, con un carro o con un dinero constante y sonante. Los comunistas venezolanos hasta que no pongan esto en claro van a seguir con un solo diputado en el Congreso Nacional. Mientras tanto el MAS de Teodoro y de Pompeyo va a continuar creciendo con la ayuda de la CIA y de los americanos del norte. Nada de raro tiene que un día de estos amezcamos con Teodoro y Pompeyo al lado de un Pinochet venezolano.

La última vez que oí a Petkoff se envanecía de que ciertos militares se estaban acercando al MAS ¡Hay que estar bien loco para confiarse en Teodoro y Pompeyo!

En Venezuela, se ha repetido, olvidamos fácilmente. Yo no olvido y no quiero olvidar. Yo no quiero revivir ninguna historia.

Mis enemigos, los que una vez quisieron destruirme por envidia (porque en Venezuela el talento no se perdona) han caído hoy en la más desvergonzada depravación. Caupolicán Ovalles, quien nunca estuvo en las guerrillas por falta de valor pero que me atacó con un pseudónimo en *La Esfera*, está hoy día señalado por la opinión pública como un simple ratero, un borracho y un adulante.

**Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff se tronzaron abiertamente con la CIA y viajan a los Estados Unidos para allí recibir las órdenes.**

## EL CASO DE RAMÓN BRAVO

Ramón Bravo<sup>18</sup> merece un capítulo aparte: no es de los que esconden su cobardía. Por lo menos no anda gritando por ahí como el Ovalles. A Ramón Bravo se le enfrió el guarapo cuando los cubanos le ordenaron subir a las montañas a filmar las acciones de los guerrilleros. Ya hemos explicado que Ramón Bravo recibía dinero e instrucciones desde Berlín, Moscú, Belgrado y La Habana. A Ramón Bravo lo habían instruido en esto de manejar una filmadora y regresó a Venezuela con una maquina especial y 1.800 dólares. En Venezuela tenía que ponerse a las ordenes de Carlos Augusto León. Pero éste le dijo que el dinero se había acabado. Que subiera por su cuenta y riesgo e hiciera esa película. A Ramón Bravo, como buen "intelectual de izquierda" al estilo de los Ovalles, (...) vendió la filmadora y se marginó. Pensó, como el Carlos Augusto León, que lo suyo no era la violencia. Que lo suyo era escribir y también terminó en el MAS y con un cargo en Instituto Pedagógico Nacional.

Los que fomentaban las guerrillas sin exponerse sabían lo que hacían. Ellos sabían que una democracia permite el conocimiento de un país. ¡Había que acabar con la democracia! Los que ganaban con esa violencia (en la que creíamos los que teníamos buena fe) eran los Pinochet, los fascistas argentinos y uruguayos y los imperialistas norteamericanos. El mismo Fidel castro fue engañado. Petkoff y Pompeyo Márquez teorizaban sobre la violencia protegidos por fuerzas oscuras, antinacionales. Todavía nadie se explicaba por qué Luben Petkoff, que era jefe de las guerrillas en Lara y

asesino a sueldo del dueño de un burdel de Maracay, jamás fue llamado ante un tribunal. Era raro que Petkoff, Pompeyo, Luben y otros señores estuvieran por encima de los hermanos Pasquier, Malaver y Lovera y nunca fueran interrogados o torturados. Nadie se explica el por qué los hermanos Pasquier, Malaver y Lovera pagaron con su vida por obedecer a Pompeyo y a Petkoff. Nadie se explica la muerte de Toribio García, de Cheché Ríos, París y Orsini que estaban bajo las órdenes del Luben, a quien nunca le pasó nada y después salía en las paginas rojas de los periódicos señalado como un vulgar asesino a sueldo.

Mientras esto no se aclare el Partido Comunista y toda la izquierda venezolana en general estarán pagando las consecuencias. Es muy extraño que a Petkoff y a Pompeyo Márquez les sobre el dinero para dirigir un partido anticomunista después de haber sido los grandes jefes del terrorismo venezolano en la década del sesenta. Está bien que a Luben se le conceda una amnistía como político, pero no como hombre de mano que se alquile para matar.

¡Cuanta sociedad y cuánta traición contra el país había en aquellos teóricos de la violencia! La vía del terror era efectiva en un sistema totalitario y reaccionario como el que tenía Batista en Cuba. El gobierno de Betancourt tenía apoyo del pueblo y muchos conspiradores fueron entregados al pueblo por los campesinos que procuraban “liberar”. ¡Como si yo no hubiera descrito esta situación cuando la conocí! Fue esto lo que me molestó. Porque detrás de los teóricos de la violencia había una mano extraña a toda revolución. Aquellos

conspiradores no querían una universidad abierta y por eso vivían fomentando disturbios. Los enemigos de la evolución de un pueblo, en este caso los dirigentes de los Estados Unidos, sabían que mientras más se preparase una clase social determinada menos se la sometería. De allí las huelgas propugnadas a cada instante por los líderes estudiantiles. De allí las montoneras creadas artificialmente para desviar la atención del verdadero problema y destruir un movimiento obrero cada vez más amenazador. Se podía discutir libremente y hablar sobre la nacionalización del petróleo y del hierro, pero a los “dirigentes izquierdistas” les interesaba distraer esa atención y conducirla hacia una violencia prefabricada. Con el tiempo hemos visto que los Márquez y los Petkoff (teóricos del terror) terminaron viajando a los Estados Unidos y fundando un partido que más bien parece una agencia de espionaje al servicio de la CIA.

En Venezuela mucha gente pagó y sufrió miserias por culpa de Teodoro Petkoff, Pompeyo Márquez, Ramón Bravo y Caupolicán Ovalles. Estos señores tenían un poder que se nos hace casi imposible calibrar. Alí Lameda fue reducido a prisión por el presidente de Corea del Norte, Kim Il Sung, por orden de los comunistas venezolanos. Alí Lameda no estaba de acuerdo con la aventura guerrillera de los comunistas venezolanos que en aquel tiempo estaban dirigidos por los que hoy dirigen el movimiento al Socialismo, MAS.

Los comunistas venezolanos viajaban mucho para pedir ayuda diciendo que ya tenían territorios liberados. Alí Lameda puso eso en duda, calificó de error todo lo que se hacía y poco después, después de un viaje de

Ramón Bravo a Berlín y a la Habana, lo detuvieron. Con la detención de Alí Lameda tienen que ver los responsables de la lucha armada en Venezuela.

Pompeyo Márquez “dirigía la guerra” desde la casa de Eleazar Díaz Rangel. Teodoro Petkoff se la pasaba “enconchado” en la casa de Eduardo Machado y de allí se fue cuando a los hermanos Machado los hicieron presos.

Luben Petkoff estaba en Cuba engañando a Fidel Castro y lo engañó de tal forma que consiguió que Fidel le diera un barco y hombres para desembarcar por Falcón. Dejó todo en la playa por su incapacidad para llevar a cabo una operación tan sencilla como es esa de invadir por una parte desolada y sin peligro y los campesinos de la región se apropiaron de las lanchas y de unos cañones enormes. A los cubanos los agarraron por andarse paseando por las calles de los pueblos y pidiendo sardinas con ese modo de hablar del cubano.

Y a los cubanos los agarraron. No sé si todavía están presos, pero de Luben si sé que anda por ahí con una pistola y con el respaldo de su hermano y del MAS.

Al viejo idiota Pompeyo Márquez lo agarraron comiéndose un sancocho. En la cárcel se enfrió, olvido lo de “la guerra será larga” y lo de “rectificar ¿qué?” y negocio la entrega de Douglas Bravo. De este modo terminó el legendario Santos Yorme, así... como había empezado.

Los comunistas venezolanos, que en el tiempo en que yo publiqué “Entre las Breñas” estaban dirigidos por los que hoy dirigen el Movimiento Al Socialismo y también por los que aun dirigen ese mismo Partido

Comunista de Venezuela, decretaron mi muerte de la forma como detallo:

1) Salió "Entre las Breñas" y me tildaron de pesimista.

2) A raíz de mi viaje a París me llamaron traidor y vendido.

3) A mi regreso para defenderme de todo eso quisieron ametrallarme o secuestrarme para fusilarme como "traidor a la clase obrera".

4) Como fallaron en todos esos intentos (pues yo vine dispuesto a matar o a dejarme matar) cambiaron el plan y lo de ellos era ahora el descrédito hacia mi persona: Jesús Sanoja Hernández en varias notas publicadas en *El Nacional* afirmo que yo era un delator y que los delatores dicen cosas interesantes.

5) Teodoro Petkoff escribió: está pagando la beca con delaciones. (Seguramente yo lo delaté a él, que andaba libre por ahí y comiendo sancochos en compañía de Eduardo Machado). Sobre su hermano Luben que de dirigente guerrillero se trasformó en asesino a sueldo Teodoro no dijo nada.

6) Si yo iba a una fiesta a solicitar trabajo alguien me decía:

- ¿Qué dice el pasado?

Y estos que hablaban de esta forma eran comunistas enviados con el único propósito de estorbarme y desprestigiarme. Era toda una organización empeñada en destruir a un gran escritor. No podían matarme porque eso hubiera caído mal en toda la nación y se contentaban con hablar mal de mí y sabotearme. Por culpa



de ellos no conseguía trabajos ni medios de vivir. Ahora, ganas de matarme no faltaban ni siguen faltando.

7) Un negro morcilla llamado Luis Camilo Guevara no podía verme porque decía a voz en cuello:

- ¡Coño, Argenis, lo que hiciste!

¿Y que fue lo que yo hice? Yo lo único que hice fue escribir un gran libro. Mis detractores no publicaron nunca algo que me señalase como delatador o vendido. Lo que pasó fue que yo les acabe el negocio de las guerrillas. En Venezuela el único escritor que se fue a las guerrillas fui yo. Sanoja no salía de los pasillos de la universidad. Luis Camilo Guevara trabaja en el INCE, un organismo del gobierno. El Pompeyo Márquez que atizaba lo de la violencia no se fue al monte. Ni el Ovalles, que me atacó sin firmar, en *La Esfera*. Sanoja insistía:

**-Argenis escribió un libro contra la gente que resiste en el monte.**

**¿Por qué no se fue él a resistir en el monte? No. Era más cómodo hablar del Che Guevara con una cervecita en las manos.**

De esa forma los comunistas quisieron acabar conmigo.

Un locutor, Luis Salazar, no me podía ver porque venía a preguntarme a quién había entregado hoy. ¿Y quién era Salazar? ¿En qué montañas estuvo?

Era toda una organización que quería llevarme al suicidio o a la locura. O al hambre, ya que hablando de mí de esa forma nadie me ayudaba ni me daba trabajos.

En cambio ellos estaban enchufados en las Universidades y en el mismo gobierno.

Pero yo no era imbécil. Yo era un escritor y un hombre trabajador. Y ninguno de ellos era escritor y eran todos flojos. Estos. Esos tipos, si figuran, es porque yo los nombro.

Yo a veces sentía dudas sobre la existencia, pero no por la existencia de un "comunista" pendejo y mediocre, que cuando yo escribía diciendo que me iba a matar entonces se ponían contentos:

-Ya el hombre se va a matar. Hoy lo dijo...

A Mario Schiman, después de comentar "La Fiesta del Embajador", le dijeron que no continuara escribiendo sobre mis libros porque yo era un vendido...

Hay el caso del "profesor" Alexis Márquez Rodríguez<sup>19</sup>. En la librería El Gusano de Luz, delante de una veintena de personas dijo que yo era espía y que cobraba en el Ministerio Interior.

- ¿Y tú has visto algún recibo mío allí? - le pregunté.

- Sí - respondió él con gran firmeza.

- Eso quiere decir que tú también cobras en el Ministerio del Interior.

Qué manía de hundir a un hombre solo, a una persona cuya sola preocupación es la de escribir y morir de hambre...

Ludovico Silva dijo que Caupolicán es el Pinochet de las letras venezolanas.

-¿Pero por qué tiene Ludovico que meter a toda la República de Este en eso?

- Porque tal vez Caupolicán es la cabeza visible de la República del Este. Tal vez Caupolicán y la República del Este son una misma cosa para Ludovico.

Elías Vallés es amigo de Caupolicán. Yo le digo a Vallés que Caupolicán me atacó una vez y que no debe esperar ningún perdón de mí.

- El mejor perdón es olvidar - dice Vallés.

Yo no sé cómo explicarle a Vallés que Caupolicán no tenía ningún derecho a atacarme. Caupolicán no estuvo en las guerrillas. Caupolicán no me conocía a mí. Caupolicán me atacó por envidia. El que tenga vocación de gusano no debiera ponerse a atacar a nadie. Tal vez Ludovico atacó a Caupolicán por alguna cosa vieja entre los dos. Yo ahora estoy atacando a Caupolicán porque antes no podía. Antes Caupolicán se identificaba con la izquierda y la izquierda estaba en desgracia. Ahora es diferente...

¿Por qué tengo yo que olvidar a los que me desearon la muerte? ¿Por qué tengo yo que callar los nombres de unas personas que representan un peligro para toda una comunidad? Acaso olvide después que se publiquen estas páginas. Aquí estoy descargando todo el odio y todo el deseo de venganza que unas personas con vocación de perros sembraron en mi mente y en

mi imaginación. ¿Por qué tengo yo que olvidar una injusticia? Al Ovalles le pagaban para que con tribuyera con mi desprestigio. De ahí a un asesinato no había más que un paso. El Petkoff lo mismo. En cambio yo puedo decir que el Ovalles es una porquería (¿quién no sabe esto?) y que el Petkoff después de dirigir la violencia y de enviar una cantidad de muchachos a una muerte segura dio la voltereta y se alió con la CÍA. Por todos es conocida la «hazaña» de su hermano Luben que ya estoy cansado de anotar en estas páginas. ¿Y el Sanoja? ¿En qué se basa el Sanoja para llamarme delator? Ahora le presento una oportunidad para que señale pruebas. Puede responder a este libro cuando le dé la gana. Si yo olvido esta injusticia se la harán a otro. Antonio Octavio Tour, en su libro «Destino de un Guerrillero», habla con desprecio y desconfianza de los que lo obligaron a asaltar bancos. Ese libro de Otur, a pesar de las ingenuidades, revisa toda la historia de las guerrillas y concluye con la entrega total de los combatientes por los renegados Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff y nos hace ver que éstos eran unos corrompidos Uno olvida cuando se muere.

Unos tipos que cobran para justificar el asesinato de un hombre son peores que todos los Pinochets juntos.

Ramón Bravo, funcionario del Partido Comunista de Venezuela, se prestó para declarar contra mí. El subalterno que tomó esta declaración fue el «poeta» Caupolicán Ovalles y durante más de un año estuvieron los comunistas tratando de justificar mi asesinato.

El Ovalles, como es natural, un cobarde, no firmó con su nombre.

En Venezuela los comunistas practicaban el terrorismo político e intelectual. El que no estaba con ellos estaba contra ellos. De tal suerte que yo, después de publicar "Entre las Breñas", fui ubicado en el otro lado y sentenciado a muerte y los «intelectuales» se ocuparon de escribir contra mí para justificar un crimen. O, en última instancia, dejar abiertas las puertas de la incitación...

Al Ovalles después de realizar su labor de desprestigio lo enviaron a Praga y al Bravo lo ubicaron en el Instituto Pedagógico Nacional. Pero aún siguen en sus propósitos. Yo, por mi parte, sabré defenderme. De eso no les quepa la menor duda.

En la década de los sesenta los comunistas venezolanos impusieron un terror sobrenatural. Nadie podía escribir nada que no fuera «marxista», «socialista» o «revolucionario» Hacer lo de uno mismo era *desviacionismo, traición, antipatriotismo*. Por eso cuando salió "Entre las Breñas" a mí me atacaron con saña y quisieron destruirme. Eso iba a servir de escarmiento para los otros escritores. Ningún intelectual podía nombrarme, ninguna antología literaria podía contar con un trabajo mío. El que me nombrara se exponía a ser tratado como una mala bestia, un reaccionario y un desviado. La especialidad de los comunistas venezolanos en los años sesenta fue la del terror político e intelectual así como la del asesinato a sangre fría, premeditado. Los burócratas del tipo Ovalles, Ramón Bravo, Sanoja,

Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff eran los encargados de señalar a los «desviados» y los activistas como Luben Petkoff eran los que se ocupaban de los ajusticiamientos. Total, que esa gente, durante diez años, se alimentó de carne humana y vivió del crimen o de la incitación al asesinato.

Si Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff tuvieron valor para declarar una guerra y justificar cuanto asesinato se perpetraba contra un policía o contra un miembro de las fuerzas armadas, no tuvieron valor para condenar la anarquía que de allí partió y que se adueñó de todo el movimiento, comunista e insurreccional.

Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, como cobardes que eran, dejaron que las cosas se enfriaran. A menos que por dinero hubieran trabajado para llevar la anarquía al seno mismo del partido comunista de Venezuela para de esa forma dividirlo y destruirlo, como ocurrió después.

Si yo no me expongo y publico “Entre las Breñas” todavía hubiera gente matándose en las montañas y Petkoff, Márquez, Ovalles y Ramón Bravo continuarían recibiendo dinero de Cuba, de Italia, de Vietnam y de Rusia.

Pero después de “Entre las Breñas” el negocio se vino al suelo y vino la desbandada. Todos se tranzaron y hoy son furibundos defensores del régimen de Carlos Andrés Pérez, el ministro que los combatió en su debido tiempo. Así son las cosas de simples.

Si en Venezuela hay algunos asesinos, algunos traidores, esos son los hermanos Petkoff, los Márquez, los

Bravos y los Ovalles. Ellos estuvieron justificando «esa guerra» sin exponer el pellejo. Ellos estuvieron incitando a la gente al crimen. Ellos se encargaron de mandar muchachos a las montañas. El Petkoff planificó el secuestro de un avión que sobrevoló Caracas y fue a posarse en Curazao. Petkoff y Márquez mandaron a Douglas Bravo a las guerrillas. Petkoff y Márquez mandaron a Toribio García a Lara. Petkoff y Márquez justificaron los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello. Los Ovalles y los Ramón Bravo entregaron a Alí Lameda al régimen comunista de Kim II Sung. El Ovalles, para insuflarle valor a los combatientes, le dedicó un poema al Comandante Chimiro. Para eso se le pagaba.

Cuando concluyo este libro leo una nota de Jesús Sanoja Hernández publicada en *El Nacional* el día 14 de agosto de 1976. Aquí Sanoja, con su pseudónimo de Pablo Azuaje, acusa formalmente a los Pompeyo y a los Petkoff de haber sido los grandes instigadores de la guerra en Venezuela. Sanoja recuerda a Regís Debray y dice que Pompeyo Márquez era la figura central en la cuestión teórica y que Teodoro Petkoff lo era en el protagonismo. Sanoja sigue siendo militante comunista y Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, de la dirección del Partido Comunista, se pasaron a la dirección del movimiento anticomunista en Venezuela. Ahora el dinero les llueve de otro lado. Ahora dirigen los asesinatos desde la MAFIA y de la CÍA. Por lo menos el Luben Petkoff fue acusado por la Policía Técnica Judicial de asesino a sueldo. Y Luben ni siquiera fue a declarar. Los jueces se hicieron la vista gorda. El Movimiento Al Socialismo pegó el grito en el cielo. Teodoro Petkoff viajó a los Estados Unidos a resolver ese caso. Y

listo, tierra, tierra al asunto. Y los asesinos siguen entre nosotros.

En todo esto debiera haber, como en los cuentos para niños, una moraleja. Uno se da de cuenta que los Petkoff, los Márquez, los Ovalles y los Ramón Bravo justificaban una guerra por dinero. Si ellos hubieran sido decentes, idealistas, no se hubieran vendido. En último caso se hubieran retirado discretamente de la escena. Pero no, ellos con lo que aprendieron en el Partido Comunista continuaron ganando dinero. Petkoff (Teodoro) y Pompeyo Márquez fundaron un partido de derechas, aliado a los intereses más negros y Ovalles y Bravo, en ese partido también, se llenan los bolsillos. Y el otro Petkoff, el Luben, menos formado intelectualmente, se contenta con asesinar por dinero. Si esos tipos hubieran sido decentes e idealistas como lo decían no anduvieran matando por cobrar. FIN.



**SE BUSCA VIVO O MUERTO**



## 26 de Mayo de 1977

El 23, en un programa radial, le preguntaron a Teodoro Petkoff que pensaba de Argenis Rodríguez.

- Ese es un miserable, un miserable, un judas.

Esa fue su respuesta. Yo cogí el teléfono y llamé a la emisora. No me atendieron, después me fui allá. Hablé con los programadores y les dije que quería hacer unas declaraciones acerca de Teodoro.

- Llame mañana a la misma hora y nosotros lo conectaremos o lo pondremos al aire.

Dejé los originales de "Escrito con odio" sobre el escritorio y esos señores quedaron en leer el capítulo del diario.

Ayer empezaron y cuando estaba entrevistando a Morales Bello, llamé por teléfono.

- Sí, diga.

- Quiero responderle al señor Petkoff, que por esta misma emisora estuvo hablando ahí como un macho. Ese señor no tiene ninguna autoridad para dirigirse a nadie. Sus manos están llenas de sangre y su hermano, Luben Petkoff, asesinó por dinero a un prestamista italiano de apellido Angiulli. El Luben secuestró al prestamista Angiulli, le dio un balazo en la cabeza y luego lanzó su cadáver por un farallón de la carretera Panamericana.

Eso fue lo que dije y lo hice a la carrera.

También escribí un artículo para ZETA donde menciono todo este caso.

Hoy es 25 y la emisora (Radio Difusora Venezuela) continuo con la lectura de "Escrito con Odio". Es una buena promoción.

Lo del Luben Petkoff no es asunto mió, eso es asunto de la justicia. Yo estoy tranquilo por esa parte. Lo que estén tramando, si están tramando algo, será fácil ponerlo al descubierto. Yo los he emplazado públicamente y los he atado. A los asesinos hay que señalarlos con pelos y señales y con verdadero énfasis. Y hasta con amenazas. Aunque no me descuido. Desgraciadamente estoy desarmado. Sin embargo me mantengo vigilante y me cuido de echar un ojo por todas partes. Quien asesinó varias veces no se detendrá por nada. Cuando era guerrillero Luben asesinó. Cuando fue amnistiado asesinó por dinero. Se le alquiló al dueño de un burdel en Maracay y mató al prestamista Angiulli. Eso o parte de esa historia la cuento en "Escrito con Odio".

#### **Sábado, 26 de Mayo de 1977.**

Ayer fue un día muy ajetreado para mí. Por la mañana estuve leyendo Orwell y escribiendo algunos artículos y un relato, y por la tarde salí a comprar unos libros. De regreso a casa, desde la esquina donde hay un café, vi a un hombre sentado de espalda al edificio en que vivo. Enseguida pensé que ese hombre me estaba esperando y comencé a detallarlo bien por la espalda. Tenía un palto azul oscuro y el pelo ralo caído hasta la nuca. Yo a ese hombre lo identifiqué como un Petkoff

y tenía que ser Luben. Eso me dije y entonces empecé a caminar para verlo de frente y ver como reaccionaba. Justo lo que pensé. El hombre, de bigotes espesos y con gafas oscuras se me quedó mirando a los ojos. Yo también. Entonces esperé que ese tipo me abordara o me disparara. Ya sabe todo el mundo que este Luben es un asesino de sangre fría, que mató a diestra y siniestra en las guerrillas y que después, por dinero, mató al prestamista Angiulli. Con este tipo iba a topármelas. Caminé haciéndome el tonto, pero no seguí hacia el edificio porque hubiera sido un callejón sin salida. Allí no hay sino unas escaleras y ese hombre se me hubiese puesto por detrás y con seguridad me hubiera disparado o me hubiera apuñaleado. Yo no esperaba nada bueno de él, así como no espero nada en lo futuro ni de él ni de su hermano Teodoro. Entonces caminé hacia un puesto de periódico que hay más arriba y me puse a hablar con el muchacho que ahí atiende. Le pregunté si tenía un teléfono y me dijo que al fondo, en la casa. Y enseguida se vino el Luben ese, me miró y al ver que yo lo miraba a los ojos (pues yo no podía hacer más nada) se agachó, y recogió un diario *El mundo* y lo pagó. Estuvimos como unos cinco segundos de frente. Él con la mano derecha en el bolsillo del pantalón y yo dudando dentro de mí en que haría si ese tipo me disparaba o intentaba cualquier otro atentado. Yo tenía en mis manos un paquete de libros. Nada más. De haber estado armado no se que habría hecho. Ya hace diez o doce años que no cojo un arma en mis manos. El hombre dio la espalda y volvió a su sitio, lo que aproveché para cruzar la avenida Roosevelt y montarme en un taxi que me sacara de ese lugar. Me dirigí a la PTJ a poner a ese cuerpo sobre aviso. Ya yo he sido amenazado por los hermanos Petkoff a través de Domingo Fuentes. Petkoff dijo en una emi-

sora que yo era un ser despreciable. Esa es la manera de ellos combatir a sus enemigos políticos: o te desprestigian o te asesinan. No tenían otra salida. A mí ya me han venido desprestigiando por medio de escritos y por medio de rumores. Ahora me les enfrento con un libro y ellos van a ser uso de lo que saben: **matar**. Esos tipos no tienen intelectuales en su partido, se acercan las elecciones y ya se creen en el tercer puesto con un partido fuerte y temible. Mi libro les va a ser daño y ellos están a mi asecho. Yo soy el único que les hace frente. Yo soy el único que les dice asesinos, ladrones y cobardes. Nadie más. Así que ellos quieren destruirme. Ellos, hasta el presente, han llamado asesinos, ladrones y cobardes a todos los gobiernos, desde Betancourt hasta Carlos Andrés Pérez. Por fin viene uno que puede derrotarlos en ese plan y ellos han tramado mi muerte. No tengo otra salida. Lo han decidido así, me lo mandaron a comunicar con Domingo Fuentes y ahora el Luben estaba allí aguardándome. Este hombre no se detiene por nada. Asesino y enseguida, vaya a saber uno por qué razones, sale en libertad. Es un asesino descubierto que anda por allí como si nada y la gente está asustada. En la PTJ declare lo que tenía que declarar al respecto y de aquí me mandaron a DISIP, donde repetí la misma declaración. El jefe del servicio de la DISIP me dijo que yo tenía que tener cuidado, con Luben por que ese era un tipo peligroso y lo que sabemos todos.

A las 12 de la media noche regresé a casa en un carro policial y un señor me acompañó hasta la puerta del edificio.

Hoy es 28 y no he salido. Es la 1 y quince de la tarde. No ha sucedido nada e ignoro el paradero de Luben y el efecto que surtió en los medios policiales la cosa esa de mi denuncia. En que iría a terminar mi lucha con estos asesinos, no lo sé. Pero espero ganar adeptos con mis libros. Teodoro Petkoff tiene inmunidad parlamentaria. Es diputado. El puede pagar para que se me maté. Tiene un partido poderoso y temible. Su hermano ha dado muestras de sangre fría y audacia y no se detiene ante nada. Allí estaba esperándome. Quien sabe por que no me disparaba, porque con seguridad a eso venía. Sería que la hora lo detuvo: eran las 4 de la tarde y unos muchachos estaban ahí. Me dice mi mujer que ese mismo tipo se paseó a eso de las 9 de la noche por el frente del edificio. Eso fue ayer. Yo creo que la publicación del libro adelantara los acontecimientos. Jamás pasó por mi mente detener la publicación de mi libro. Al contrario me llene de más ira y si algo me dolió fue no haberlo escrito con más señas, con más odio y con más furia. Será una nueva oportunidad. Tengo que sostener esta lucha. No me digo otra cosa. He escrito un poema que titulo "Yo y ELLOS".

### **Domingo 29 de Mayo de 1977**

He pasado el día de ayer leyendo un libro sobre los crímenes de Stalin y un trabajo titulado "Guerrilla y Política". Inés ha pasado el día preocupada con el recuerdo del Luben por allí esperando. Es una cosa seria enfrentarse a un asesino. Nos acostamos y yo le digo que eso es cosa del destino. Le recuerdo que yo una noche, allá en Madrid abrí un cuaderno y comenzó a salirme esa historia del crimen de Luben. Yo no podía

detenerme, tenía que contar aquello guiado por unas manos más poderosas que las mías. Después ya no podía dejar de buscarle editor al libro. Todo ha ido saliendo así y ya no hay nada que hacerle.

- ¿Y nos vas a dejar?
- Yo no pienso eso.
- Yo creo que ese Luben te va a matar.
- Él es un asesino.

Me bañé y me vestí para irme a llevar el artículo a El Nacional. Yo llevo siempre mi artículo los domingos y se lo meto a Julio (Berroeta Lara) por debajo de la puerta.

- No salgas -, me dice Inés-.
- Tengo que llevarlo.
- Te tendrán vigilado.
- Voy y vengo ya.

Meto un cuchillo de la cocina (¡bonita arma!) en un maletín plástico y salgo. Me fijo en toda la gente que hay por ahí. Llevo el cuchillo empuñado. Me monto en una camioneta que me deja en el Pasaje Sing y de allí me voy a pie a El Nacional. Paso por el Teatro Metropolitano, llego a El Nacional, subo las escaleras y cuelo mi artículo por debajo de la oficina de Julio. Es lo que hago cada domingo. El regreso lo efectué en un autobús. No pasó nada y no vi nada misterioso ni cosa alguna que levantase mi sospechas. Lo que más me molesto es esto de estar desarmado. Un cuchillo de cocina no es arma. Ese Luben es experto con la pistola, todavía ignoro por que no me mató el viernes. Aun recuerdo sus ojos buscándome bajo sus lentes oscuros. Yo estuve esperando



los disparos. Así será. Espero que el libro le dé algún dinero a Inés para que se compre una casa para Eugenio. De algo valdrá mi muerte a manos de un asesino. Veré como procurarme un arma.

### **31 de mayo de 1977.- Martes.**

Ayer apareció en *El Mundo* mi artículo titulado “Por esto voy a quedar”, donde trato eso de la creación y el lenguaje en la narrativa. Hoy fui a llevar dos artículos políticos a ese diario y de paso me compré una cantidad de libros. He estado vigilante, mirando hacia todos lados porque eso es lo único que puedo hacer. No tengo armas y no me explico cómo tendría que defenderme de algún emboscado o de algunos tipos que pretendan secuestrarme. La violencia hamponil y política está a la orden del día. En cuatros días ha habido cuatro casos de asesinato: un periodista de Radio Caracas asesinado en una calle de Sabana Grande; un ganadero muerto en una carretera del Estado Monagas; el gerente de la Renault muerto a balazos en el estacionamiento de su caso y por último la noticia de que el ganadero Nelson Machado Lugo fue fusilado por sus secuestradores. La masa no está para bollos. Nadie tiene la vida segura. Uno vive como cercado por los criminales, esperando el balazo o la voz que te diga que te metas en ese automóvil. En estos casos, lo mejor es resistirse. De todas maneras te van a matar. Yo no tengo grandes planes para el futuro, pero no dejo de pensar en los hermanos Petkoff, que me amenazaron a través de Domingo Fuentes, el editor. Quién sabe si Teodoro Petkoff pensó que con esa amenaza yo me cohibiría. Si coge miedo no publica el libro y yo sigo con vida política. Ya sabrá él que mi hermano es un asesino que no se detiene ante nada y

que tenga presente que Luben fue jefe guerrillero y mató por dinero al prestamista Angiulli. Claro que lo tengo en cuenta, señor Petkoff y por eso quiero armarme. Procuraré un arma, me armaré y andaré por ahí como un matón. Si alguien me sale, disparo. Si me matan a mí, bueno, eso ya lo tengo previsto desde hace tiempo. Siempre he escrito que voy a morir violentamente y pienso que mejor muerte que esa no hay en el mundo. Uno escoge su muerte. Uno escoge sus enemigos. Yo escojo a unos asesinos para que me "ajusticien". Yo podría estar callado, con la beca que tengo; yo podría estar en el exterior con esta beca o con un puesto diplomático. Pero no, estoy aquí desafiando a unos asesinos. ¿Por qué? Será cosa del destino. Será que fui elegido para jugar este papel de escritor a lo Cristo. Yo no puedo detenerme y ninguna clase de miedo me detiene. ¿Cómo irán a analizar esto en el futuro? ¿Habrá quién lo explique mejor que yo? Siempre sale otro que sabe más que uno mismo. Que enredo.

### **31 de mayo. 10 y media de la noche.**

Situación extraña. Telefona Américo Martín. Su voz suena rara a través del teléfono. Yo le hablo con serenidad.

-Argenis Rodríguez- dice.

-¿Sí?

-Aquí. Américo Martín. ¿Cómo estás?

-Bien. Te felicito por el triunfo de Sidor.

-Gracias. ¿Y cómo estás tú?

-Bien.

-Salúdame a tu esposa.

-Igualmente.

Vi que Américo me llamó como azarado, como si le hubieran dicho que Luben salió a matarme. A lo mejor Américo pensó que ya Luben me había abaleado y yo me encontraba en el hospital o en el cementerio. Américo era uno de los que me decía que me cuidara de Luben.

- Luben te matará cuando salga ese libro tuyo.

Para Américo, Luben es un loco furioso, un loco que no se detiene por nada y que ama la sangre y la violencia. Yo recordé a Luben allí parado, frente a mí, el viernes a las cuatro y media de la tarde. Esperé sus balazos, sus amenazas, pero no dijo nada, no habló. Con ese asesino tengo que vérmelas. El problema es Adolfo que viene tarde en la noche.

Estuve sentado en la sala hasta que Inés me dijo que estaban abriendo la puerta de abajo. Era Adolfo.

- ¿Pero viene solo?

- Sí

Le dije a Adolfo que tuviera cuidado de la gente sospechosa que se mueva por allá abajo. Pienso que a Adolfo, que es tan confiado, le puedan poner una pistola en la espalda y lo obliguen a abrir la puerta. Después arrasarían conmigo. Y quién sabe si con Inés y el niño, Eugenio, de apenas cuatro meses. Yo de esos asesinos, inexplicablemente libres y a sus anchas, espero lo peor. Mañana compraré un mecate para amarrarlo de la ventana y por allí deslizarme en caso de carrera. Estoy encima de un segundo piso que representa un tercer piso. Si estuviera armado el asunto sería diferente: les haría

frente. Me parapetaría detrás de un mueble o de una pared y dispararía. De ese modo hasta podría bajar al enemigo y el alivio sería para siempre. Luben, de venir, vendrá con los dos personajes que le ayudaron a asesinar al prestamista Angiulli y a quién sabe cuántos más. Un asesino anda suelto y me busca. Y ya ha dado con mi paradero<sup>20</sup>.

### **Domingo 12 de Junio de 1977**

Inés se levanta diciéndome que anoche tuvo un mal sueño. Yo tenía que dirigirme a ese programa de la radio que tendré mañana al mediodía y unos hombres que venían en una camioneta me secuestraron. Inés se fijó hasta en el número de la placa: B-3792686

No tiene nada de raro que esos comunistas o masistas estén pensando en una trampa. O me ametrallan o me secuestran. Hoy es domingo y como de costumbre iré a llevar el artículo a *El Nacional*. Podrían esperarme por allí. Por lo general Caracas esta solitaria los domingos. Es fácil encañonar a uno y meterlo en un carro. También es fácil pasar disparando en una moto. Todo es fácil. Un grupo puede hacer conmigo lo que quiera por que yo no tengo guardaespaldas y estoy desarmado. Como escritor soy distraído y en los autobuses y en las camionetas por puesto ando leyendo. Mis enemigos son especialistas en eso del secuestro y del asesinato. Yo carezco de malicia y la vista se me cansa fácilmente. Mañana también podrían estar frente al edificio. Ya es publico eso de que iré a Radio Difusora Venezuela al programa *Bajo Control*. Podrían estar en las puertas de la radio. O cerca, por allí.

Yo, en cambio, soñé con Faulkner y con su hermano John. Había un misterio que descubrir y yo estaba metido en el embrollo. Y me decía: Tengo que releer a Faulkner, hace tiempo que no lo releo.

Un día tranquilo. Como cualquier otro. Mañana tengo que enfrentarme a todo eso y tengo que hacerlo. Si fuera guerra tuviera que ponerme al frente. Yo siempre me pondré al frente de cualquier mierda. Lo haría voluntario. Me toco una vida en la que tengo probarme a cada instante. Y yo, gustoso, me pruebo. Soy hombre. Es difícil decir esto y en el futuro será aún más difícil en una sociedad de robots. Un robot muere sin darse cuenta. Pero yo muero dándome cuenta. Yo voy a la muerte, una cosa a la que todo el mundo teme, con toda responsabilidad y sin temor alguno. Me va a tocar algún día. El que se enfrenta a la muerte como que vive más. A mí esto de desafiar a los asesinos me abre más el sentido y me hace comprender al hombre y el misterio de la vida. Pocos tenemos la clave. Yo la tengo.

#### **14 de Junio de 1977**

Bueno, ayer fui al programa ese *Bajo Control* de Radio Difusora Venezuela. La cosa estuvo que echaba chispas. Hable de mi experiencia guerrillera y les dije que a los Petkoff los iban a tomar en cuenta por que yo los metía en mi libro. La gente preguntó lo que le dio la gana y atacó al MAS, a los comunistas y a Alfredo Tarre Murzi. Cuando nombre a este señor llamó una mujer:

- Usted es una oportunista - gritó-. Cuando Tarre Murzi era ministro del trabajo de COPEI usted estuvo cobrando durante tres años sin ir nunca por la oficina.

- Y usted es una mentirosa - le respondí yo -. Yo apenas pasé dos meses en ese ministerio. Me fui a España con una beca que me otorgo la señora Gloria Stolk y que el mismo Tarre Murzi me ratificó después cuando a él lo nombraron Presidente del INCIBA. Pero Tarre se puso a hacerle el juego a los comunistas y presionado por estos me quitó la beca.

A mí eso de esa señorita se me quedó grabado en la cabeza. A lo mejor yo fui a España y otra persona continuó cobrando por mí. Y eso es lo que he hecho hoy: ir al ministerio del trabajo y pedir una atestación en la que se lea que yo trabajé en ese despacho del 16 de noviembre de 1969 al 16 de enero de 1970, o sea 3 meses. Me complacieron y tengo en mi poder la debida constancia. Tarre Murzi, a través de otra persona, acaso a través de una hija, quiso hacerme pasar por un ladrón. Yo no tengo ningún de esos malos vicios de los malos políticos venezolanos. No he sido ladrón ni mariconcete. Es verdad que en cierta ocasión le estuve muy agradecido al señor Tarre Murzi. Cuando le pedí ese puesto en el Ministerio del Trabajo no titubeé ni un solo instante, pero después en el INCIBA, por instigación de los "comunistas" del Ovalles y su mujer, me retiró la amistad y la beca de 200 dólares. Tarre Murzi se convirtió en un pelele en manos de aquellos tipos que se hacían pasar por revolucionarios, izquierdistas y contestarios. Yo lo siento por él. Era buena persona. Pero gente que cae en poder de los "comunistas" venezolanos se fuñe y no vuelve a levantar cabeza.

Es inaudito esto de cómo cambian las cosas. Yo sentía un gran afecto por Alfredo Tarre Murzi. Cuando él salió del ministerio del trabajo yo iba a visitarlo a su despacho. Me leía sus artículos, me atendía de lo mejor;

dejaba a la gente esperándole por atenderme a mí. En esto viajé a Barcelona y aquí me enteré de su nombramiento como presidente del INCIBA. Enseguida le escribí. Le propuse ideas que aceptó complacido. Le hablé de reeditar la Biblioteca Popular Venezolana. Estuvo de acuerdo y lanzó la colección *El Dorado*. Me envió el pasaje y me dijo que regresara de inmediato. Cosa que hice. En el poco tiempo que trabajé con él en el Ministerio del Trabajo levanté una cinemática para los obreros y empleados. Pasábamos las películas en un pasillo. Yo hacía la pequeña introducción y luego pasaba la película. Yo redactaba un boletín de prensa para la calle y otro boletín interno que se llamaba DINREB. En esto me ayudaba el licenciado Alfonso, que estaba por encima de mí en la oficina de Relaciones Publicas. Yo pensé en todo esto mientras regresaba a ponérmele a las órdenes a Tarre Murzi en el INCIBA. Y eso fue lo que hice apenas llegar a Caracas: telefonarle y presentármele por allá.

- Vamos a ver donde te ubicamos.
- Hay que dormir aquí - le dije yo-. Tenemos que levantar esta cultura.

Estuvimos de acuerdo. Pero ese otro día, por arte de magia, o de mala maña, Tarre Murzi me recibió con estas palabras:

- Argenis, ¿por qué tienes tú tantos enemigos?

No dijo mas, pero ya no volvió a recibirme. Entonces caí en la cuenta. Tarre Murzi había dejado rodearse por Caupolicán Ovalles y su pandilla. Los mismos que una vez escribieron contra mí para justificar mi asesinato seguían en eso de buscar ahogarme. No me habían liquidado a tiros, pero me iban a matar de hambre. El Ovalles sé cogió para sí el Departamento de Desarrollo

Cultural, y a su mujer, la Josefa, le dio la administración. Me iban a estrangular. En qué manos había caído Tarre. A uno tienen que verlo en el huesero.

Yo no volví más por allí y con el tiempo, a los pocos meses, me retiraron la beca de 200 dólares que Díaz Sosa me había conseguido con la señora Gloria Stolk. A Alfredo Tarre Murzi lo hundieron aquellos agentes del imperialismo. Y el INCIBA quebró. Así fue, de simple. No hubo más revistas y el poco de dinero que quedó en una caja chica se lo llevo en el tal Mateo Maestre.

### **22 de Junio 1977**

Ayer, por fin, me entregaron los primeros cinco ejemplares de ESCRITO CON ODIO. Es una edición pésima, Le encontré erratas, a pesar de que lo escogí dos veces. El montaje está malo y la portada sobrecargada.

Hoy veo a Poleo en su oficina y me dice que eso cambiará. Quedamos en hacer correcciones en la segunda edición.

- Si es que hay segunda edición -digo yo-. Me he puesto pesimista al ver ese libro contrahecho.

### **23 de Junio, 1977**

En el número de ZETA de esta semana demuestro que un tío bisabuelo de Caupolicán (alias el Judas) delató a Ezequiel Zamora por dinero. Bueno, eso lo extrai-go yo del libro de mi hermano Adolfo.

Leo un libro de Guillermo García Ponce, "La Insurrección", y le hago una nota para Zeta.

Encontré a Tarre Murzi en El Nacional y me preguntó por mi tercer tomo de memorias.



- Yo siempre me he portado bien contigo, Argenis, me dice.

Yo le digo que no lo ataco y que él se dejó engañar por los Ovalles y que a raíz de eso me retiraron la beca de INCIBA.

Llega también Sanoja.

- ¿Qué fue lo que escribiste de mí en ZETA?
- Nada. Unas cosas inofensivas

Me despido de Julio y me vengo. Ha sido un día lluvioso. En casa trabajo en PALABRAS CON EL INMORTAL

#### **24 de Junio - 1977**

Hoy es viernes, pero nadie trabaja por que es Día del Ejército. La gente se va a la playa o al campo y aprovechan unas vacaciones extras de cuatro y cinco días. De esta manera contribuimos con el patriotismo en nuestro país. Y por eso sólo trabajan los portugueses, los españoles y los italianos. Trabajan también los argentinos y los chilenos. Los venezolanos son muy patriotas y se van a la playa. Hoy es Día del Ejército y ya se puede comprender.

#### **Martes, 28 de Junio 1977**

Parece que Dipuca ha empezado a distribuir el libro. Dentro de poco, a pesar de las erratas y de la mala impresión, ESCRITO CON ODIO, levantará la polvareda que le tengo anunciada.

Esta tarde el diario *El Mundo* me anuncia en primera página y mete la entrevista que me hicieron en Radio Difusora Venezuela. La firma Naudy Enrique Escalona.

El pobre Petkoff queda mal parado.

- Qué vaina - le digo a mi hermano Adolfo-, estamos como las Bronte. Nos estamos cogiendo este país a fuerza de libros.

Mi hermano ha publicado su biografía de Ezequiel Zamora y yo mi tercer tomo de memorias. No hay día que no hablen de nosotros. A él esta mañana le dedicaron media página en *El Nacional* y a mí toda una portada y una página completa en *El Mundo*.

#### **Lunes 4 de Julio - 1997**

El libro ha sido colocado en las librerías. Pero aún no he visto ninguna reseña ni ninguna reacción. La tormenta ha de estar formándose.

Llamo a Julio Barroeta Lara. Me dice:

- Oye, vale, ese libro tuyo si es duro.
- ¿Cómo se hace? Aquí hay que escribir cosas duras para que se impongan. Aquí nada suave ni delicado se impone. Fíjate en Ramos Sucre. Las ediciones de sus libros se quedaron por ahí. A Urbaneja Achepol no lo editan desde Medina.
- ¿Entonces Proust se hubiera jodido?
- Así es. Aquí se vende lo duro o lo que es impuesto desde afuera: como "Cien años de Soledad". Este es un país insensible, sin espíritu creador ni crítico y hay que despertarlo a fuerza de martillazos.

Inés y yo cumplimos dos años de casados. Recuerdo el día que la esperaba en el aeropuerto de Barcelona. Ha sido uno de los mejores momentos de mi vida. Desde esa vez no me siento solo.

### **8 de Julio de 1977**

Hacía días que no escribía en este diario. El libro ha salido y se ha vendido en menos de una semana. Eran cinco mil ejemplares. La gente me dice que el tema del día es ESCRITO CON ODIO. El lunes tengo que ir a la imprenta de Poleo a planificar la segunda edición.

Ha habido, como siempre, cosas de envidia. *El Nacional* no publicó nada mío esta semana<sup>21</sup>, a pesar de que tienen allí una cantidad de notas mías. En cambio *El Mundo* todo el personal me felicitó y me hicieron varias entrevistas. Julio Barroeta Lara me dijo que mis notas que me publica siempre no eran para la página que él dirigía. ¡Y esas son las notas que me publica siempre! Si me lo hubiera dicho antes yo estaría tranquilo. Ahora tengo 41 años, soy escritor en lo mejor de mi producción (o de mi creación) y nadie tiene que decirme nada. Es como si yo me pusiera a darle consejos a Camilo José Cela sobre lo que tiene que escribir. ¡Envidia!

¡Envidia por todas partes!

¿Qué será de los Petkoff?

Para complemento Guillermo García Ponce publica un libro donde ratifica casi todo lo que yo digo en ESCRITO CON ODIO. Lo comento en la *ZETA* de esta semana.

### **10 de Julio de 1977**

Los tipos que publican en Monte Ávila no son escritores, pero tienen buenos contactos.

### **11 de Julio de 1977**

*El Mundo* de esta tarde trae la entrevista que me hizo Moreno Uribe.

Llamé a García Morales y éste me dijo:

- Cuidate de Caupolicán.
- Que se cuide él. Él empezó esa guerra.

En la entrevista le cargué la mano al Ovalles. Lo llamé mercenario, vendido y agente del imperialismo comunista, lo que es o era. Yo a ese tipo lo sigo odiando. ¡Que haga lo que le dé la gana! Yo me vengaré cada vez mas fuerte.

En *El Nacional*, Julio Barroeta Lara me paró la nota que le llevé la semana pasada. Lo llamé y me dijo que esa nota no era para la pagina que dirige. ¡Qué estúpido! Todas las notas que he publicado ahí por espacio de más de doce años han sido como la que me paró. Lo que pasa es que Julio no sabe nada de literatura y esta acostumbrado a las notas "Políticas" de Tarre Murzi y de Sanoja.

- Tráeme otra cosa el lunes
- Esta bien

Pero no iré más por allí. Tengo 41 años y sé lo que hago. Eso ha debido decírmelo hace diez o quince años. A estas alturas en este país nadie escribe mejor que yo ni nadie sabe tanto de literatura como yo. También creo que Julio se está dejando chantajear por los enemigos que me han salido por ESCRITO CON ODIOS. En su oficina viven metidos Sanin, Sanoja y otros tipos que lo

que hacen es hablar mal de mí. Después de todo ya yo estoy cansado de esa página y de ese periódico. Allí los periodistas son unos frustrados, unos tipos que alguna vez quisieron ser escritores y no lo lograron. Entonces se conformaron con escribir ahí. Allí todos los empleados de *El Nacional* son esclavos de Miguel Otero Silva. Es horroroso eso de encontrarse con frustrados. Se puede ser de todo (pobre, miserable, feo, malo) pero frustrado no. Esa es la peor condenación.

#### **14 de Julio de 1977**

Sinceramente, ya nada de esto tiene sentido. Publico un libro, se venden cinco mil ejemplares en una semana y el editor me dice:

- Nosotros empezaremos a ganar a partir de la segunda edición.

Vengo a casa y se lo digo a mi mujer:

- Tú no sirves para nada. No puedes hablar de dinero. Para todo eres una lanza, pero no defiendes lo que te toca por ese libro. Te has matado haciendo la promoción, escribiendo para los periódicos, yendo a las radios y a la televisión.

Tiene razón. Pero que lucha ahí que librar. Hay que escribir, después buscar un editor que te edite como si te hicieran un favor y si el libro se vende (como se ha vendido el mío) te ponen peros para pagarte. Has trabajado años en ese libro. Has pasado hambre, calamidades, luego te amenazan, te tiras enemigos encima. ¿Qué ganas? ¿Y vas a seguir escribiendo? ¿Para que? ¿Con esa beca con lo que medio vives? ¿Y si te la quitan? ¿Qué harás? Tienes 41 años. No puedes hacer nada. Una colocación con un horario fijo te terminaría de ma-

tar. Con abandonar la literatura, ¿qué solucionas? ¿Tu no sabes hacer nada? A esta edad no puedes empezar otra cosa. Pienso en el balazo. Triunfo con un libro y continúo peor que antes. No vale la pena escribir, ni matarse trabajando para que otros se llenen.

### **5 de agosto de 1977**

Fui a *El Nacional* a llevar un artículo y allí me entregaron un papel de una tal señora García. Que la llame de urgencia. Desde casa la llamo y ella me dice:

- Leí su libro "Escrito con Odio". Un hermano mío sale allí oculto en medio de su narración. Se llama Enrique Shaefer y tiene que ver con la muerte de un Italiano.

Me dice que tiene unos papeles al respecto. Me dice que tiene una tienda en el Centro Comercial "Chacaito". Tienda "Popo". Me dice que me traerá los papeles en su tienda. Como me da todos los detalles no dudo. Iré mañana.

### **6 de agosto de 1977**

He visto a la señora Carmen García. Es de origen alemán. Su hermano se llama Enrique Shaefer y es el que está pagando la muerte de Antonio Angiuli, el italiano a quien Luben Petkoff le metió dos balazos en la cabeza. La señora me entregó fotocopias del expediente. El cuento es como sigue: Antonio Angiuli era prestamista. Prestaba dinero y cobraba altos intereses. Embargó a mucha gente. Pero se tranzó con otro italiano de nombre Nicola. Nicola le debe a Angiuli y teme ser embargado. Por eso no se sabe por qué coincidentalmente Luben Petkoff se presenta en el bar

restaurant de Nicola a venderle unos conejos. Se hacen amigos. Intiman. Incluso Luben le dice a Nicola que ha sido o es guerrillero. Nicola le debe a Angiuli y Nicola ahora piensa en matarlo. Y aquí tienen al hombre que se encargará de eso. Nicola le ofrece dinero a Luben. Luben cometerá un crimen por dinero. Luben trabaja también para su hermano y el partido de éste, el MAS. El MAS necesita dinero y quiere obtenerlo a través de asaltos y de asesinatos. Luben crea una célula. Teodoro va a organizarla. Después será Luben quien la controle. La célula está compuesta por Luis Correa, un tipo de apellido Toro, Enrique Shaefer y Luben. Luben es un hombre frío y calculador. Con Nicola han tramado cómo atrapar a Angiuli. Luben vienen a comer cada día a El Faro. Come en la sala o en la cocina. Ahí conocerá a Angiuli. Luben se hace pasar por protestante y por campesino. A veces por viejo. Luben para esa fecha tienen 40 o 41 años. Pero es una fiera para disimular. Eso lo ha aprendido en las guerrillas. El día que va a aniquilar a Angiuli, Luben esperará en El Faro y le dará la cola. Después lo llevará por la carretera vieja de Tejerías donde se encontrarán esperándolos Toro, Correa y Shaefer. Allí llega Luben con Angiuli a su lado. Luben ha hecho un buen trabajo. Angiuli es desconfiado pero ha confiado en Luben. Luben se hace pasar por un tal Castillo. El carro de Luben es detenido por Correa. Toro y Shaefer. Luben y su presa descienden. Correa que ha sido guerrillero le asesta un palo a Angiuli. Angiuli cae y lo vuelve a golpear. Aquí actúa Luben y le da el tiro de gracia a Angiuli. Después lo arrastran hasta un hoyo y allí baja Luben y le vuelve a meter otro balazo a su víctima. Dejan el cadáver allí oculto con unas ramas. Los descubrirán después por el mal olor. Shaefer cae porque quiere cobrar "el trabajo". Entonces le manda dos cartas a

Nicola. Nicola se asuste y denuncia el caso a la policía. Shaefer habla. Denuncia a Nicola, a Toro, a Correa y a Luben. Da todos los datos. Habla del carro que llevó Luben. Habla del carro que llevó Correa. Pero no pasa nada. Absolutamente nada. Toro, Correa, Nicola y Luben salen libres. El que queda preso es el pendejo, el que echó el cuento, Shaefer. A Shaefer lo condenaron a veinte años con seis meses. Los demás andan libres y probablemente liquidando a otras personas. ¡Aquí hay tantos crímenes que no se aclaran!



NOTA DE PRENSA:

**Argenis Rodríguez y Luben Petkoff se Entraron  
a Golpes en una Fiesta**

Omar Zavarce P.

El ex-Comandante guerrillero Luben Petkoff y el conflictivo escritor Argenis Rodríguez protagonizaron, antenoche, un fugaz, pero contundente combate de boxeo.

El suceso se registró en una sala de fiestas de la Florida durante un homenaje que se rendía al actor Rafael Briceño. Luben Petkoff y Argenis Rodríguez se han declarado públicamente su enemistad y se han atacado violentamente a través de escritos y comentarios difundidos en los medios de Comunicación Social. Pero, antenoche, se encontraron frente a frente y estalló el pleito.

Los testigos comentaron que Luben Petkoff pegó primero, a la mandíbula de Argenis Rodríguez y por ello obtuvo la mejor parte, porque cuando reaccionaba el escritor, intervinieron los «amigos comunes» y detuvieron la pelea, pese a las protestas de los contendientes, quienes, sin embargo, se prometían mutuamente «Knockouts» para la próxima vez que coincidan en algún lugar público.

10/12/1980



**SOBRE LA OBRA DE ARGENIS**



**Juicio de José Vicente Rangel  
sobre la obra de  
Argenis Rodríguez**

**Tocando Fondo**

**AGONÍA DE UN ESCRITOR<sup>22</sup>**

José Vicente Rangel

No soy crítico literario. Soy, tan sólo un ávido lector. Me interesa la literatura no sólo en función de un deleite personal, por la ingrátida satisfacción que comunica a quien tiene el hábito de la lectura, el encuentro con un buen libro. Me interesa por la vinculación que la literatura tiene con la sociedad. Ningún recurso más idóneo para interpretar una determinada situación histórica que apelar a la literatura de la época. El escritor capta mejor que nadie los sutiles factores que mueven la marcha de los tiempos y que condicionan al hombre. Su poder crítico, su capacidad para intuir, pueden definir con mayor acierto el drama y los desarrollos de una sociedad en crisis que los más acuciosos análisis políticos y económicos.

Estas consideraciones las hago con motivo de la lectura de la última novela de Argenis Rodríguez. "Gritando su Agonía", editada en España y circulando desde hace algunas semanas en el país. No he querido dejar pasar por alto esa lectura. Aún a sabiendas de que invado un terreno que no frecuento: el de la crítica lite-

raria. Pero no es crítica literaria la que pretendo hacer. Me coloco en el plan de simple lector. Y, además, de hombre comprometido con una ideología, dentro de una posición crítica, para quien la literatura representa un elemento de análisis más allá del compromiso.

Conozco a Argenis Rodríguez desde hace mucho tiempo. Ha sido siempre un hombre ganado por el demonio de la lectura, por la avidez del conocimiento y por la vocación de escribir. Como en pocos hombres se nota en Argenis Rodríguez esa pasión desatada por la creación. Por el infatigable esfuerzo de darle forma a cuanto observa, a cuanto capta, a cuanto está cerca de él, a cuanto ha vivido.

Argenis Rodríguez ha vivido multitud de experiencias. Ha conocido directamente sin interferencias, la pobreza. Se levantó a puro pulso. Fue dependiente de una librería y allí devoraba cuanto había en los estantes. Fue de los primeros en vivir la experiencia guerrillera. Dejó la guerrilla, estuvo preso, deambuló por Caracas y ciudades del interior. Produjo su primer libro, "Entre las Breñas": relatos directos, con la seguridad de quien ha estado implicado en la acción éticamente discutible, pero de un valor testimonial que se consolida con el transcurrir del tiempo.

Luego publicó "Donde los Ríos se Bifurcan" también sobre el drama de la lucha armada, la defección, el deterioro de una misma. Argenis Rodríguez conversa, visita redacciones de periódicos, se hace de amigos y enemigos, ingresa a la burocracia, viaja al extranjero y

aprovecha la oportunidad para ampliar el horizonte, para hacer nuevos contactos.

A su regreso a Venezuela “La Fiesta del Embajador”, una corta novela, mordaz de increíble atrevimiento contra el mundo de la consagración social y diplomática. No es, sin embargo, esta novela un acierto. Con relación a “Entre las Breñas” representa un retroceso. Transcurre un tiempo hasta que ahora aparece, edita en España, “Gritando su agonía”, novela que tenía escrita desde hace varios años, pero que los editores le exigían que maquillara.

Creo que Argenis Rodríguez ha logrado a través de esta última novela un poderoso afianzamiento. No ha escrito todavía una obra definitiva pero está próximo a hacerlo. A él no hay que exigirle trabajo, disciplina y estudio. Habría que pedirle tan solo que se libertara definitivamente de cierta inclinación por el chisme, por una maledicencia calculada que lejos de ser virtud de gran escritor lo hace incurrir en distracciones, lo gasta en un mundo de pequeñeces y le impide abordar la gran obra que por sus condiciones personales está en capacidad de realizar. “Gritando a su Agonía” tiene el acierto de revelar cuerdamente un cuadro de degradación y de grandeza a la vez de miserias y heroísmo, de la pequeñez cotidiana y de la proyección mística de una etapa resiente de la política nacional- novelada con habilidad magistral- que el lector entiende y comprende por encima de claves y de fabulaciones.

Es este el acierto como escritor de Argenis Rodríguez. Acierto que lo coloca en la primera línea de los narradores venezolanos.



**SOBRE EL FRACASO DE LA VIOLENCIA  
Y OTROS JUICIOS PARA LA HISTORIA CRÍ-  
TICA  
DE NUESTRA LITERATURA**



## Hemos Fracasado

Argenis Daza Guevara

RECONOCER el fracaso es un acto dramático para cualquier ser normal. En el caso de los escritores se trasciende la simpleza del estremecimiento y hay que hablar a niveles de categorías. No es que los escritores pertenezcan a una serie de biología superior: la diferencia radica en la perspectiva siempre posible de quitarle la carne a los huesos, de darle bofetadas a las apariencias y llegar a grados de entendimiento donde otros utilizan máscaras.

Un militar trata de justificar los fracasos. Un escritor reconoce que ha fracasado. la guerra puede ser ambivalente y administrativa, la literatura es sólo libertad, conciencia dentro de ella y valor para no encontrar otra salida. Cualquier reconocimiento - vale decir valentía - hecho en la Venezuela del permanente carnaval, siempre es tomado como un gesto de humor negro. Ni Juan Liscano ni Arnaldo Acosta Bello se han bañado dos veces en el mismo río, para cumplir el rito antiheráclito, no obstante, a semejanza de las vidas paralelas, descubren, tal vez demasiado tarde, que nuestra condición de escritores es una infamia.

Nunca he creído en los reconocimientos oficiales - o privados - como esencia calificativa de lo que se hace y lo que se deja de hacer. Las notas sobre nuestros libros siempre las entiendo bajo el signo de que los espíritus

superiores son generosos. Fuera de ello lo demás constituye la instancia más alta del engaño. Argenis Rodríguez algunas veces entiende al país, lo representa y asume en su minúscula dignidad. El desprecio, si se pretende vitalidad, debe alcanzar esos centímetros de burla. Si pensar en contrario ofrece una brecha para vulnerar el cuadro de asfixia que todos palpamos, debemos recurrir a los hechos, a no conciliar con nada ni con nadie. No podemos darnos el lujo de que uno de nuestros narradores más lúcidos dilapide minutos de vida programando actos culturales en instituciones universitarias, sobre todo donde la cultura no pasa de ser una extravagante noción sociológica. Nada más lejos de nosotros la idea de Timasheff, válida en cualquiera otra parte: «el clima intelectual de una sociedad lo forman las ideas que dan por sentadas y sabidas los intelectuales contemporáneos, los problemas comúnmente discutidos por ellos y los métodos de discusión». La excentricidad criolla reclama ambientes distintos y el paroxismo se alcanza por una insaciable pasión hípica, los divorcios de las actrices de televisión, las docenas de reinas feriales y el desparpajo de la conducta ética de nuestros boxeadores. Visto así el panorama, resulta difícil no compartir la desgracia de Liscano: Hemos fracasado.

Caracas: Viernes 1º de Febrero de 1974  
EL NACIONAL, Cuerpo C

## EL OJO DE LA AGUJA

### Un Recado para Argenis

Rafael Zárraga

No creo que estés acabado Argenis Rodríguez. Creo más bien que es ahora cuando comienzas a ser escritor. Que es justamente ahora cuando empieza tu vida para la literatura.

El derrotismo de tu último artículo no me parece el arma con la que has combatido siempre. En lugar de escritor pareces más bien uno de esos boxeadores sin guáramo que está deseando que sus segundos tiren la toalla para abandonar la pelea. ¿Por qué no te reconforta el saber que estás por encima de mucha gente y que eres el menos acabado y el menos frustrado de cuantos hacen política y literatura en este país? Tú mismo lo has dicho cuando hablas de ti y yo creo que no te has equivocado. La frustración aquí como en cualquier parte tiene patente de curso para tocar todas las esferas y todas las voluntades. Es por eso que igual se frustran los de arriba como los de abajo. Los últimos acontecimientos reflejan este concepto y ya ves que tú continúas donde mismo ¿entonces? El todo está en una lucha sin cuartel contra los amos de las mejores oportunidades y eso sólo se logra con una buena dosis de tabaco en la vejiga.

Fíjate en Jovito. Después del espaldarazo hace de Lázaro resurrecto y va tras la resurrección. Así en política como en literatura si a uno lo tumban pero le dejan la oportunidad de levantarse no será entonces para limpiarse el fondillo y quedarse esperando a que lo revuelquen de nuevo sino para volver a la carga con mejores

bríos. Por eso no entiendo tu cansancio. No va acorde con tu reciedumbre de otros días. Y si es que has perdido fuerzas para empuñar la lanza y la adarga te la han abollado a porrazo limpio ¿no crees acaso que es esa la debilidad que muchos están deseando? ¿Qué brincarían en una pata si la pringamoza de tu verbo la acallaras tú mismo con tus propias manos? No, mi estimado Argenis. Eso no me parece lógico. Creo más bien que es ahora cuando debes empuñar la vera y salir a darle verazos a quien pretenda quitarte el derecho a escribir. Fíjate en mí que no aparezco en ninguna antología de cuentos a pesar de los dos premios de este mismo diario y a pesar de tres libros publicados y otros sin publicar. No cuento aquí los periódicos y revistas porque ese es cuento aparte. Sin embargo yo sigo aquí en Cocorote trabajando mi literatura y ahora empeñado en hacerme bachiller porque hasta eso es importante en este país.

Dicho este recado, me gustaría asimismo ofrecerte los aires renovadores de este Yaracuy para que pasaras unos días. Así, casi estoy seguro, podrías regresar al cubil de ese monstruo donde habitas con las fuerzas necesarias para seguir la lucha. Y para seguir escribiendo, naturalmente.

14/07/1973

## Autenticidad Literaria

Antonio Márquez Salas

Ya hemos señalado en alguna oportunidad que no debe ser puros motivos de simpatía, el que una de las más sólidas figuras vivas de la Literatura Española actual, Camilo José Cela, el inolvidable autor de «La Familia de Pascual Duarte», esté sin reticencias apadrinando la obra literaria, aunque corta, indiscutiblemente significativa del escritor venezolano Argenis Rodríguez. En una separata de su famosa revista *Papeles de San Armandans* anterior, ya nos había entregado aquel cuadro no sólo documental expresivo y dramático sino lleno de una irredimible posición ante la vida y ante unos hechos que lo comprometían a él y que así mismo han comprometido el destino de las últimas generaciones. Me refiero a la famosa «Fiesta del Embajador» que tantos comentarios, ataques y mataduras produjo en Venezuela. Ahora nuevamente el director de los «Papeles de San Armadans» con fecha de febrero de 1970 publica una nueva separata que Argenis Rodríguez titula «Bajo los Cielos sin Tiempo». Se trata de una reiteración del escritor sobre un tema que según propia confesión apenas si ha comenzado a esbozar: el período casi místico de las guerrillas venezolanas. Realmente Argenis Rodríguez está acumulando los puntos fundamentales de lo que sin duda alguna tendrá que ser la más genuina de las novelas venezolanas sobre un tema que literariamente está felizmente reservado a unos pocos escogidos entre los cuales el escritor venezolano destaca sin duda alguna.

El tratamiento literario que Argenis Rodríguez comunica a hechos tan ardorosamente controvertidos constituye un fenómeno de creación novelística donde el hombre ya no es tangencialmente el eje de situaciones que puedan o no comprometerlo frente a su vida y ante el mundo, sino que el hombre es el eje mismo de toda la integridad de la trama y ya no se trata de un «tómalo o déjalo» sino de un riesgo advertido y asumido, de una entrada en un mundo que ha violado descaradamente las reglas del juego que el mismo se dio y por lo tanto el compromiso y el riesgo del escritor ya no se entienden como meros elementos anecdóticos o de relleno, sino que por responder a la única verdad que no admite posiciones dilemáticas: el riesgo del pellejo, constituye la más eminente aventura de nuestro tiempo. La literatura se ha resuelto en lo que algún escritor ya denominara «proceso al hombre», porque es el hombre lo que realmente en el mundo de hoy está profundamente cuestionado. Ya no se piensa en revisar la super-estructura de valores que informan la estela voluntaria o involuntaria, la huella ordenada o caótica, que el sujeto humano ha dejado sobre la tierra en la epopeya fundamental de la especie humana: la construcción y el restablecimiento de su historia; la revisión afecta al propio autor de ésta.

Todas estas implicaciones literarias colocan a Argenis Rodríguez en una posición expectante dentro de nuestro actual movimiento literario. La fascinante aventura que ha vivido con ojos de escritor, pero esencialmente con riñones de hombre, adquiere una materialización que en corto lapso le proporcionará a Venezuela uno de sus más vigorosos creadores literarios. No nos interesa que haya quienes opinen lo contrario ni que



se someta nuestro punto de vista a criterios mezquinos o subjetivos; nosotros entendemos que en Argenis Rodríguez se encuentra una de las más calificadas opciones que tiene la literatura venezolana. El 2 de abril de 1970 nos escribe Argenis Rodríguez desde Barcelona, España, lo siguiente: *«Ya llevó más de tres meses en este país tratando de editar dos o tres libros. Los dos primeros han debido aparecer en febrero, pero la censura los retiene aún. Son una nueva versión de «Entre las Breñas» y la novela larga «Gritando su Agonía». Me vine de allá abandonando todo: trabajo, familia, mujeres, hijos, etc. Todo por la literatura. Aquí, aunque solo y golpeado, trabajo como un condenado... Pero estoy medio loco con eso de la censura. No quiero que me corten mis libros.*

*Aquí todo el mundo acepta, pero yo no aceptaré. Prefiero que no salgan nunca... Yo no dejé a nadie allá que me ayude. Ahora estoy medio loco, pensando en viajar a Madrid a hablar yo mismo con la censura. Mis libros han sido anunciados y hay mucha gente que los espera. Yo vivo para esto. Ahora escribo un libro que no es novela ni nada. Son unas confesiones que paralizarán el cuerpo de quien las lea por la crudeza y verdad con que cuento. El libro de Armas Alfonso, «El Osario de Dios», no me gustó nada. Creo que Alfredo si no vuelve a su viejo camino, se perderá. La gente tiene que hacer las cosas porque crea en ellas. Bueno, aquí espero».*

Nosotros estamos al lado de Argenis Rodríguez que en cierto modo es estar al lado de los grandes vigilantes de este tiempo y, repetimos, consideramos cuestión de espera el obtener la certeza de que lo que hemos señalado no ha estado emponzoñado por los tentáculos de la gran simulación, o de la grotesca mentira, que forman parte de la literatura de nuestro días. Argenis se salva-

rá porque su escala es la misma de los verdaderos creadores: el dolor, la negación y la lucha.

11/05/1970

Últimas Noticias

## LAS MEMORIAS DE ARGENIS RODRÍGUEZ

Angel Lombardi

Fue una auténtica revelación la lectura de este libro de la Editorial Fuentes. Del autor conocíamos algo, especialmente sus artículos de El Nacional a través de los cuales percibimos resonancias de autores: Nietzsche y Schopenhauer, Unamuno y Papini, particularmente significativos en nuestra adolescencia; autores iconoclastas y desmistificadores por excelencia, autores «contra esto y aquello», caros a toda experiencia juvenil de lucha y afirmación.

De Argenis Rodríguez nos gustó su cultivo consciente del escándalo, el ir contra corriente en un país en donde hasta los llamados contestatarios forman parte del sistema.

Nos gustó de él su valentía desenmascaradora de tanta hipocresía y tanta mediocridad; ha hecho un arma de su condición de escritor, sin teorizar sobre otras armas que sabe que nunca vocacionalmente estará impulsado a empuñar, aunque alguna vez lo intentara.

Toda su fe, existencialmente sentida, dramáticamente vivida se resume en estas afirmaciones «un escritor debe ser sincero hasta más no poder. Si ha de echarse enemigos, que se los eche. Si ha de quedarse solo, que se quede. Si ha de morir de hambre por lo que escribe, ha de morir de hambre. He pensado que un escritor no debe traficar con sus ideas. Y las ideas de un escritor son muchas y variadas, pero hay una que priva sobre todas las demás: la sinceridad consigo mismo».

Creo que estas afirmaciones son válidas en cualquier época y lugar pero sobre todo entre nosotros en donde muchos escritores se alimentan de prejuicios e incultura, viven de poses y «esnobismo» se agrupan en capitallas de autoinciensarios.

En todo el libro hay un referencia permanente y reiterada a este tipo de escritor, al cual el autor conoce bien, tanto que él mismo viene de allí: «hubo un tiempo en que yo pensé en que el escribir servía para todo. Eso fue un error de mi parte y llevado por ese error quise conseguir puestos, prebendas, glorias falsas, notoriedad. Afortunadamente reaccioné y me salvé. Y hoy no busco nada de eso».

Sería interesante en Venezuela hacer un inventario de los traficantes de la cultura, tantos y tantos «Incibizados» o aspirantes a serlo en instituciones y organismos afines. En este sentido Argenis Rodríguez es una lección (por lo menos hasta hoy); no solamente vive su obra en la soledad del desterrado, anímica y socialmente sino en la actitud desafiante del que no enajena su opinión. En ello hay todo un programa de valentía moral que entre nosotros se practica poco. ¡Cuántos escritores conocemos que denuncian el mal ajeno pero callan ante el propio, enajenados por el grupo, partido o bandera!

Se propician actitudes críticas pero se renuncia a ellas cuando nuestros intereses son afectados. La moral burguesa, la hipocresía ha calado muy hondo en nuestras conciencias.

Las «Memorias» son visceralmente críticas y destructivas pero también son tremendamente positivas, irrumpen contra «tabúes» y «vacas sagradas» y proponen como alternativa todo un programa de sabi-

duría permanente volviendo al viejo principio socrático del «conócete a ti mismo». «No ceso de interrogarme sobre mí, sobre mi vida y lo que he sido, es o será a mi paso por la tierra». Introspección suicida, hecha del anadamiento y autoaniquilación «pues, en principio creo que no soy nadie y que no valgo nada, que no he servido para nada y que soy una nulidad y que tampoco nada he hecho». Todo lo cual paradójicamente lo conduce a la plenitud de su condición humana, de hombre de aquí y ahora «hoy busco lo que todo hombre que se aprecie debe buscar: su soledad para trabajar en lo que siente y en lo que piensa; su tiempo para dedicarlo única y exclusivamente a trabajar en lo que siente y piensa y su sinceridad consigo mismo para que todo lo que sienta y piense sea bien expresado».

El resto del libro es accesorio o complementario a estos principios. Es una novela, autobiografía, memoria y ensayo; bien expresada, se apodera de nuestra atención hasta la última página.

No creo que los editores se hayan equivocado al afirmar la unicidad e importancia de este libro en la historia de la Literatura Venezolana.

## El curare y la flecha Argenis y el Escándalo

Francisco Salazar-Martínez

ARGENIS Rodríguez surge en la literatura venezolana con su novela «El Tumulto», publicada con quien no quiere - ¡miento! -, sí quiere la cosa, allá por mil novecientos sesenta o sesenta y uno, si mal no recordamos. El tema despertó el escándalo ¡Traidor! ¡Traidor! Argenis anduvo por Chile y continuó escribiendo. Allá publicó hacia el sesenta y dos, «Sin cielo y otro relatos». El tema guerrillero hizo que los ataques se renovaran. ¡Traidor! ¡Traidor! Argenis regresó a la patria, siguió manejando la pluma como un estilete y hacia el sesenta y cuatro el público pudo leer una nueva obra, esta vez con el título de «Entre las Breñas». Se volvió a armar el escándalo. Yo fui testigo de una inesperada agresión que el ex guerrillero soportó a pie firme, sin abrir la boca, sin mover un brazo, mirando fijo y de frente al enemigo de excesiva verborrea ineficaz, ducho en mandar a otros a la montaña, pero experto en no haber jamás olido el monte. La actitud de Argenis en aquel momento fue un triunfo moral. De muchas partes salían entonces los ataques arteros, el escupitajo asqueroso, la frasecita rencorosa e irónica, elaborada en grupo por los folklóricos guerrilleros de cervecerías y snobistas lectores de Marx... cuse. Pero ¿qué planteaba Argenis en sus obras? Sencillamente, el fracaso de una aventura en que se metieron, o fueron metidos, muchos jóvenes venezolanos.

Argenis caminaba por aquí, por allá, escribía artículos, crónicas, daba puñetazos, otras veces los recibía, hasta que cierto día se marchó a Europa. Allí pasó unos

cuantos meses, leyó mucho y bien, aprendió idiomas, recorrió países y, una noche de hambre, como han sido muchas de las suyas, se sentó a escribir. Produjo un novelín que Camilo José Cela recogió en una separata de su leída revista Cuadernos de Son Armadans. Su título: «La Fiesta del Embajador». El escándalo, esta vez por otros motivos, derramó el vaso. Comenzaron las murmuraciones de trastienda y los secretos en la oreja: «- ¿Leíste la nueva novela de Argenis? Allí aparece Fulano y Zutano y Perencejo». Los del grupito de siempre, adversario del escritor, trataron de poner sordina al éxito de Argenis. O, mejor dicho, de su libro. Un buen libro, indudablemente, más por lo que sugiere que por lo que dice. El autor tuvo en sus manos material para escribir una gran novela, pero lamentablemente hubo precipitación en el desarrollo y así nació un magnífico reportaje novelado. En fin.

Pues bien, el escritor se pasó un largo tiempo en Caracas, quizá para observar de cerca la reacción de los personajes de su última obra. Unos se hicieron los indiferentes, otros lo amenazaron y el de menos figuración en el libro le lanzó un puñetazo, quizá porque Argenis no lo puso de protagonista principal. Asó, paseando de aquí para allá, le entró nuevamente comezón en los pies y repitió el viaje a Europa. Anda ahora por España, de donde nos llega en otra separata de los Cuadernos de Cela, un novelín con el título «Bajo los cielos sin tiempo». ¿El tema? las guerrillas.

Creo que esta vez no habrá escándalo.

19/05/1970

## C. Milosz habla de Argenis

por Héctor Pedreañez Trejo

Unas cuantas palabras de Czeslaw Milosz, Premio Nobel en 1980, me han hecho considerar, reflexivamente, en estos días consternados, la interesante pose literaria del escritor fatalista nuestro, Argenis Rodríguez. Hasta este punto, yo, que siempre tuve a éste como un escritor único en su especie, con el innegable y siempre confeso impacto alienante de toda la caterva de poetas malditos y escritores del mal vivir, alcohólicos y potenciales suicidas, comprendo ahora cómo casi toda la producción literaria de Argenis atiende a esa suerte de contagio del «virus cosmopolitae», de ese «non rarus morbus», que como en el siglo pasado el «mal del siglo», deprimió, consumió y borró del mundo de los vivos, en la flor de sus vidas, a un sinnúmero de talentosos intelectuales de Europa y de América.

Dice Milosz (en: **Otra Europa**, p. 13), parafraseando un aforismo de Ambrose Bierce, según el cual las «memorias» son «parte de nuestra vida que podemos contar sin ruborizarnos»; que, por consiguiente, «la sinceridad completa es imposible», y que, «incluso si los autores, como ocurre en nuestra época (ojo), gustan de encarnizarse en sí mismos y, por temor a mentir, acentúan sus faltas y sus locuras, podemos estar seguros de que una forma de censura funcione aún en ellos y que nunca alcanzarán su propio fondo».

Algo de eso podría aplicarse a la vida y obra de Argenis Rodríguez. Aunque, contradiciendo esa afirmación y exhibiéndose como modelo imposible de emular, nuestro agresivo escritor vapuleado, en cierto modo



demuestra desdén, si no menosprecio, por las humillaciones que pudiera sufrir a causa de su pose y de parte de sus gratuitos y, a veces, justos adversarios - no los de sus novelas y artículos, sino los de su propia existencia -, y como mecanismo catártico y de venganza cuenta así minuciosos detalles íntimos de su contexto social y político: su abandono, sus miserias, sus cavilaciones, su grito de protesta contra esta sociedad superpoblada de reptiles, insectos y microbios, y también de águilas caudales - por lo de alto vuelo o por lo de su particular especie, etc., etc. - en la cual por la crasa injusticia de la fatalidad le tocó nacer.

A Argenis no se le puede quitar que es un escritor auténtico. Reconózcalo o no sus émulos, liliputienses o de los **houyhnhnms**, él es un narrador, un novelista, un cuentista, digno de mejor destino, diferente a éste al cual lo va llevando la adversidad, el fatalismo, si no su propia beligerancia y tozudez y la saña de sus enemigos.

Por lo pronto se nos aparece como sumido en un profundo pozo de vapores volátiles, así como en un «barco ebrio», consternado aunque consciente de su rumbo, tal como consignaba André Gide en referencias a Arthur Rimbaud: el alma, convaleciente de sus personales heridas y de las contusiones provocadas por el bamboleo dentro de la masa social, al rozar con los egoísmos, las envidias, el marginamiento, las fealdades y horrores en que el prójimo la sume, tiende a deambular solitaria, incomprensible, desamparada, ahogándose en la impotencia de clamar como un niño, en la sal de su propio llanto interior y - como por necesidad de la catarsis - así, queriendo o requiriendo deliberadamente el mal, y el desahogo en el resto de la sociedad, porque,

como bien dice el refrán, «mal de muchos, consuelo de tontos».

Lejos estaría Milosz de suponer que sus palabras, justificadoras de un excelente libro, pudieran llegar a ser tan osadamente usadas por algún aprendiz de crítico venezolano, como quien esto escribe.

## **Una bala que nos pasó cerca**

Salvador Garmendia

Nunca hubiera escrito estas líneas en vida de Argenis Rodríguez. Sé que él las hubiera apartado de sí con un gesto entre negligente y aburrido como si alejara de su presencia un trago que no había pedido. Este llanero atravesado, que nunca dejó de ser un muchacho, aunque se esforzara en ocultarlo, jamás esperó alabanza como no vinieran de sí mismo. En ese sentido, rechazó toda continencia y todo encubrimiento. Soy el mejor, decía simplemente como si proclamara, estoy vivo. Había confeccionado con hilos de su propia vida un personaje literario, que lo precedía en todas partes y llegó a ser, día por día, el mejor de sus ejercicios narrativos; una creación corporal pura, transparente, sin alma (porque el alma es egoísta, feroz, autoritaria), semejante al monstruo de Mary Shiller, que causaba horror a todo el mundo, aunque carecía del impulso instintivo necesario para causar daño a los demás. Ese autómatas hoffmaniano, era un ególatra insaciable que se celebraba a sí mismo a cada minuto del día, sin abandonar una sonrisa ingenua de recién llegado.

Con excepción de ese esclavo perseverante que hablaba por él, Argenis no dispuso de ninguna otra fuente de halagos, que mitigara en parte

esa infinita sed de vanidad que atormenta al escritor y al artista, a su paso por entre los demás. Soy el mejor volvía a decir. Soy el mejor escritor de Venezuela, repetía sin muestras de altivez, sin arrugar el ceño, sonriendo incautamente y si dejar de mirar el movimiento de sus labios en el espejo de la mente, sólo para ver cómo quedaba después de decirlo. Los presentes sentían subir el rubor a sus caras; pero era el rubor de la ira; porque internamente cada uno replicaba con indignación; “¡No! ¡El mejor soy yo!

Pero Argenis tenía razón. Él era el mejor. ¿Cómo podía dudarlo, así fuera un instante, y seguir vivo? Nada podía suplantarnos en ese minuto total en que nos interrogábamos sobre nosotros mismos. Somos únicos en “nuestra” especie y cada segundo de vida que se interna en el tiempo, resuena como la única certificación de que algo existe.

Tal vez este sea uno de los pocos artículos que aparezcan después de su muerte, para hablar de un genio y su bondad; porque ambos atributos los desperdigo, sin mirar hacia atrás, en ese pedazo de sabana asoleada de la que nunca termino de salir, aún después de su transitar por bares y pensiones, durante una buena parte de su vida caraqueña, lo mismo que en sus andanzas esporádicas por ciudades de Europa y América.

La primera vez que lo vi fue en la librería

Pensamiento Vivo del Centro Simón Bolívar, tal vez en las alturas de los cincuenta. En el pequeño local atestado de libros sobresalió de pronto una figura larguirucha, un tanto quevediana, dibujada a pluma, sobre un modelo de timidez puebleriana que hablaba por sí sola. Pregunté, arrugando la cara y José Rivas Rivas, esperó a que el fuereño volviera la espalda para comunicarme, apantallándose con la mano, “llegó de Santa María de Ipire, del Guárico, pero todavía no habla”. Después, lo seguí viendo ir y venir por el medio de las tertulias intelectuales subversivas, que hicieron famoso a aquel local, especialmente por la calidad de sus participantes. Antonio Estévez, Aquiles Naoza, Jesús Sanoja Hernández o Ramoncito Velásquez tumbaban todos los días el gobierno y se marchaban al caer la tarde, esperando encontrarlo de pie al día siguiente, para volverlo hacer.

Pronto le empezábamos a llamar el llanero, en tiempos en que el lugar de nacimiento se llevaba como una medalla en el pecho y se le defendía de agresiones verbales, caballerescamente, a puño limpio y en mitad de la calle. Supimos que dormía detrás de las armaduras, en una covacha que servía de trastienda y almacén. Allí no había un libro más. Argenis se los leyó casi todos. Pero no todos, en propiedad, por haber pasado demasiado tiempo descifrando el Ulises de Joyce. Era el tomo de Santiago Rueda Editor, Buenos Aires (1957), según la traducción histórica de J. Salas Subirat. Ninguno de nosotros lo tenía debíamos resignarnos a recurrir una y otra vez a la Biblioteca Circulante de La Nacional. ¡El maldito valía veinte bolí-

vares!.

Cuando Argenis comenzó a escribir, aprisa y en las hojas de un cuaderno a rayas, lo hizo con la falta de modales, el desparpajo lexical, la inclasificable sintaxis y el desdén arrogante por el uso del tiempo y demás previsiones formales, con que aquel libro de horas blasfemos, feroz, irreverente, le había encendido las ideas noche a noche. Es escritura exasperada, erudita, fantástica y demencial se convirtió en su religión secreta. Como diabólico saltamontes joceano quería saltar en una misma línea del lecho conyugal al burdel, de la soledad más oscura a la claridad indecente y maltrecha de las calles.

Pero imaginarlo, releyendo en alta voz, cien veces seguida, y por último ya a ojos cerrados, como si repitiera obsesivamente una lección que se niega a revelar su sentido; párrafos que se abren la cremallera durante cualquiera de las frecuentes erecciones de Bloom: “Una erección próxima; una solícita aversión; una gradual elevación; un tanteo revelador; una silenciosa contemplación”. Y luego “Besó los redondeados sazonados amelonados cachetes de sus nalgas, deteniéndose en cada redondeado melonoso hemisferio, en su blanco surco profundo con una oscura prolongada provocativa melomeloneante osculación”.

Pensaba que no había otra manera de escribir, puesto que el objetivo inmediato consistía en derribar unas paredes carcomidas y echar afuera los trapos de una literatura enferma de falsa realidad, a la que sólo le preocupaba taparse las

vergüenzas. Entonces, dejó ir la mano por las líneas de plana escolar del cuaderno, permitiendo que los órganos de los sentidos se abrieran simultáneamente sobre la vida en movimiento, dando y recibiendo, volviendo la piel al revés en el aire caliente. Era tan bien una manera de patear la superficie acartonada de un país en dictadura; dictadura de muñecos de yeso con galones, falsaria y criminal.

Cuando esa primera novela estuvo terminada, Adriano González León llevó el manuscrito a una reunión del grupo Sardió y la presentó a todos como literatura del insólito, escapada de toda disciplina y toda previsión estética. Esto, gritaba Adriano entre aprobatorios ataques de tos, tal como está, en medio del desorden y la imprudencia del lenguaje; contiene mayor audacia y vigor narrativos que carretadas de literatura “bien escritas”, conformista y respetuosa de las formas, como si la escritura debiera competir en un torneo de buenos modales (Más tarde, Argenis descargó sobre el conductor de su generación, lo más pesado de una artillería de epítetos injuriosos, tan injustos como arbitrarios. Era matar al padre como ocurre siempre y errará el blanco una vez más, porque los proyectiles eran de mentiras).

Estas fueron las primeras líneas de la novela, que voy a citar de memoria debido a que la obra desapareció sin haber sido a la imprenta: “Se abrió la puerta de la librería y entró el profesor Alexis Márquez Rodríguez:

- ¿Aquí venden libros?

- No – contestó Tablante Garrido - ¡Aquí lo que hay es cuca!”.

Pasaron unos cuantos años. Argenis publicó su primera novela *Entre Las Breñas*, secuela de una breve experiencia guerrillera, con la cual dejó instalado el género testimonial de los años sesenta. Al libro le salieron más enemigos que partidarios. Los fundamentalistas miméticos de la guerrilla, le aplicaron el anatema. Mientras, cierta derecha intelectual arrogante de esos años, pretendió echarle garra con intenciones no precisamente benévolas. No pasó mucho tiempo sin que se apartaran de él horrorizados. El llanero había vuelto de Europa con sus alpargatas y sus malos modales y ya no le quisieron a su lado.

Después de mucho tiempo, cuando ya el guariqueño había publicado no poco de sus veinticinco libros, tropecé ocasionalmente con él a las puertas de Pro Venezuela. Era uno de esos lugares donde uno volvía a aparecer una que otra vez, sin saber muy bien qué hacía allí.

- Argenis, le dije, pusiste en un libro que yo era “un mal polvo”. No te voy a preguntar por qué lo hiciste, pero me interesa saber cómo lo averiguaste.

- No te olvides que yo casi te quité una novia que tu tenias en Las Delicias de Sabana Grande

- En ese caso, admito que tus fuentes son confiables. Pero, ¿por qué tuviste que decirlo?

- Porque yo te tengo envidia, Salvador.

Me aparté de allí, pensando que no era posi-



ble encontrar la raya que separaba la literatura de Argenis de la simple verdad. Una vez más se comportaba como lo hubiera hecho cualquiera de sus personajes, en esa realidad suya que tenía un atroz, aterrador parecido con cualquier cosa que se nos atravesara por ahí.

***Por eso, la muerte de Argenis es una bala que nos pasó cerca. Casi sentimos el ardor en la piel y es como si él hubiera muerto por nosotros, por evitarnos el mal rato. Los escritores de aquel tiempo no usábamos levita ni mirábamos por encima de las cejas. Amábamos la picaresca española y queríamos ser como sus personajes y jugárnoslo todo en una partida de turno, pactada entre la mugre y la obscuridad de un callejón. Fuimos desobedientes, pero sumisos a los pequeños deberes cotidianos. Ilusos, crédulos, fáciles de engañar y como en su estremecedor relato, “Resolana”, nos faltó confesarnos frente a nuestra pequeña e indefensa realidad, con las palabras ingenuas de Margot: “El amor, como en cine o en la televisión tenía que ser dulce. Suave, recíproco. Tú me quieres y yo te quiero”.***

## **Sin Mas Patria Que Los Libros**

Adolfo Rodríguez

No pertenecemos a ninguna etnia, ningún territorio, ninguna heredad, nada que no fuese movedido. Él era consciente de esa condición o la intuía, que en su caso, ese destino familiar pareció exacerbarse con él. Cuando los viejos contrajeron matrimonio, mi padre había perdido ya la posibilidad de todo arraigo con la tierra que poseían sus mayores. Mientras que mi madre venía de cierta intemperie dejada en el Llano por un presunto médico de Bogotá, cuyas posturas y las de sus descendientes, creía yo emparentadas con Simón Rodríguez. Mi abuelo Manuel Rodríguez Torrealba deambuló casi toda la región con una farmacia auestas, instrumentos de auscultar y de cirugía y periódicos que olvidaba debajo de los colchones. Estuvo aposentado en tantos sitios y nunca supimos en cuál de ellos nació. Rechazaba por igual la riqueza como el sedentarismo. Carencias que obligaron a mis hermanos mayores - Alirio y Argenis - a marcharse desde la niñez con los abuelos y los tíos maternos, hacia Las Mercedes, Calabozo, El Rastro y San Juan, hasta que el detonante de un hermano menor muerto, clausuró la sastrería de mi madre, la talabartería del viejo, enloqueció éste y pronto estuvimos cruzando una larga carretera de granzón, entre un polvo que cubría ramajes hirsutos, frente a pueblos fervorizados por el maná petrolero, que lo removía todo. Nos instalamos en un antiguo pueblo de criadores de reses, convertido en campamento minero, entre ventas de aguar-

diente y sexo, obreros uniformados con sus ropas manchadas, calles empegostadas de brea, bueno todo para los saberes de los dos viejos, que establecieron, además, una pensión, con diez o más cuartos alrededor del patio, para alojar aquellas fugaces alegrías. Argenis deambulaba todo el tiempo, jamás lo vi en escuelas ni con útiles escolares, aunque sí con revistas norteamericanas y cupones que le devolvieron un curso de dibujo y otro de cine. Le gustaban las películas y era un mago con las barajas, el dominó, los dados, el billar y las bolas criollas. Practicó el boxeo, jugó a Tarzán y creo que vaqueros.

Pero no siempre estuvo allí en los siete que residimos en Las Mercedes. Andaba por Calabozo, Palenque o San Juan, donde nos encontramos en 1952, ingresé al primer año y fue expulsado del segundo y aunque algunos le ofrecieron protestar, siento que prefirió irse a Caracas, donde comenzó su carrera de escritor, luego de haber sido caricaturista en el liceo y dibujante en todas partes.

Con mi madre en San Juan, habitamos, con ocho hermanos y tres criadas, durante cuatro años, once casas, todas alquiladas, sobreviviendo con unos frijoles que enviaba mi padre y un litro de leche diario donado por el tío Francisco para la abuela. Estudiando cuarto año, aunque reputado como un modelo, comandé una huelga, fui expulsado y me uní con Argenis en Caracas en 1957. Se alborozó un poco, pero me reiteró que consiguiese un título y me hiciera profesor. Lo que él detestaba. Todo por los viejos y el poco de hermanos. Me ayudó

como pudo. Y en el trabajito que él mismo me había conseguido fue a despedirse porque se marchaba a las guerrillas. Siempre estuvo rindiéndome cuentas por mi fama de formal y disciplinado. Y esta vez nos unía el comunismo. Juntos intentamos fundar un foco armado en Los Llanos, ajeno al partido cayó prisionero y logró que lo sacaran al exterior. Chile, España, París, Bruselas. Un proyecto de vida que lo identificó tan visceralmente con Hemingway, que creyó morir a la misma edad de él y fue así. Me resistí a creerlo. Pero mucho de su trayectoria pertenece a un mito intransferible, que forma parte de la historia de su país y de la literatura universal, que conocía como nadie. Recriminaba haber nacido, por lo cual se sentía acreedor del máximo hedonismo. Estuvo casado cuatro veces y se amancebó tantas como lo cuenta en sus escritos. Ultimamente con su esposa Mely, con quien disfrutó instantes de esa estabilidad huidiza que lo acosaba, porque funcionaria de cierta empresa, iba de Maracay a La Pascua, de aquí a Santa Teresa y otra vez Maracay, reproduciendo en parte, ese síndrome familiar que se nos aposentó en la sangre. Mi hogar, edificado a punta de desvelos por mi esposa Clara, descendiente de vegueros de Zaraza, fue como un oasis para Argenis. Aquí venía a rumiar los mil y uno percances de sus andares privados y públicos y se enchinchorraba a escribir, a leer, a quejarse y a gritar el modo en que había asumido la soledad con que nos marcaron. Que cada amanecer disipaba con un traguito de café que yo colaba, caminatas hasta el centro, mucha política y sobretodo literatura, sin que nunca faltara esa cotidianidad

que proclamaba atraerlo como única razón de su leer y escribir. Una red de sinsabores, que por lo general toreaba con una naturalidad, que dejó encantado a quienes lo conocían. Difícil era imaginar para el cerebro más inquieto del siglo, una losa común, un velatorio escénico, ceremoniales impersonales para quien había habitado con toda la fuerza de su cuerpo y de su alma, las mejores páginas de la literatura.

COLOFON: Escribí esto el domingo 12 de marzo, para apaciguar el sufrimiento dejado por esta marcha de Argenis, pensando que una trayectoria tan fogosa como la que se trazó con su implacable mitología personal, alimentada por el destino familiar y cierta escalada nacional hacia quien sabe qué abismo, fue impregnada por esa frase que coló en una de sus últimas cartas: «sin salida». Teníamos más de cuarenta años desviando ese proyectil de su mira. El destino nos ganó el lunes 6 con su carta marcada.

## **Argenis, el último maldito**

*Las cuartillas viscerales, zafias y lacerantes de Argenis Rodríguez conforman una extensa obra que desdice, con brutal honestidad, lo que el establecimiento intelectual del país mantiene sobre el pedestal. A la sombra de éste, el escritor siempre quiso vivir. Y morir. Su reciente suicidio deja un último resabio irreverente, lo mismo que las páginas por publicar que dejó.* **José Roberto Duque.**

Su hermano Adolfo me informó, con una voz a medio camino entre el cansancio y la resignación, que su última mujer lo encontró muerto en la mitad de una laguna púrpura. Tenía en la muñeca izquierda una venda enrollada, una triste venda que no logró detener la fuente en que se convirtieron sus venas cortadas. No era un novato en esas faenas: en 1992 había realizado su primer intento serio al respecto. En ese justo lugar donde el brazo se une con la mano tenía una cicatriz nítida y rectilínea, casi gillette. Hace muchos años solía proclamar entre amigos – todavía tenía algunos – que a los 40 años iba a quitarse la vida colgándose de una soga. Al final optó por tasajearse las venas, y no a los 40 años sino a los 64 años: eso es ser un hombre de palabra.

En aquel tiempo, cuando la cultura oficial le negaba un puesto entre los escritores reconocidos, ya resultaba imposible apartar la mirada de este caballero: cómo se puede obviar la presencia de alguien que apenas da la mano, saluda y se presenta como el mejor escritor nacido en esta tierra (“Gallegos y yo somos las mejores plumas que ha dado este país”, dijo y escribió hasta la saciedad), y acto seguido procede a dar un informe que puede ser un acto de fe pero que sueña a autoflagelación: “Yo nunca he tenido nada, siempre he vivido de las mujeres”. Para después intentar reivindicarse con un súbito agregado: “Quiere decir que ninguna se ha acostado conmigo por plata sino por amor, y eso es algo que no pueden decir muchos hombres”.

Provocador de oficio y campeón en las artes de la natación a contracorriente, cuando la izquierda se negaba a otorgarle la condición de revolucionario y le endosó la de traidor (Entre las Breñas, la única obra suya que la intelectualidad miró con algo de simpatía, fue interpretada como una crítica devastadora y una afrenta a los comandantes guerrilleros), ripostó con un libelo fulminante cuyo título no insinuaba: vomitaba. A la hora de elaborar la lista top de los polemistas, Escrito Con Odio estará situada entre las más rotundas, al lado de lo más corrosivo que haya escrito Vargas Vila y Rufino Blanco Fombona. Justo cuando apareció el libro, el Instituto de Cultura y Bellas Artes – Inciba - le otorgó una beca y con ese único recurso se marchó a París, para dedicarse, según el testimonio del propio Argenis, “a leer, escribir y putear”.

Parece que además del odio sobrevivía en él otras pasiones, pero por sobre todas las cosas se salvarán de olvido sus crueles e indecentes dardos en contra de toda la izquierda, y luego en contra de las personalidades más conocidas del país, desde Douglas Bravo hasta Adriano González León, desde Caupolicán Ovalles hasta Carlos Andrés Pérez, y un amplio abanico en el que figuran Teodoro Petkoff, Marianella Salazar, Lucila Palacios, Pompeyo Márquez, Denzil Romero.

### **Números a rabiár**

Pero a veces la obra de los humanos tiene que medirse con algo más que impresiones emocionadas, y para eso están las cifras. Si ésta fuera medida definitiva del valor de un escritor habría que otorgarle a Argenis Rodríguez la cuota de inmortalidad que reclamaba: En 1969, cuando la editorial Fuentes editó la *Fiesta de Embajador*, se supo que entonces el joven ex guerrillero tenía escrito ya un pedazo de su diario o memorias, las cuales integraban en esa fecha un volu-

men que llegaba a cinco mil cuartillas. En 1999 numeritos más definitivos: 38 libros publicados, 23 inéditos, un libro más en preparación. Alguna vez, luego de leer el manuscrito inédito de *Escrito con odio, parte 2* –un aparato de 90 cuartillas escritas en maquina portátil -, se me ocurrió sugerirle que le agregara unas páginas para actualizar unas referencias y componer un volumen más extenso. Cinco días después volvió a visitarme: traía un apéndice que le sumaba 33 páginas al original. En el mismo encuentro anunció que ya estaba en camino su próxima novela, la cual trajo acompañada, un mes más tarde, con dos trabajos extra; en total tengo en mi poder cuatro inéditos: *El asesinato del presidente; De asesinos, lesbianas, prostitutas y barraganas (novelas de buenas costumbres); La toma de posesión del presidente Chávez y el secuestro del ingeniero Nagen; y Escrito con odio parte 2*.

Luego en los primeros días de enero, anunció en su columna del diario La Razón que acababa de terminar una novela sobre la tragedia de Vargas. Después que tenía dos obras de teatro escritas, a la orden de quien quisiera montarlas. Que sumen otros; de momento habrá que contentarse con saber por qué se burlaban de quienes decían que era un vago, y que en lugar de trabajar bebía.

En otras entregas sucesivas de su espacio en La Razón, entre enero y marzo de este año, regresó a su vieja costumbre de anunciar, directamente o por medio de señales desesperadas, que estaba dispuesto a quitarse la vida. Habló abundantemente de Hemingway, de Ramos Sucre, del final grandioso que merece los grandes hombres. Hasta que al final le tocó el turno y lo aprovechó, tocado como estaba por la soledad de los bares de San Juan de los Moros, olvidado por amigos y quereres, castigado por su oficio de hombre insoportable que a los 64 años no ha comprendido que no se



puede andar por la vida en pelea en pelea. “Nunca dejó de ser un muchacho”, ha sido el juicio de Salvador Garmendia; y muchacho dice el proverbio malandro, no es gente.

A Argenis Rodríguez se le negará para siempre la entrada en ese Olimpo al que aspiraba: ese donde pernoctan Hemingway, Dostoievski, Balzac, Kafka. Pero no se hagan ilusiones. No por ser el triste mortal que todos sabemos va a quedar reducido a la condición de sujeto fácilmente olvidado.

### **El último artículo de Junio Pérez Blasini**

La muerte de Argenis le causó una impresión tan terrible a Pérez Blasini, su gran amigo, que algo debió tener también con repentino fallecimiento. Es verdad que Junio venía enfermo y recientemente había sido operado. A los cuatro días de fallecer Argenis se nos fue Junio. En su última columna “De Caracas” estampó: Escribir sobre los amigos que mueren de manera inesperada siempre me ha producido malestar. La trágica desaparición de Argenis Rodríguez el pasado lunes de Carnaval no sólo dejó consternación en mi espíritu sino que toda La Razón tuvo que colgar el crespón negro de luto y la imaginaria corona del símbolo de duelo. Vida tormentosa la de Argenis, pero también saturada de talento. Las últimas veces que conversamos en el periódico o fuera de él, sus estados depresivos eran contagiantes. Se le veía la muerte en el alma, en sus palabras, en el desprecio a su existencia. Era difícil adivinar cuál era su límite entre vivir o morir, y cuando menos lo esperábamos, un lunes de Carnaval, como un “Orfeo Negro”, Argenis Rodríguez soltó las amarras con el mundo terrenal para ir directo a la posteridad; y digo esto sin exagerar, porque su obra literaria recargada de vivencias, las mayorías muy duras pero no menos ciertas, deberá ser estudiada con amplitud y seriedad por aquellos que hurgan en la literatura con el bisturí del análisis imparcial y objetivo. Para mí, y para muchos otros, la obra escrita de Argenis fue brillante en su concepción primaria y merece un

capítulo aparte en la historia de Venezuela de los años sesenta, los años más tormentosos de la segunda mitad del siglo veinte. Argenis Rodríguez fue un gran amigo, un talentoso ser mortal, un escritor de vanguardia y sin miedo. Un gran venezolano que tuvo enemigos a granel pero que nunca escondió el bulto ante el peligro y las amenazas. Paz a los restos de Argenis Rodríguez y mi palabra de condolencia para sus seres queridos, especialmente para las mujeres que le amaron...

## PIE DE PÁGINAS

<sup>1</sup> Todos los apartes que se colocan en esta edición del libro "Escrito con Odio", tomados del Diario inédito de Argenis Rodríguez, se encuentran, claro, sin corregir ni retocar por el autor. No tuvo tiempo.

<sup>2</sup> Se encuentra en una edición de Publicaciones Seleven, prologado por Pedro Berroeta. En este libro menciona en varias ocasiones a Argenis, pero con una equivocada percepción. Lo llama historiador, y Argenis nunca pretendió ser historiador. Un grave problema en Venezuela es que no se sabe lo que es un novelista, un narrador. No lo saben ni los que escriben libros ni los que dictan clases en la Facultades de Humanidades de nuestras universidades. Este libro de Clara Posani es un importante documento para aquellos que deseen investigar sobre la violencia de los años sesenta en nuestro país. (N. del E.).

\* Este libro, en la década de los setenta, llegó a tener más de cinco ediciones, cada una de más de cinco mil ejemplares. Aquí sólo presentaremos un extracto de lo que tiene que ver con el tema que nos ocupa

<sup>3</sup> En 1999, Argenis ya tenían un concepto distinto de Américo Martín. Se preguntaba: "¿tanto marxismo estudió Américo para terminar de lacayo de los adecos, de los copeyanos y del MAS, partidos que lo regañan? Lo que hace el Américo es obedecer, agachar la cabeza, decirle que sí al que le engrase la mano".

<sup>4</sup> Caupolicán Ovalles escribió un burdo y adulante libro sobre Carlos Andrés Pérez, titulado "Usted me debe esa cárcel. Conversaciones en la Ahumada"<sup>4</sup>. Ahí

nos enteramos que Caupolicán Ovalles fue de los intelectuales que el 4 de febrero de 1992 asiste en Miraflores a un acto en apoyo al “régimen democrático”. En otra parte le dice a Carlos Andrés Pérez: “Recuerdo aquel célebre desayuno que usted nos invitó a Miraflores, convocando a la inteligencia de América Latina...”<sup>4</sup>. Pero a Caupolicán lo sorprendió la vejez sin haber hecho nada de valor en la vida, más que tomar aguardiente y hablar pendejadas en los bares de Sabana Grande. El libro sobre CAP lo concibió Ovalles con el fin de que se le recordara en Venezuela unos poemas que él había escrito contra Rómulo Betancourt, llamado “¿Duerme Usted, Señor Presidente?”. En “Usted me debe esa cárcel. Conversaciones en la Ahumada”, CAP cuenta que Betancourt le exigió en 1962: “- Haga preso a ese carajo (a Caupolicán)... esto no se puede admitir; mire, en Venezuela, el Presidente que se deje coger por el rabo, lo tumban”. Muy gracioso. N. del E.

<sup>5</sup> Era muy conocido que los tragos que se echaban el Ovalles y compañía los pagaba Pedro Tinoco hijo, el banquero de Carlos Andrés Pérez y Gustavo Cisneros. Esto lo refirió a varios amigos del editor de este libro, el doctor Ramón J. Velásquez.

<sup>6</sup> Hoy pertenece al partido de Frijolito, de Enrique Salas Römer.

<sup>7</sup> Y contra Chávez también.

<sup>8</sup> El conocimiento de esta historia se explica mejor en el capítulo “Se busca vivo o muerto”.

DE NUESTRA LITERATURA

<sup>9</sup> Colección Testimonios Violentos, de Agustín Blanco Muñoz, UCV-FACES, 1981.

<sup>10</sup> Ut supra, pág. 100.

<sup>11</sup> Ut supra, pág. 106.

<sup>12</sup> Cátedra Pío Tamayo, UCV, 1991, pág. 139.

<sup>13</sup> Ut supra pág. 122.

<sup>14</sup> Ut supra pág. 122.

<sup>15</sup> Ut supra pág. 134.

<sup>16</sup> Al pobre Rafael Cadenas lo encontré yo, Sant Roz, hace poco, en un homenaje que le iban hacer unos sinvergüenzas "intelectuales" de la Universidad de Los Andes. Se realizaba en Mérida, la Feria Internacional del Libro Universitario. Lo saludé y le dije: "Usted, don Rafael, el gran poeta, recibiendo homenajes de estos señores, de estos equipos rectorales (hice hincapié en la p) y le mostré mi libro CAPOS DE TOGA Y BIRRETE". Se quedó perplejo, sin palabras, mirándome fijamente con una mirada neutra. Supo que yo era hermano de Argenis y de Adolfo quienes habían sido sus grandes camaradas. Yo sentí una gran pena ese día por el poeta Rafael Cadenas. Después me enteré que ha estado firmando remitidos contra Chávez. No lo culpo, es demasiado débil. Es un poeta.

<sup>17</sup> Con toda razón, cuando lo vemos al lado de los grandes cacahos que hoy lo tienen como uno de los grandes líderes de la Coordinadora Democrática.

<sup>18</sup> El Diario de Argenis de los inicios de los sesenta, están llenos de expresiones de sincera amistad hacia Ramón Bravo. Lo consideraba su mejor y más fiel amigo.

<sup>19</sup> Hoy convertido en ultra-escuálido de los que van de Jinetera en Jinetera acompañado de Manuel Caballero, el esposo de Soledad Bravo, Pedro León Zapata u Orlando Urdaneta.

<sup>20</sup> Cuando se publiquen las Memorias Completas de Argenis, se conocerá el resto de toda esta increíble historia.

<sup>21</sup> A partir de este momento *El Nacional* comenzó a censurar los trabajos de Argenis. No estaba bien para este periódico amarteladito con el imperio Cisneros que un tipo como Argenis anduviese haciendo críticas terribles contra el sistema; porque lo que hacía la gente del MAS se acoplaba perfectamente a lo que exigía el sistema capitalista: Ante todo la hipocresía en la prensa y ese disimulo muy trajeado con que llevaban su posición de «izquierdistas». Finalmente este periódico quedó como lo que siempre ha sido, un apéndice de la ultra-derecha de COPEI, asistido por mediocres plumas al servicio de los Otero y de los Cisneros, como Jesús Sanoja Hernández, Adriano González León, Luis García Mora, Fausto Masó, Ibsen Martínez y Manuel Felipe Sierra. N. del E.

<sup>22</sup> Aparecido en el diario *Panorama*, el 2 de diciembre de 1970.

